

ENEIDA WOLF

TIEMPO

DE

Rosas



Tiempo de Rosas

Eneida Wolf



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Tiempo de rosas

©Eneida Wolf

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: [Isla Books Studios](#)

Imagen de la cubierta: ©Lyd Photography, ©Kharchenkoirina

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet—y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

Introducción

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

Introducción

Una copa más y puede que todo se desvanezca de golpe a mi alrededor. El recogido que llevo ya empieza a ser incómodo y hasta los pendientes largos empiezan a pesarme. Por suerte, el vestido largo palabra de honor rosa bebé permite que los tacones no sean de un diseño extremado y puedo llevar los de plataforma.

Ha sido una ceremonia preciosa, mi prima de rostro angelical está radiante con el traje blanco, immaculado, y la cena divertida, escuchando a los amigos del novio largando historias indiscretas sobre él.

Mi boda no fue así, ni mucho menos, pero me habría gustado. Fue algo imprevisto en el juzgado un jueves por la mañana antes de entrar a trabajar. Ni siquiera pensamos en pedirnos vacaciones para la luna de miel. Supongo que nunca sentí que era mi boda, siempre esperé a convencer a Charlie de hacer algo en Barcelona, como está haciendo mi prima. Me hubiese gustado que mi padre me hubiera llevado hasta el altar, que alguien hubiese hecho algún discurso cutre y llevar el vestido blanco. No era de las niñas que soñaba con su boda, nunca lo fui. Pero no sabía que lo deseaba hasta que no lo tuve. No soy de esas personas que expresan sus deseos en voz alta, un poco por miedo a que, al decirlos, ya no se puedan cumplir, o a que no se cumplan y que la gente lo sepa.

Es algo extraño estar rodeada de mi familia y mis amigos después de todo lo que ha sucedido. Hace ya tres años que me gradué en historia y economía y, por cosas del destino, una oferta de trabajo me llevó al consulado de Edimburgo. Era joven y tenía ganas de ver mundo, así que no dudé en aceptar. Han pasado tan rápido estos tres años que parece como si nunca me hubiese ido.

—¿Me ayudas con el vestido? Urgencia de baño ya —susurra Patricia al pasar por detrás de mí.

Me levanto de la mesa y la sigo. Nos criamos prácticamente juntas, somos como hermanas y tan amigas como las hermanas pueden llegar a ser. El hecho de tener la misma edad, ir al mismo colegio y que su madre y mi madre fuesen mellizas tuvo su influencia.

—¿Seguro que Carles no les ha dicho nada a sus amigos?

Es su flamante marido, con el que empezó a salir en la universidad. Siempre fueron el uno para el otro, o eso me pareció.

—Lo juro. Ay, cariño, están pendientes de ti por otra cosa... —dice guiñándome el ojo.

—No estoy preparada.

—No digo que lo estés. Pero diviértete, baila, ríete. No te digo que te cases con alguno.

Esto hace que trague saliva y respire con dificultad. Por suerte para mí, omitir aquel gesto espontáneo de casarme con Charlie un jueves antes de entrar en el consulado fue una suerte, sino ahora, aparte de ser la pobre chica que ha perdido a su novio no sería la pobre viuda que ha perdido a su marido. Que es exactamente lo que soy. Ahora tengo una antigua casa en Edimburgo,

dos cuentas a mi nombre y las joyas de los McGregor en una caja de zapatos. Es lo que tiene casarse con un hijo único sin padres ni familia.

—Lo llevo bien, pero a mi manera.

—Se te pasará. Piénsalo como si hubiese sido una ruptura.

Claro, pero en una ruptura no te quedas todo lo de tu pareja. Patricia no sabe toda la verdad, y para ella es fácil, acaba de darse el sí quiero en una gran fiesta con toda la familia, su vida seguiría siendo relativamente fácil si su flamante esposo en seis meses falleciese en un accidente de coche, Dios no lo quiera. Todo el mundo sentiría dolor porque vieron su felicidad, conocieron al chico y su pena sería la de ella.

A mí me compadecen, pero no es su pena. Nadie conocía a Charlie, nadie supo que nos habíamos casado, excepto la universidad en la que trabajaba. Esto me pasa por no hacer las cosas bien. Pero nadie dijo que la vida fuese fácil, y no creo que lo fuese, ni siquiera así, habiendo hecho las cosas bien.

—Volvamos dentro, creo que te toca bailar con el padre del novio.

—Ay no, el pobre me está pisando todo el rato. No podrías... ¿bailar un rato tú con él? —me ruega poniendo su cara más angelical.

No es difícil, Patricia salió clónica a nuestras madres, rubia de ojos color cielo y piel bronceada. Yo, en cambio, solo heredé la piel bronceada porque los ojos oscuros y el cabello marrón son de mi padre. Suele decir que le gusta que me parezca a él. Lo dice porque al morir mi madre, cuando yo tenía ocho años, podía mirarme sin que le recordase a ella en exceso. La echo mucho de menos, y él también.

Después de dos bailes con el padre del novio y cuatro más con apuestos amigos de este, empieza a hacer demasiado calor en la sala, así que me levanto para ir a tomar el aire.

Para estar a mediados de mayo la temperatura es estupenda y, pese a solo haber cogido el bolso y dejarme el chal dentro, no lo echo en falta. Puede que sea porque en Edimburgo siempre hace frío, incluso en agosto. Patricia enseguida se enamoró de este sitio para la celebración, un castillo pequeño con grandes jardines y mil flores y árboles. Ahora que es ya de noche y está todo iluminado, parece un lugar mágico. En la entrada principal de detrás hay una majestuosa escalera que da a los jardines traseros, donde un lago de grandes dimensiones lo preside. En un panfleto que me envié leí que el castillo fue construido en la época medieval, pero que a principios del siglo XX lo remodelaron e hicieron el gran salón donde se hacen las celebraciones. Vivir en un sitio como este debe ser como estar en una novela de Jane Austen.

Tras dar la vuelta, veo que en la parte antigua hay una puerta medio abierta. Sé que no debería entrar, pero tengo curiosidad. Me acerco sigilosamente, todo está oscuro excepto una tenue luz de velas de un candelabro en el centro de una mesa. Parece ser que es un comedor.

Entro para verlo de cerca. Está lleno de pinturas de personajes, parece que son los dueños del castillo desde su construcción. Me percaté de mi error cuando leo que tienen apellidos diferentes. De golpe, oigo pasos que se acercan y me entra el pánico. No debería estar aquí, esta no es una zona habilitada para la boda. Estoy demasiado lejos para correr hasta la puerta con los tacones, así que me escondo dentro de una chimenea cubierta con una tela sujeta a dos palos de hierro.

Cuando ya estoy dentro, lo pienso fríamente y maldigo por lo bajo. ¿Qué más dará estar allí o no? Podría haberme perdido. La gente suele perderse.

Oigo que los pasos entran en el comedor y por debajo de la tela veo hasta siete personas que llevan una especie de túnica de monje color negro. Será por los mantos, pero he visto suficientes películas para saber que gente así tiene intenciones raras o maléficas, así que todo esto me está

dando mal rollo.

Definitivamente no ha sido mala idea esconderse.

—Es aquí donde está el portal —dice una voz de hombre grave.

—Tiene que estar conectado a ese siglo, ¿verdad? —afirma una mujer.

—Sí. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Y recordad, el año es impredecible, así que mucho cuidado. Ceñíos a vuestras coartadas.

Forman un círculo alrededor de dos de ellos y se cogen de las manos. Luego, el hombre empieza a recitar unas palabras en un extraño idioma. Al menos no han hablado de sacrificios. Esperaré hasta que acaben su raro ritual y volveré a la boda. Patricia no se va a creer que hoy en día siga existiendo gente así. De golpe, siento mucho calor. Y veo borroso, parece como si me estuviera desmayando. Oigo al hombre gritar, dice algo del portal. *¿Se cierra el portal?* Definitivamente, me estoy desmayando.

Capítulo 1

¡Este siglo no es el mío!

Cuando abro los ojos veo que estoy en la misma chimenea. Al menos no me han sacrificado. Puede que todo haya sido un sueño, que me haya quedado frita aquí y simplemente mi subconsciente haya hecho de las suyas. Como dijo Calderón, *los sueños, sueños son*, pero ha sido tan real que aún tengo los pelos de punta. O a lo mejor no ha sido un sueño y los encapuchados me han dejado inconsciente para que no revele su secreto. Total, ¿quién me creería?

Tampoco he escuchado lo suficiente como para entender qué demonios estaban haciendo exactamente. Puede que fuera élfico, como un juego de rol de esos, y estuvieran buscando el anillo. A Charlie le hubiera encantado, todo eso de las sociedades secretas le fascinaba. Es lo que tiene haberse casado con un profesor de historia, que te hablaba de ella constantemente. No es que no me gustase, al revés, me fascinaba todo lo que sabía, pero había puntos oscuros de la historia donde empezaba a teorizar y no le gustaba que se lo recriminase. Yo le decía que los hechos eran los hechos y que no podía cambiar la historia.

Tras unos minutos de empanación y atontamiento, creo que debo levantarme y volver. Espero que no me estén buscando, no llevo tanto tiempo fuera, creo.

Abro el bolso y saco el móvil para mirar la hora, ¡una hora larga! Y encima sin cobertura, estarán preocupados. O puede que no hayan notado mi ausencia, al fin y al cabo, ya ha empezado el baile con el dj y todos se han pasado ya por la barra libre.

Me levanto de la chimenea con dificultad y salgo de mi escondite. El candelabro está apagado y todo está muy oscuro. Entonces se abre una de las puertas y aparece una mujer con una vela.

—Perdone, es que me he perdido. Ya vuelvo a la fiesta —digo.

—¡Santa virgen! —exclama, y cierra la puerta tras salir como alma que se lleva el diablo.

Vaya, ¡qué susto le he dado! Al menos no iba encapuchada, aunque llevaba un vestido raro. Definitivamente no estaba en la boda.

Voy a salir de aquí antes de que le dé un ataque al corazón a alguien.

Abro la puerta por donde he entrado y entonces me llevo el susto yo. Hay un hombre con una escopeta apuntándome y la mujer de antes detrás de él.

—¡Te he dicho que estaba! —grita la mujer.

—Joder, que susto —digo yo—. ¿Qué hace con un arma?

El hombre es mayor, una barba blanca incipiente asoma por su rostro arrugado. También viste raro, una especie de pantalones blanco como de lino y una camisa ancha.

—Ve a avisar al señor. Y usted no se mueva.

Me quedo atónita. No sé quiénes son esas personas, pero no me hace gracia que me estén apuntando con un arma.

—Oiga, sólo quiero volver a la boda. Es tardísimo, me he perdido y sí, sé que no debería

estar aquí, pero me quedé dormida en la chimenea. Lo sé, es raro, pero ha sido un día muy largo. Y los zapatos me empiezan a doler. ¿Me entiendes?

—No —responde el hombre.

—Está claro que este es el castillo de Sant Marçal. ¿Son los propietarios? Creía que no vivía nadie aquí.

—El señor vendrá enseguida.

—Bien, porque no creo que al señor le haga mucha gracia que una invitada de la boda esté aquí, pero le gustará menos que me estén apuntando. Voy a hacer una reseña mala en TripAdvisor de este sitio, y no es broma.

Cada vez me mira más extrañado, como si le estuviese hablando en chino.

Me percato de que las luces del jardín están apagadas y de que no se ve ni un alma fuera. Entonces aparece otra vez la mujer, y con ella un joven. Tiene mi misma estatura con los tacones puestos y lleva el cabello negro rizado largo hasta los hombros, recogido en una coleta hacia atrás. También viste con esa ropa de lino, como antigua.

—¿Quién es? —pregunta mientras me enfoca con un candelabro.

¿En serio? ¿No tienen linternas? ¡Si se ha ido la luz es lógico que tengan para una emergencia!

—Una invitada de la boda. ¿Puedo ya volver al banquete?

—Señorita, no sé de qué boda me está hablando. —Me mira con unos ojos oscuros profundos, analizándome.

—Pues vayamos al salón y se la enseñaré.

Tras unos segundos, por fin habla.

—Podéis retiraros, ya me encargo yo. —Les indica a los otros—. Es la invitada que estaba esperando hacía días. Debe estar desorientada.

—¿Está seguro, señor? No se me informó de ninguna invitada.

—Completamente, debí olvidarlo.

Entonces el hombre y la mujer salen por otra puerta.

—Mira, estoy muy cansada. Si se ha ido todo el mundo me llamas un taxi y vuelvo a Barcelona, no hay problema. Pero, por alguna extraña razón, no hay cobertura así que estoy algo jodida.

Esto ya empieza a ser desalentador. Estoy a punto de salir corriendo, pero tendría antes que sacarme los malditos tacones.

—Señorita, creo que está algo desorientada. ¿Dónde dice que está la boda?

—En el salón principal.

¿Y dónde sino?

—La acompañaré hasta allí.

—Vale. —Me abre la puerta de salida al jardín.

Esto está más oscuro que la boca de un lobo. Por suerte tiene la vela y no nos matamos. Veo que por fin ha entrado en razón. De todas maneras, no me hace gracia que un tipo así de raro me acompañe estando tan oscuro. No, no es Frankenstein, más bien es guapo, pero viste raro y es un poco hippie con esa melena.

—Sí que cierran las luces pronto, ¿no? —comento, pero no hace ningún comentario.

Es atractivo, pero poco hablador. No sé de dónde habrá salido.

Y entonces me llevo la sorpresa del siglo. Allí donde estaba el salón, no hay nada. Literalmente nada, es un campo verde llano, sin una maldita piedra.

—Pero... estaba aquí. He cenado aquí, ¿qué ha pasado?

—Puede que se haya confundido de lugar.

—Claro que no. ¡Un maldito salón con doscientas personas no desaparece! ¿Qué está pasando? Es una broma, ¿no? —Mi corazón empieza a latir muy rápido, y siento miedo.

—En absoluto.

—¿Y quién coño eres?

—Soy Eduard Claramunt Mengual, Marqués de Vilalta y dueño del castillo.

—¿Y no alquilaste el castillo para una boda?

—No. Aquí no es costumbre hacer estas cosas.

Me paro a pensar en toda la escena de los encapuchados, en lo que había dicho aquel hombre. ¿Qué era lo que había dicho? Que el año era impredecible.

—Vale, júrame que esto no es un montaje.

—Se lo juro por mi honor —responde solemnemente.

—Está bien. —Respiro hondo antes de hacer la pregunta—. ¿Y en qué año estamos?

—Estamos a catorce de mayo de 1807.

Siento que las piernas me flaquean, y me siento en la hierba.

—No. Tengo que volver —digo levantándome de golpe y yendo hasta la sala de donde hemos venido, seguida del marqués—. Tengo que volver.

Me meto otra vez en la chimenea y cierro los ojos.

—¿Se encuentra bien?

—¿Seguimos en 1806?

—Me temo que sí.

—Pues no estoy bien.

Y, por segunda vez en aquella noche, vuelvo a desmayarme.

De niña soñaba mucho. Soñaba demasiado, era muy fantasiosa e incluso creía en la magia, los unicornios y el amor verdadero. Pero crecí, y entonces los unicornios ya no eran tan reales, las series de ciencia ficción seguían gustándome, pero no creía que fuesen reales.

Cuando despierto, me siento volver a mi infancia, cuando me imaginaba que llegaba al país de las hadas, solo que esta vez el sueño ha ido más allá y en vez de conocer a Oberón, conozco a un marqués de 1807.

Abro los ojos y me encuentro en una habitación desconocida, en una cama ancha pero corta y sólo hay un triste armario y una chimenea.

Me prometo a mí misma no meterme nunca más en una chimenea. Puede que haya sido eso, me debo haber golpeado la cabeza en la chimenea. Todo debe de haber sido un sueño. Y el marqués hasta tenía un cierto aire a Orlando Bloom, cosa que explica por qué aparecía. Tengo que llamar a Patricia, pero para variar no hay cobertura. Entonces llaman a la puerta.

—Buenos días, señorita —dice una voz mientras entra la mujer de anoche. Cuando la veo me quedo aterrada—. Perdone por lo de ayer, pero no la esperábamos. ¿Quiere desayunar? Tenemos chocolate caliente y churros.

—Está bien. ¿Seguimos en 1807?

—Pues claro, señorita. Ahora le traigo el desayuno.

Cuando salió por la puerta fui directa a la ventana. Sí, estaba en un tercer piso y desde allí sólo se veían campos, algunas casas y muchos árboles. No había ni una sola carretera, ni un solo coche. Sin duda alguna, no estaba en el siglo XXI. Aquellos malditos encapuchados y su secta me habían trasladado al siglo XIX sin comerlo ni beberlo. Pero, ¿cómo?

—Siento importunarla, le traigo el desayuno

El marqués, que no es Orlando Bloom, entra con una bandeja. No lo es, pero juro que es incluso más atractivo.

—No me importuna, en absoluto. Adelante.

Tengo que pensar en no decir palabras modernas.

—¿Cómo se llama?

—Ana Capmany. Supongo que se preguntará de dónde he salido.

—La verdad es que sí.

Deja la bandeja encima de la cama y se sienta. Hoy su vestimenta es distinta, lleva pantalones marrones piratas con unos calcetines blancos, camisa blanca y un chaleco también marrón.

—Es muy complicado. Ni yo misma entiendo cómo he llegado hasta aquí. Si se lo cuento es probable que no me crea. Sólo me metí dentro de la chimenea...

—Hay historias de este sitio, rumores que hablan de viajeros lejanos que han aparecido en este castillo de la nada. Cuando de pequeño mi madre me los contaba, no la creí. Pero anoche, cuando la vi a usted con esas vestimentas tan extrañas, supe que era cierto.

El hombre de voz grave me mira con sus ojos oscuros y no sé si creerle. Sus cejas, bastante pobladas, no son muy expresivas. Tiene la nariz recta y algo de barba corta.

—No sé cómo volver —confieso.

Decido omitir que soy del futuro, mejor no tentar a la suerte.

—Lo averiguaremos. Mientras será mi invitada. Hay algunos vestidos en el armario que puede utilizar y si preguntan, es mi prima. ¿Nos vemos a la hora de la cena? Puede dar una vuelta por los jardines y los campos.

Asiento con la cabeza. Puede que esté en un siglo que no es el mío y que aquí la caballerosidad no haya muerto, pero dudo que acoger a una completa desconocida sea algo común. Puede que los rumores sobre viajeros en la chimenea sean reales pero, ¿sería tan imprudente como para creer eso a ciegas? Debo mantenerme alerta y por supuesto, no confiar en nadie.

Me quito el vestido de la boda de mi prima y lo guardo en un cajón del armario, junto con todo lo que viene de mi tiempo. Apago el teléfono y lo guardo dentro del bolso. No tengo ni cargador ni enchufe ni electricidad. No hay cobertura y mucho menos 4G. Esto va a ser duro, realmente duro. Pero cuando veo el tipo de ropa interior que hay, me doy cuenta de que lo mejor está por llegar; lo bueno es que he llegado a la época en que el corsé tiene un paréntesis antes de desaparecer del todo gracias a Napoleón, que lo consideraba como el asesino de la raza humana debido a que decía que provocaba los abortos.

Para mi desgracia, noto que con una simple camisilla de algodón ajustada no basta para emular el efecto del sujetador y, como sospechaba, los corsés no han caído en desuso aun. No al menos los de tela rígida, pero no pienso ponérmelo así que mi sujetador tendrá que aguantar por ahora, y junto con unas bragas a la antigua es suficiente para mí. Escojo un simple vestido azul cielo tipo camisón largo y una especie de botas marrones que no se ven bajo el vestido.

Todo lo demás es demasiado elegante y no planeo ir a ninguna fiesta. Espero salir de aquí antes de que todo se descontrole, y con ello me refiero a que en la prensa empiece a ser noticia mi desaparición. Dios, Patricia y papá deben estar preocupadísimos, ¿por qué siempre me meto en estos embrollos? Primero me voy a vivir a Edimburgo, después me caso un día cualquiera sin decir nada y para colmo me quedo viuda. Y ahora viajo en el tiempo en contra de mi voluntad. Tengo que plantearme seriamente los objetivos en mi vida.

Salgo de mi habitación y bajo las escaleras hasta la planta baja. Genial, todos los sirvientes

me están saludando, yo solo sonrío e inclino la cabeza. ¿Eso era lo que se hacía? Tendría que haber hecho aquella optativa de costumbres y vestimentas en cada siglo, ahora me arrepiento.

—¿Señorita? Me llamo Blanca, voy a ser su doncella.

Una joven hace una mini reverencia cuando voy a salir al jardín.

Lleva un vestido sencillito de lino color crema y un delantal marrón claro. Sus facciones son torneadas, con la nariz chata y los ojos redondos negros. Tiene el cabello color ceniza recogido en un moño.

—Un placer. ¿Me acompañas a dar una vuelta por el jardín?

No creo que tenga más de dieciocho años, aunque soy bastante pésima para adivinar las edades.

—Por supuesto. ¿Quiere que le recoja el cabello?

—Hoy no, lo prefiero suelto.

Lo sé, las damas deben llevar el cabello recogido, pero no me apetece. Tampoco es que tenga que salir de este sitio.

Tengo que averiguar todo lo que pueda sobre este Marqués y además 1806 no es una de las mejores épocas para aparecer, pronto Napoleón invadirá España porque Fernando VII fue un imprudente y ansiaba demasiado el poder. No será una batalla campal, lograrán invadirnos fácilmente, pero habrá resistencia interna de bandoleros merodeando por las montañas y atacándoles, el mítico Empecinado, etc.

—Dime Blanca, ¿es bueno el Marqués? —pregunto mientras damos una vuelta por el lago que hay cercano.

—Muy bueno. No suele inmiscuirse en nuestras tareas diarias, está siempre yendo y viniendo de Barcelona. Tienes negocios que atender, controlar las tierras...

—Ya veo. ¿Y no tiene esposa?

—No, no aún. No hay ninguna dama que le haya llamado la atención, al menos eso es lo que se comenta en el pueblo.

Un pueblo, esto es algo.

—¿Queda cerca el pueblo del castillo?

—A caballo, unos diez minutos. A pie unos veinte. No es grande, pero hay algunas tiendas, ya sabe.

—Oh, algún día lo visitaré.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo?

—Depende de las circunstancias. —Pues claro que no, cuanto antes vuelva mucho mejor. Blanca es tímida y prudente, me cae bien. — Es muy tranquilo este lugar, ¿verdad?

—Comparado con Barcelona sí que lo es. Pero los nobles de la zona suelen hacer celebraciones a menudo.

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Oh, siempre he ayudado a mi madre hasta que falleció el invierno pasado, por gripe. Padre trabaja en los establos y la tía Remedios, perdón, la señora Ramos es la ama de llaves. Fue ella quien la encontró.

La señora mayor tan desagradable, sí, la recuerdo. Tengo que andarme con ojo, creo que no se fía de mí y se cree que está al mando tal y como me habló la primera vez y cómo Blanca habla de ella.

—Y cuéntame, ¿viven muchos nobles por la zona?

Vale, esto empieza a parecer un interrogatorio, pero no puedo evitarlo.

—Oh, no muchos, pero por proximidad a la ciudad, la mayoría tienen allí otra residencia a la

que acuden cuando hay algún evento importante. Los más cercanos son el Vizconde de Montmeló y el Marqués de Vilallonga. Amigos del señor, por supuesto.

—Blanca, ¿por casualidad no habrás oído hablar de bandoleros cercanos a estas tierras?

Tenía que ser muy cuidadosa con esto, sabía que con este tema no se jugaba y que era la peor época de todas.

—Hay algunos rumores, pero nunca han atacado a nadie de la zona, solo a extranjeros.

—Ya veo.

Es obvio que son gente de aquí, probablemente trabajadores que no se atreven a robarle a su patrón ni tampoco a nadie del pueblo.

—¿Puedo preguntarle algo? —dice con timidez. Era de esperar que lo hiciera, después del interrogatorio que yo le he hecho. Será mejor dar mi versión de quién soy y así se expandirá rápido y dejarán de avasallarme.

—Por supuesto.

—He oído que es usted una prima lejana del Marqués...

—Así es. Mi padre me ha enviado aquí.

—¿Ha venido para casarse?

—Eso quiere mi padre —miento, pero sé que era lo normal en aquella época.

—Es usted hermosa, seguro que encuentra a un apuesto señor enseguida. Aunque tendrá competencia, hay muchas jóvenes casaderas por la zona y pocos hombres con título. ¿Se imagina? Una gran boda aquí, en el castillo —añade, soñadora.

Si supiese que justo ayer fui testigo de una aquí mismo, que en mi siglo este sitio se alquila para esa finalidad...

—Sería precioso.

Sé que mi voz denota nostalgia, un punto de amargura tal vez.

—¿Está usted enamorada? —pregunta la joven Blanca observándome con detenimiento.

—No. Sólo recordaba cómo fue... la mía.

—Ya entiendo —contesta ella atando cabos—. No se desanime, es usted tan joven y bella. Volverá a encontrar a alguien, ya verá.

Sus palabras, aunque bienintencionadas, no me animan en absoluto. Estoy atrapada y no tengo idea de cómo salir de aquí.

—¿Cómo ha encontrado los jardines? —pregunta Eduardo desde el otro extremo de la mesa.

Estoy sentada en el comedor donde aparecí, cerca de la chimenea donde no tendría que haberme metido, comiendo con un marqués atractivo y misterioso. Suerte que la mesa no es excesivamente larga pues sino tendría problemas para hablar con él.

El servicio es abundante, no reconozco a ninguno de los que nos están sirviendo.

—Preciosos y muy bien cuidados.

El estofado tiene un sabor a vino excesivo, pero es comestible.

—No sé si lo sabe, pero las damas aquí suelen... recogerse el cabello —dice sin alzar la vista hacia mí.

—Lo tendré en cuenta. ¿No tiene parientes que vivan con usted? —Decido romper el hielo, es distante y ni siquiera me mira.

—No. ¿El estofado es de su agrado?

—Delicioso.

Hago un esfuerzo por sonreír, qué menos.

El resto de la comida nos mantenemos en silencio, haciendo simples comentarios sobre el

tiempo y la cosecha -como si yo fuera una experta-. Parece como si esté de un mal humor permanente, pero que intenta ocultar cuando habla conmigo. Se me antoja como un señor Rochester, pero más joven, más misterioso y menos hablador. Tras terminar me explica que hay una biblioteca, por si deseo pasar la tarde entre lecturas, y me indica donde está.

Es de dimensiones considerables, observo los libros que hay y me gusta lo que veo. Pero no voy a pasarme la tarde leyendo, tengo que encontrar el modo de salir de aquí como sea. La clave está en la chimenea, me metí allí cuando los encapuchados decían unas palabras raras, así que el portal debe de estar allí. Pero, ¿cómo abrirlo? Necesito las palabras, aunque evidentemente, no me acuerdo de ellas. Podría ser latín, es lo más lógico. Así que busco entre los libros de la biblioteca cualquiera en latín.

El problema es que hay demasiados y no sé hablar latín con fluidez, las clases en el colegio quedaron en saco roto. ¿Quién dijo que el latín no servía para nada, que era una lengua muerta?

Frustrada, empiezo por la primera estantería y leo intentando entender.

No sé cuánto tiempo llevo allí, pero empieza a anochecer, la biblioteca casi no tiene luz y no veo casi las letras. Será mejor que acabe por hoy, de todas maneras solo he revisado cinco libros y no, no me los he leído enteros, solo que uno era *La Biblia*, el otro *Las cartas de Urbano sexto* y las demás novelas.

—¿Aun sigue aquí?

La voz de Eduard me distrae y vuelvo la cabeza.

—Iba a retirarme ya.

—Si tiene hambre, la cena está en la mesa.

—Gracias, voy ahora mismo. ¿Puedo preguntarle algo? —me atrevo a decir antes de que se aleje. Su mirada se posa en mis ojos. Es cálida y atrayente.

—Por supuesto.

—¿No tenéis curiosidad por saber quién soy? Podría ser... una mala persona.

Esto hace que simule una mueca, aunque en realidad es una media sonrisa, y entra en la biblioteca, hasta llegar frente a mí.

—Yo también podría serlo. Tendremos que fiarnos el uno del otro.

—Eso parece.

—De todas maneras, si lo fuerais, no lo habríais insinuado.

—Usted tampoco —susurro, aunque mi tono parece algo desafiante—. A menos que quisierais que lo creyese induciéndome a pensar lo mismo de vos.

—Su manera de pensar es retorcida.

—De donde vengo suelen decir: *piensa mal y acertarás*.

—¿No hay valores?

—A veces pienso que se ha perdido la fe en la humanidad, pero los hay.

—Vuestras palabras son amargas, vuestros pensamientos carcomidos...

Dios, su cara es inexpresiva, me cuesta horrores saber lo que piensa. Es lo que más me poner nerviosa de él.

—Las bodas me provocan este tipo de sentimientos y ayer acudí a la de mi prima. Pero no os preocupéis, es normal y mañana se me habrá pasado.

Sin contestarme, el marqués salió de allí.

El hombre imperturbable, deben llamarlo, porque no se inmuta por nada. Eso sí, su aura de misterio lo hace mucho más atractivo de lo que ya es de por sí.

Pensando en el marqués, voy al salón y veo que mi cena está lista. Él no está, ni siquiera le han preparado el plato. ¿Dónde se habrá metido? ¿Habría salido del castillo? Las preguntas

cabalgan por mi mente mientras ceno y cuando termino voy hasta mis aposentos.

Cansada, me quito el vestido y me pongo una camisa de dormir de lino que encuentro por el armario y me meto en la cama, no sin antes apagar la vela que ilumina tenuemente la habitación.

Si alguna vez pensé que sería idílico vivir en este castillo, me equivocaba. Estoy muerta del aburrimiento, atrapada en un tiempo que no es el mío y harta de estar con los brazos cruzados. Intento pasar desapercibida, no quiero interferir en la vida diaria de esa gente del pasado porque cambiarlo podría tener graves consecuencias en el futuro. Pero estar así me pone histérica; lo único que me calma son las largas horas que paso en la biblioteca. Siempre me he quejado de que no tenía tiempo de leer en Edimburgo y ahora tengo horas muertas para hacerlo. Claro que el repertorio es limitado, todo lo que no se ha escrito que tenía pendiente es imposible de leer. Y enseguida me aburro con los libros de latín, porque no ayudan con mi problema del salto en el tiempo.

También la comida es limitada, son todo guisos extraños y demasiadas carnes. Le insinué a la cocinera que yo era más de verduras, cosas ligeras porque demasiada carne me indigestaba y no creo que se lo haya tomado bien. Al menos ahora como verdura dos veces por semana. Mataría por una pizza o helado o patatas fritas. Y echo de menos la Nutella. Lo bueno es que me estoy quedando en los huesos, esos tres quilos que quería bajar ya casi han desaparecido.

Intento ser positiva.

—¿Qué lee? —Asoma la cabeza el marqués.

Desde nuestro último encuentro en la biblioteca, no lo había visto.

—*Don Quijote*. Hace días que no le veo por aquí.

—Lo leí hace tiempo. Tenía asuntos que atender en la ciudad.

—¿Puedo hacerle otras preguntas?

Lo cierto era que ya había acabado toda conversación sobre el marqués que se consideraba normal con Blanca, pero yo quiero saber más.

—Sí. —Sonríe pensativo. Se acerca hasta donde estoy yo sentada. — ¿Qué quiere saber? ¿Si soy una buena persona?

—Todo. ¿Se crio aquí? ¿Y sus padres? ¿Tiene hermanos? ¿A qué se dedica? —Me muerdo la lengua, es demasiada información, pero tengo curiosidad.

—Es una joven impetuosa, de eso no hay duda.

No sé decir si está molesto, pero su cara no parece de enfado, sino neutra. Leches, ¿no va a mostrar ni una emoción?

—Suelen decírmelo. —Me muerdo el labio y parece perturbarle.

Lo apunto mentalmente para futuras ocasiones.

—Nací aquí y me crie aquí. Mi padre murió hace ya dos años y mi madre cuando yo tenía doce. Soy Marqués, así que como ve, no me falta de nada. Vivo de mis tierras, y del comercio. Pero esto último no lo mencionamos, no está muy bien visto en la nobleza.

—Lo entiendo, pero no lo comparto. De donde yo vengo todo el mundo tiene que trabajar para ganarse la vida, no es suficiente con tener tierras.

—Entonces viene de un buen sitio.

Me encojo de hombros ante tal afirmación.

—Hay cosas mejores y cosas peores, como en todas partes.

—¿Y vos? Ahora es mi turno.

Parece satisfecho ante esta idea, aunque yo no lo esté tanto.

—¿Yo? No soy tan interesante.

—Seguro que sí, su curiosidad y su manera de pensar lo dicen.

—Nací en Barcelona. Estudié allí y luego me fui a vivir a Edimburgo por cosas de la vida.

—¿Escocia?

—Sí. Mi madre murió cuando tenía ocho años. Era medio francesa y tiene una hermana gemela. Su hija, mi prima, es como mi hermana. Mis padres se conocieron en un concierto; él recibió un puñetazo por defenderla de un chico que se estaba poniendo demasiado pesado con ella. Nada que un poco de hielo no curase, pero fue un flechazo.

No sé por qué le cuento esto último, supongo que no tiene mucho sentido en su cabeza. Me gusta porque no me ha interrumpido ni una sola vez desde que he empezado a hablar y creo que me escucha con curiosidad.

—¿Os pareéis a ella?

—No, era muy guapa y muy rubia. Quiero decir, hermosa. —Corrijo al ver su expresión.

—Entonces sí que os debíais parecer.

Vaya, un cumplido, no me lo creo viniendo del hombre de hielo.

—No seáis pelota. Significa que no tenéis que halagarme.

—No lo hago —responde todo serio.

Sí, tiene algo que lo hace atractivo. Pero no es para mí, lo tengo muy claro.

—Y decidme, ¿qué clases de negocios hacéis?

—Importo cosas de las Américas, como café o chocolate.

—Es un negocio de alto riesgo por los barcos, ¿verdad?

—Así es. ¿Entendéis de negocios? —Me mira desconfiado.

—Estudié para ello. —Mierda, esto no tendría que haberlo dicho.

En esa época había tantas vías de exploración que tengo que contener mis ganas y entusiasmo. No puedo intervenir, cambiar el futuro sería algo malo. Pero, ¿realmente estaría interviniendo? — He oído que el té es un mercado en expansión. En Inglaterra se consume con gran ahínco. Puede que llegue a España a la larga.

—¿El té? No lo había pensado. De todas maneras, no es buena época para los negocios.

—¿Porqué?

—Cuando hay guerra nunca lo es.

Entonces caigo. Claro, Napoleón. Claro, estamos a 1807. Dentro de poco empezará la invasión.

—Sí. Puede que emigrar no sea mala idea después de todo, ¿no cree?

Se ríe ante mi comentario, pero yo no lo digo en broma.

—¿Y adónde iría?

—Pues a Inglaterra. Parece que es una época tranquila para este país.

—¿Y qué os hace pensar que España no lo es?

—Nada en... particular. Bueno, Napoleón Bonaparte y el príncipe. ¿Vos no?

—No estoy muy enterado de las intrigas de la corte. Godoy y el príncipe siempre están en un tira y afloja, pero es la costumbre.

—Yo tampoco. Pero es *vox populi* que el príncipe conspira contra su padre.

Pienso que *vox populi* es un latinajo así que, se entiende.

—¿Habláis latín?

—Hice latín en el colegio, pero no recuerdo casi nada. Sólo hablo español, catalán, francés, inglés y algo de italiano. Como veis, no soy una mujer muy instruida.

—Al revés, nunca he conocido a una mujer que hablase tantos idiomas.

¿Qué había sido de Jane Austen y la mujer diez que describía Caroline Bingley? Me siento estafada.

—Oh, vaya.

—Dentro de tres días habrá un baile en casa del Marqués de Vilallonga, ¿querríais acompañarme?

—Un baile, sí, por qué no. ¿Hay que ir elegante?

—En el pueblo hay un sastre, decidle que os haga un vestido.

—No estoy muy al tanto de la moda de aquí.

—Lo que se lleve en París.

Al menos hay cosas que no cambian, París ya era un referente. Pese a que ahora Nueva York puede que le esté ganando el pulso.

Capítulo 2

Damas y bandoleros

Ni corta ni perezosa, esta mañana he bajado al pueblo acompañada de Blanca en un carruaje. Estoy cansada de rebuscar en libros de latín que parecen ser inútiles, pero no sé ya qué más hacer. Me he metido tantas veces en la chimenea y no ha pasado nada que estoy ya resignada.

¿Y si tengo que quedarme aquí hasta que me muera? Con morir me refiero a que puedo pillar cualquier enfermedad incurable en este siglo y mandarme al otro barrio en menos que canta un gallo. Oh mierda, no volveré a comer nunca más chocolate ni helado de pistacho, mi favorito. Entro en pánico antes de bajar del carruaje, pero hago mi mantra de yoga y me relajo.

—¿Se encuentra bien, señorita? —pregunta Blanca.

—Sí, es una técnica de respiración para relajarse.

¿Raro? Para ella sí, pero no puedo cambiar de chip de la noche a la mañana. El yoga me ha ayudado en muchos aspectos y en este presiento que lo voy a necesitar.

El sastre del pueblo es un señor bajo, regordete y con algo de bigote. Blanca le explica que necesito varios vestidos para acudir a los bailes y mis preferencias de colores: el rojo y el blanco -el rojo es mi color, no puedo negarlo- y como voy algo perdida en este siglo, no puedo ir a comprar el *Vogue* a la esquina del mercado, decido dejarlo todo a su criterio.

Me toma las medidas y dice que mañana ya estarán listos para enviármelos. Le hago también una petición algo especial y dice que estará encantado. Me sorprende la rapidez, pero no digo nada. Recuerdo que en Tailandia te hacían los vestidos a medida en un día, pero esto es España...

Luego damos una vuelta por el pueblo, que no es tan pequeño como creía. Las murallas medievales me dicen que fue un sitio importante y estratégico, no es una simple aldea.

La gente me observa, se preguntarán quien soy. Supongo que no vienen demasiados extranjeros por aquí o gente nueva.

Pero hay una mujer que se ha quedado literalmente paralizada, en medio del mercado, entre la parada de lechugas y de zanahorias, mirándome sin disimulo alguno. Me siento incómoda y estoy a punto de ir a decirle algo, pero no quiero problemas.

—Blanca, vámonos ya. Quiero que me dé tiempo a dar una vuelta por el bosque antes del almuerzo —le digo.

Nos montamos otra vez en el carruaje que nos lleva de vuelta. Sí, las carencias del pasado no son solo en la comida, no os penséis. Lo que más echo de menos es el internet, ir al gimnasio, hablar con mi prima, darme un buen baño y tener lo mínimo para asearse. Necesito crema hidratante con urgencia y jabón perfumado.

He decidido ir a recolectar todo lo que necesito para hacer mis potingues. En la universidad me dio la vena hippie y con tutoriales de YouTube aprendí a hacer cremas, jabones y remedios naturales. Esta pequeña habilidad me será muy útil aquí, puesto que no puedo ir al supermercado.

Una vez salgo del carruaje, me dispongo a ir hacia ese pequeño bosquecillo que diviso

campo a través, pero lo pienso mejor y subo a cambiarme y a ponerme el vestido más sencillo de ayer, no quiero estropear este más elegante. El problema son los zapatos, porque más incómodos no pueden ser. Esta especie de chapines son horribles y encima duelen. Lo que daría yo ahora mismo por tener mis zapatillas de correr.

—Blanca, ven —le digo cuando, de reojo, observo cómo pasa por delante del pasillo.

Entra a mi habitación enseguida.

—Dígame.

—¿Podrías conseguirme unas alpargatas?

Al oírme frunce el ceño. Son típicas de Cataluña y sé que las usan la gente del campo hace muchos años, incluso se expandieron.

—Eh, sí, por supuesto. ¿Para qué las quiere, si no es indiscreción?

—Quiero ir a dar una vuelta por el bosque y si tengo que andar mucho con estos zapatos, mis pies parecerán morcillas. Tengo los pies muy delicados —me justifico.

—No son... adecuadas para su clase social, pero se las traigo enseguida. —Parece algo avergonzada. Lo sé, no debería porque en teoría soy la prima de un marques, pero en el fondo soy una mujer del siglo XXI. He dejado atrás aquello que *para presumir hay que sufrir*. No tengo quince años.

Sube con un par y me las calzo con rapidez.

—Nadie tiene que saberlo, volveré en nada del bosque y las esconderé, no te preocupes —insisto en ello.

Salgo del castillo con rapidez con una cesta en la mano para poner todas las plantas que necesito, que son pocas, no os penséis, y con las alpargatas en los pies. Me he tenido que poner una especie de calcetines de algodón porque no son como las de hoy en día eh, sino que raspan más.

La verdad es que estoy algo asustada aunque intento tomármelo con filosofía; por mucho que me meta en la chimenea no logro volver y no sé qué más hacer. Preguntar al Marqués no es una opción, no sin antes averiguar qué pretende o qué sabe del tema.

La línea imaginaria del campo que separa este del bosque se diferencia y enseguida noto cómo el aire es más fresco. Por la humedad que se desprende deduzco que en otoño habrá multitud de setas, aunque espero no estar aquí para averiguarlo.

Me distraigo en el bosque, es fácil desorientarme en estos sitios, no son como la ciudad donde pillar un referente es más sencillo, aquí todos son árboles y me parecen iguales. Al menos en Barcelona e incluso Edimburgo siempre encuentras un Zara y te sitúas.

Cuando estoy abastecida con tomillo, romero y camomila, me parece oír alguna voz una especie de susurro en el viento. No sé si son imaginaciones mías, pero por si acaso decido no saberlo e intento salir de allí de inmediato, cuando algo me agarra por detrás y me lo impide.

—Alto ahí, señorita.

Es un hombre muy grande con barba espesa y vestido de campesino de la época, con pantalones negros, camisa de lino y una especie de chaleco. Las ropas no son nuevas y no huele precisamente bien.

—¿Algún problema?

No responde y hace un silbido. Leches, no tendría que haber venido sola.

En menos de dos minutos aparecen más hombres, unos cinco, también vestidos de campesinos.

—¿Porque nos has llamado? —alega uno de los tres más jóvenes.

—Estaba rondando por el bosque —responde él.

—Estaba buscando hiervas, no ve la cesta —le recrimino.

No me lo creo, acabo de meterme en otro lío.

—Me ha parecido sospechosa. —Se encoge de hombros.

Yo, ¿sospechosa?, ¡pero si nunca me ha parado la policía en ningún control!

—¿Sospechosa de qué? ¡Me dado un susto de muerte! No sé quiénes son ni me importa, pero tengo prisa.

—Roger, ¿vas a dejar que se vaya sin más? —dice el más rubio, también barbudo y con barretina.

—Ahora no puedo porque sabe mi nombre.

El que estaba sentado se levanta; no es muy alto, pero tendrá sus años. Las caras los delatan ya que no llevan los pañuelos puestos y es uno de los dos que se afeitan.

—Sois bandoleros, supongo. No soy de aquí, no os conozco y creo que los franceses de vez en cuando se merecen algún susto, así que no os delataré.

Intento que me vean como una simpatizante a su causa y no como a una amenaza.

—Eso no lo sabemos. —Se aproxima a mí y noto que cojea.

—¿Le pasa algo en el pie? —Me mira sorprendido cuando se lo pregunto.

—Me duele al caminar.

—¿Se lo ha torcido?

—No, me hice un corte, pero ya está cerrado.

—¿Y le duele tanto que cojea? Si lo tiene rojo e hinchado, tiene un problema.

—¿Es curandera?

—No, pero... algo sé.

Anatomía de Grey, House y Hospital Central han hecho mucho daño a mi generación. Tampoco ayuda que mi tía sea hipocondríaca y enfermera.

—A ver, sáquese el zapato.

Tras cavilar unos instantes, lo hace. Se saca la alpargata y el calcetín. Pido agua para remojar el pie, no pienso tocarlo de buenas a primeras.

—¿Es grave? —pregunta algo preocupado.

—Tal y como sospechaba, está infectado. Tiene pus dentro y hay que sacarlo. Para ello debo abrir otra vez la herida y esta vez cerrarla bien.

—¿Es necesario hacerlo? —cuestiona el hombre.

—Si no habrá que amputarlo.

—A mi abuelo le pasó —apunta uno de ellos.

—Entonces abra.

No es difícil, la herida aun está presente; cojo el pañuelo del bolsillo de mi vestido y aprieto. Enseguida sale el líquido emblanquecido.

—Esto blanco es el pus, hay que sacarlo. ¿Alguien tiene alcohol?

—Yo tengo rataña en la cantimplora —dice el hombre que me ha descubierto.

—Servirá.

—Es fuerte, señorita.

—Tranquilo, no es para mí.

Vierto un poco de líquido sobre la herida abierta.

—¿Ya está? —pregunta el hombre.

—En principio ya está, puede que haya quedado algo dentro así que si se vuelve a hinchar haga lo mismo que he hecho yo. Y póngase algo de alcohol en la herida cada noche hasta que cicatrice.

—Gracias señorita...

—Capmany.

—Pues a mí también me duele el pie.

Otro de ellos enseguida se saca la bota, tiene una ampolla.

—Le están rozando las botas, debe ensancharlas con grasa de animal al ser de piel. Solo deje el pie al aire y desaparecerá la ampolla.

—Muchas gracias.

—De nada. ¿Puedo irme ya?

Después de la sesión de podología creo que me lo merezco.

—Claro, pero Andreu la acompañará. Hay otros bandidos, esta zona es peligrosa.

Roger, que debe ser el cabecilla, le hace un gesto a uno de los jóvenes que aparece a mi lado.

—Un placer.

Me despido y salgo del bosque seguida del muchacho. Tengo que poner *tratar con unos bandoleros del siglo XIX y sobrevivir* en mi lista de cosas que hacer antes de morir.

—¿Adónde va?

—Allí —señalo el castillo—. No hace falta que me acompañe.

—Por supuesto que sí, ya ha oído al jefe. Ha sido una buena jugada lo del pie.

—Una tiene sus recursos —digo orgullosa de mí misma.

—¿Su nombre?

—Ana. ¿Es de por aquí?

—Todos lo somos. En realidad no somos bandoleros, pero nos reunimos en el bosque para debatir.

—¿El qué?

—Estamos cansados de que los franceses crucen la frontera y hagan lo que les da la gana sin consecuencias.

—Napoleón es un conquistador, no es difícil adivinar qué quiere.

Puede que después de dos siglos yo lo vea muy claro, pero ni Godoy lo vio venir. Me he pasado especulando, debería cerrar el pico.

—Las intrigas políticas no me interesan, pero no pienso esperar sentado a que me quiten lo que es mío.

El muchacho habla con pasión. Es alto, de cabellos castaños bastante largos que me impiden verle bien el rostro.

—Debería interesarte, uno no puede ser un mero peón en un partido de ajedrez.

—Es lo que toca ser a veces —exclama resignado.

—Pues cámbialo, cambia tu destino.

—Es fácil decirlo, yo no vivo en un castillo.

—Yo tampoco, he venido a visitar a mi primo.

—¿Es prima del marqués?

—Sí. Pero podría serlo de cualquiera que trabajase allí.

—Solo los nobles tienen esas manos —deduce él—. No sabía que tuviese parientes, el marqués.

—Será que se avergüenza de mí —bromeo. Llegamos a las puertas—. Gracias por acompañarme, Andreu, espero veros pronto.

—Yo también... y si usted fuese mi prima no me separaría ni un momento de su lado. Que pase un buen día.

Sin esperar respuesta, gira sus pies y se aleja.

Caramba con el bandolero. También lo pondré en mi lista. Coquetear con un bandolero. Cuando entro en el castillo dejo las hiervas en mi habitación, vuelto a cambiarme al vestido y zapatos de antes y me recojo el cabello con un moño. Soy de las que pierde siempre la goma de cabello, pero esta vez pretendo cuidarla y tenerla controlada porque, literalmente, no voy a tener otra.

Dios, si estás ahí, deja que vuelva a mi año original y juro que nunca voy a pedirte nada más.

Hoy también tengo que comer sola, el marqués no llegará hasta la noche. Esto me da algo de ventaja, así que por la tarde decido espiar. Sí, me monto mi película a lo *Misión Imposible* y empiezo a peinar la zona. La planta baja del castillo está formada por la cocina, las habitaciones de los criados y el salón. En la primera planta hay la biblioteca, otros salones y el despacho del marqués. Sin ser vista, me cuelo allí. Tiene bastantes papeles en el escritorio, la mayoría contratos comerciales. También encuentro alguna carta dirigida al Vizconde de Montmeló. Recuerdo que Blanca me dijo que eran amigos. Hay una carta de Madrid sin remitente. Le está informando sobre todos los movimientos que hace Godoy, el ministro actual.

¡Ja!, y me dijo que no le interesaba la política, ¡será mentiroso! Vete tú a saber en qué otras cosas me habrá mentido. Está claro que no puedo fiarme ni un pelo de él.

Antes de que nadie sospeche, salgo del despacho. Supongo que no tiene nada más comprometido y menos a la vista de todos.

Paso el resto de la tarde en la biblioteca descifrando algunos libros en latín que, como no, son totalmente inservibles. Decido que no tengo hambre para la cena y voy directa a la cama.

Antes de acostarme hago algunos ejercicios de yoga, espero que nadie entre porque puede que me tomen por loca. Esta noche no pienso ponerme el camisón de ayer, pica mucho y no me deja dormir. Quiero mi pijama de Victoria's Secret y mis sujetadores y mis bragas.... Ahora que lo pienso, ¿esta marca no se llama así porque en la época victoriana hubo una revolución de la ropa interior? Pues yo no le veo nada de revolucionario a unos pantalones como bragas que parecen pantalones piratas.

Encuentro una camisa de seda, es pequeña y solo me cubre hasta medio culo, pero me da igual, dormiré con esto y mis bragas, que lavo cada día en secreto con un jabón que le quité a la señora Ramos de la parte de la cocina donde lavan los trastos. Tengo que hacerme unas bragas nuevas, seguro que hay telas e hilo en algún sitio.

Charlie solía decirme que era una exhibicionista porque me gustaba andar por casa en ropa interior o incluso desnuda. Decía esto, pero en el fondo le encantaba. Charlie... él que estaba obsesionado con la historia... Si estuviese en mi lugar sería feliz. Pero está muerto, no voy a volverle a ver y creo que tampoco volveré a mi año original.

Intento conciliar el sueño, pero no puedo.

Me levanto de la cama, no sé qué hora es, pero fuera está todo oscuro, sólo la luminosidad de la luna ilumina con su tenue luz los campos que rodean el castillo.

Instintivamente salgo por la puerta y recorro el pasillo hasta llegar a la siguiente habitación. Reprimo mis instintos en un inicio de abrirla, pero luego lo hago, apoyo mi mano en el pomo y tiro hacia abajo. Con delicadeza abro la puerta hacia dentro y clavo mis ojos en el interior. No se ve casi nada, está demasiado oscuro, pero consigo vislumbrar una ventana y con ella algo de luz. Casi a tientas me deslizo hacia dentro, apoyando mis manos en la pared para no chocar con nada ni tropezar.

Entonces me percató de que hay una cama, y lo peor, que hay alguien durmiendo en ella al oír

el sonido de su respiración.

—Mierda —susurro.

Todo pasa demasiado rápido, intento salir de allí escopeteada, pero algo se engancha a mi camisa de dormir rasgando la tela. El sonido hace que la persona dormida se inquiete y se mueva. Tratando de no hacer más ruido muevo la puerta, pero esta vez un chirrido proveniente de esta me delata.

Estoy a punto de abandonar la estancia sin el sigilo que me caracteriza y simplemente correr hacia mi habitación, cuando unas manos me agarran por detrás.

Mi cintura queda presionada por ellas, quiero gritar, pero la persona lo nota y enseguida sube una de sus manos hasta mi boca evitando que realice cualquier ruido.

—Tengo un cuchillo que no dudaré en usar. ¿Quién sois? —Aparta su mano de mi boca.

—Yo... lo siento mucho, no sabía que había alguien durmiendo —susurro con el corazón latiéndome al cien por hora.

A oír mi voz me suelta enseguida, procediendo a realizar un gruñido.

—¿Estáis loca? Podría haberos degollado —me regaña.

—No sabía que esta era vuestra habitación. Perdone, marqués.

—¿Por qué habéis entrado? —cuestiona entonces.

—No podía dormir. Sólo estaba dando una vuelta para ver si lograba conciliar el sueño.

Su silueta se percibe alta, grande y fornida. Aún está a escasos metros de mí, puedo oír cómo respira y me imagino su inescrutable rostro observándome. Esos ojos oscuros y brillantes logran ponerme nerviosa solo con imaginármelos.

—Estáis temblando. ¿Os he asustado?

—La mención de la degollación me ha puesto algo nerviosa —confieso, pero no tiemblo por eso, sino porque me ha rozado la cintura desnuda y tengo la piel de gallina.

Salva la distancia que hay entre nosotros y coge mi mano.

—No voy a haceros daño alguno. Pero demonios, ¿a quién se le ocurre entrar en una habitación ajena?

Es la primera vez que le oigo un tono de reproche, algo que le saque de sus casillas.

—Tenía curiosidad por saber qué había en las demás habitaciones —justifico.

—La curiosidad mató al gato, no sé si lo sabíais.

No puedo evitar mirarle de arriba abajo, con el camión puesto. Dios, está musculado, muy musculado. Y hablando de cuchillos..., ¿dónde tendrá el suyo?

—¿Por qué me miráis ese modo?

Está demasiado oscuro para que me vea, a no ser que sus ojos estén muy acostumbrados a la oscuridad y tenga más margen que yo de visión.

—Yo... me preguntaba dónde lleva usted el cuchillo.

Madre mía, ¿acabo de decir eso en voz alta?

—Debajo de la almohada.

—Oh —digo avergonzada.

Me siento estúpida y con el pensamiento demasiado sucio porque, ¿cómo puede haberme excitado esto? Me doy cuenta de que su mano sigue encima de la mía.

—Sois una dama muy particular. —Juraría que está sonriendo, pero no puedo verlo.

—Suelen decírmelo. Creo que debería volver a mis aposentos a no ser...

No, no pienses eso ahora.

La excitación recorre mi cuerpo y se cuela en mis pensamientos porque, demonios, este tío es pura fantasía. ¿Quién no ha soñado en ser besada por un marqués en un castillo hasta el amanecer?

Yo sí, desde luego.

—A no ser...

Su voz grave me incita a recorrer su rostro a oscuras, a posar mis dedos en su boca. Por suerte la cordura vuelve a mí. Este no es mi siglo, tengo un grave problema y no puedo añadirle sexo a la ecuación.

—Que desee decirme nada más, sino me voy.

No espero su respuesta, porque si estoy más rato en su presencia puede ser que caiga rendida a sus pies. Salgo de su habitación y me meto en la mía, cerrando la puerta.

Es la primera vez que siento esto desde que Charlie murió, esta excitación estando con alguien. Tras su muerte me obligaba a salir con mis compañeras del Consulado, los pubs distraen, se bebe mucha cerveza y se liga. Pero, aunque coqueteé, no sentía esa atracción por nadie. Puede que mi cuerpo me esté diciendo que ya es hora de volver a tener acción después de un año y pico hibernando. Pero ¿precisamente ahora?

Demonios.

Gracias a Dios que en el bolso llevaba algo de maquillaje y estoy decente para el baile de esta noche. Seguramente las mujeres de esa época tienen sus trucos, pero como no sé cuáles son, voy al estilo del siglo XXI. Solo me he puesto un poco de iluminador, polvos bronceadores y el delineador disimulado.

Cuando me llegaron los vestidos no pude evitar sentirme como una princesa. Todos son de estilo camión, como en la película de Orgullo y Perjuicio. El primero blanco de seda y con un lazo rojo atado por debajo del pecho. El otro rojo es más elaborado y me lo reservo para otra ocasión, si es que la hay. Le convencí para que me hiciera una chaqueta larga de color rojo, sé que no se lleva, pero queda chulísimo.

Blanca me peina con un moño sencillo adornado con una trenza y me convence de que me ponga el collar que el marqués me ha prestado. Es una gargantilla de diamantes preciosa, pero tengo miedo de que no cierre bien y que se me caiga y se me pierda. Pero es demasiado bonito como para rechazarlo.

—Tiene una piel tan suave señorita. Está preciosa con ese vestido.

—Gracias Blanca.

Llevo desde los quince años poniéndome cremas y potingues para no tener arrugas, así que una agradece esta clase de cumplidos.

Antes de salir de la habitación, me miro en el espejo. No parezco yo, no me reconozco. Es como si me hubiese puesto un disfraz para carnaval. Resignada, ahogo un suspiro y salgo hacia el comedor. Tiene que haber una forma de salir de aquí y volver a mi tiempo.

—Le sienta muy bien el vestido.

El marqués me espera delante de la puerta y sus ojos brillan pero, como siempre, no hay ni rastro de ninguna emoción.

—También está muy elegante usted.

Verdaderamente, lo está.

Llevo una especie de pantalones altos negros que le llegan por debajo de la rodilla y unos calcetines negros. Su chaqueta es corta por delante y larga por detrás, me recuerda a las películas de la época, y la camisa blanca y esa especie de pañuelo al cuello también. Como siempre, lleva el cabello recogido con una coleta hacia atrás.

—El carruaje nos espera.

Efectivamente, un carruaje de verdad, con dos caballos y un cochero, nos espera delante de la puerta. Nada que ver con los de Sevilla, este es el doble de grande, cubierto y con asientos de terciopelo rojo.

Cuando me recojo el vestido para subir me doy cuenta de que no llevo bolso. Pero claro, ¿para qué lo necesito? No puedo usar el móvil ni coger el pintalabios ni necesito llaves.

—Tardaremos veinte minutos aproximadamente —comunica el marqués una vez empezamos el trayecto.

—¿Y cuánto se tarda en ir hasta Barcelona?

—Dos horas.

—Ya. —Genial, yo en coche tardé treinta minutos—. Me gustaría ir la semana que viene. Para buscar libros. Creo que la solución de mi vuelta puede que esté en algún libro.

Se me ocurre de repente, pero puede ser una gran idea.

—Por supuesto. La semana próxima tendré que ir hasta allí, llega uno de los barcos. Puede acompañarme.

Siempre tan cortés. Pero hay una cierta frialdad en sus palabras. Suele ser distante, y a la vez se está portando tan bien conmigo, pero tiene secretos y no sé hasta qué punto pueden perjudicarme.

—Muchas gracias. Por todo lo que está haciendo por mí —especifico, tragándome el orgullo, pero tengo que decírselo en algún momento.

—No me las dé —responde, como si realmente no le importase.

El resto del trayecto no dice nada más. Mira por la ventana, como ausente. Aún es de día, así que hago lo mismo para admirar el paisaje.

Finalmente veo adónde nos dirigimos, a una gran casa de piedra con dos torres a los lados y medio escondida por las enredaderas. No sé si es una masía enorme o un castillo pequeño.

El cochero nos deja en la puerta y salgo con dificultad. Los anfitriones están en la entrada, saludando a todos los que entran.

—¡Al fin! Hace meses que no le vemos, querido Claramunt.

El hombre, de edad avanzada y con un bastón en la mano, debe de ser el Marqués de Vilallonga. Su peluca blanca se me antoja graciosa, pero contengo la risa. La mujer de su derecha, también mayor y menuda, con los ojos saltones, deduzco que es la marquesa. Su vestido floreado con corte por debajo del pecho es demasiado opulento.

—He estado ocupado. Les presento a mi prima, Ana Capmany. —Hago una pequeña reverencia imitando a Elisabeth Bennet al ver a lady Catherine. Espero no haber metido la pata.

—Qué preciosidad. ¿Capmany qué más? —pregunta la mujer.

—Beauchamp —respondo automáticamente.

No estoy diciendo ninguna mentira, es mi apellido real, en estas cosas es mejor no liarse porque si mientes y luego no te acuerdas de tu apellido, te delatas.

—¿Es usted la hija del conde? —Aquella mujer es el doble de curiosa que yo, y me está poniendo nerviosa. —¿Cómo se llamaba el conde?

Conde, ¿yo que sé? Dios, mi tapadera puede quedar descubierta en cualquier momento. Piensa Ana, un conde.

—No sé si se refiere al conde de Montecristo, mi padre.

Espero que Alejandro Dumas me perdone, pero es lo primero que me ha venido a la cabeza. Y no escribiré su novela hasta dentro de cuarenta años, que de seguro que esa mujer está ya bajo tierra.

—Creo que así es. ¿Y arribasteis hace muchos días?

—Sólo unos cinco días. El trayecto me dejó muy indispuesta.

—¿Y en qué parte de Francia?

—No vine de Francia, sino de Edimburgo. Mi padre me envió allí a un colegio de señoritas y he estado unos meses visitando a mis viejas amistades.

—Entonces sí que fue un viaje largo. ¿Pero, dónde viven sus padres?

—En los Pirineos, a mi padre le encanta la naturaleza. Solemos dar largos paseos en primavera. Mi madre falleció cuando yo apenas era una niña.

Parece que sus ansias de información, al fin, quedan satisfechas. Menuda mujer.

—Querida, disfrute de la fiesta, no le voy a robar más tiempo.

Por fin deja que entre. Necesito una copa para recuperarme de ese interrogatorio de tercer grado.

—¿Qué hablabais con la marquesa? —me susurra él.

—Quería saberlo todo sobre mí.

—¿Y qué le habéis contado?

—No lo sé, me ha preguntado sobre un conde así que le he dicho que era mi padre.

—¿Vuestro padre es conde? —Me mira con incredulidad.

—El conde de Montecristo, en los Pirineos. —Mi yo interno no puede evitar cachondearse de lo lindo.

—No conozco la zona. Es demasiado montañosa para los carruajes y el viaje es arduo.

—Le he dicho también que vengo de Edimburgo. La gente no suele viajar demasiado, ¿no?

—No, los caminos son peligrosos, hay bandoleros y más por las sierras.

Noto cómo me observa, sus ojos clavados en mi persona me perturban y estoy tentada de girarme, pero sigo observando la pista de baile.

—Hay mucha gente en la fiesta —comento.

—Siempre vienen los mismos. Voy a presentaros, prima.

—Vale primo —respondo con retintín, no sé muy bien porqué.

El resto de la velada es un no parar de hablar sobre temas superficiales. Soy la novedad así que todos se acercan para que me presentase y poder preguntarme sobre mi vida privada. Las jovencitas que pululan por allí, tímidas y sin mucha presencia, me miran desconfiadas.

Cuando en un momento pierdo al marqués de vista, me acerco a ellas con la intención de entablar conversación. Sé que para ellas soy una amenaza, pero voy a demostrarles que están muy equivocadas.

—Es una fiesta agradable —les digo, sonriendo.

Una de las tres, que tiene los cabellos castaños recogidos en un pequeño moño y lleva un vestido verde brillante, es la que ejerce de portavoz.

—Mis padres suelen dar fiestas cuando llega la primavera.

—¿Así que sois vos la anfitriona? —pregunto.

—Así es. Me ha contado mi madre que sois la prima del marqués de Claramunt.

—Así es.

Vale, tengo que dejar de cachondearme y de responder irónica. La gente en esta época no suele entender la ironía.

—¿Y es medio francesa e inglesa?

No puede contenerse de preguntar otra chica, la más morena, con nariz alargada y ojos color chocolate.

—Solo francesa por parte de madre. Pero estuve viviendo en Edimburgo una temporada.

—¿Y visitó Londres? —pregunta la tercera, la más bajita y rubia de las tres.

—Varias veces. Es una ciudad con mucho entretenimiento. —Vale, haz memoria de todas las clases de historia Ana.

—¿Qué es lo que más le gustó?

Empiezo a seleccionar de mis recuerdos lo que ya se ha construido y decido ponerle algo de salsa peliculara.

—Las salas de té, sirven unos pasteles deliciosos. Y los bailes, por supuesto.

Ja, la fiesta de Londres es lo mejor y los restaurantes, aunque son carísimos.

—Dicen que está lleno de soldados apuestos —exclama la morena, casi en un susurro.

Ya tardaban en salir los soldados de los regimientos. Espero que no sea una Lydia Bennet en potencia.

—Oh, sí. Pero hay que mantener las distancias, los soldados no son de fiar —musito, muy seria.

—¿Cuál es su nombre? —dice, al fin, de forma amistosa, la hija de los marqueses.

—Ana Capmany Beaucham.

Al fin se presentan las tres, supongo que han decidido que soy digno de confianza.

Fernanda parece la cabecilla, es la más desconfiada y las otras danzan a su ritmo. Josefa parece la más dulce, también tiene sangre noble, pero de menor rango. Es la más mona de las tres. Y Montserrat parece la más pequeña, puede que sea por su baja estatura. No les pregunto la edad porque, sé que a los veinticinco se considera vieja a alguien y en esta época suelen casarse a los dieciocho. Por suerte, aparento muchos menos y tengo la impresión de que nadie me pone más de veinte.

La comida es en la línea de lo que llevo comiendo esta semana, así que no la pruebo demasiado. Cuando empieza el baile de verdad, una pequeña orquesta empieza a tocar melodías desconocidas para mí y todos se posicionan con sus parejas para empezar. No es difícil, son pasos sencillos pero mi falta de práctica se notaría demasiado así que con la excusa de no conocer bien los bailes tradicionales de allí, rechazo un par de atrevidos que se han acercado a pedirme el próximo baile.

Por fin, pasadas un par de horas, llegamos al carruaje y nos lleva de vuelta al castillo.

No estoy nada cansada, pero mentalmente es difícil llevar una tapadera y hablar a la antigua. Que me guste la historia y tenga ciertos conocimientos me está siendo tremendamente útil.

—¿Os habéis divertido? —pregunta el marqués.

—Claro. Ha sido una experiencia muy gratificante.

Un bache en el camino hace que, con la velocidad del carruaje, salte del asiento y me dé un gran golpe contra el lateral de la ventanilla.

—Madre de Dios, ¿estáis bien?

—Sí, sólo ha sido un golpe.

—Dejadme ver. —Se sienta a mi lado y me mira la cabeza—. Creo que no es nada.

Vale, para ser un hombre del siglo XIX huele muy bien. Entre el golpe y su acercamiento estoy hiperventilando.

—Debe de ser muy joven —le suelto.

Claro que parece mayor, pero saber que es un jovencuelo debería pararme los pies de esta reacción tan infantil que estoy teniendo.

—Soy demasiado mayor para no haberme casado, suelen decirme las criadas. No sé a qué edad se casa la gente donde usted viene, pero aquí con veinticinco ya eres demasiado viejo.

—No hay edad límite, pero suele ser a los treinta.

Es cuando empieza a pasarte el arroz, al menos eso dice Bridget Jones.

—Entonces, veo que aún habría esperanza para mí, recién los he cumplido.

—Yo tengo veinticinco, así que ni se os ocurra llamaros viejo. De todas maneras, ya me casé una vez.

—¿Estáis casada? —Se sorprende—. Veo que sois un pozo de sorpresas.

—No, murió.

Me doy cuenta de que es la primera vez que le digo a alguien toda la verdad.

Esto hace que me acuerde de Charlie, de la primera vez que nos conocimos. Fue una noche de verano en la que mis compañeras del consulado y yo habíamos salido a tomar unas cervezas al pub donde siempre íbamos. Él literalmente topó conmigo y me derramó toda la cerveza. Después de disculparse cincuenta veces logró que le diera el número de teléfono para pagarme la factura de la tintorería. Llamó al día siguiente para pedirme una cita, a la que di una excusa de lo más horrible. Y llamó al siguiente, insistiendo.

Finalmente, tuve que aceptar.

—Lo lamento. ¿Hace mucho?

—Un año y poco.

No hace más preguntas, el resto del trayecto lo recorremos en silencio. Cuando llegamos, me besa la mano y dándome las buenas noches, sube por sus escaleras a sus aposentos. Yo subo por las mías hasta la habitación.

—Blanca, ¿qué haces aquí? —pregunto cuando la veo sentada en una silla.

—Esperaba para desvestirla —susurra con un hilo de voz.

—Oh, claro. Como es tan tarde, no pensé que esperases. No me hubiera importado.

—Si la señora Ramos se hubiera enterado, me habría castigado.

No es mala idea, sin ella no sé cómo me hubiera desatado el corpiño o corsé o como se llame.

Cuando ya estoy en ropa interior, se retira y me meto en la cama. Me duermo con un último pensamiento que me perturba; el marqués.

Capítulo 3

Camino turbulento a Barcelona

Ahora que parece que mi sino es vivir en un castillo, me siento un poco como una princesa. El vestido ayuda y también este magnífico jardín.

Ya ha pasado una semana desde la fiesta y el marqués no se muestra muy comunicativo, pero sé que me observa. Noto su mirada puesta en mi nuca, pero la desvía cuando me giro. ¿Me estará vigilando? Pues si me ve hacer yoga, estoy apañada.

Ayer me planté en la cocina y conseguí hacer jabón de romero, exfoliante, y crema hidratante con aceites y cera de abeja. La señora Ramos me observaba con incredulidad mientras que Blanca tomaba nota de cómo lo hacía todo porque no paraba de preguntarme. Estoy segura de que quiere hacerlos ella también.

La señora Ramos se escandaliza cada vez que ve que me tomo un baño, porque los tomo muy a menudo -como tiene que ser- pero en la época aun no se había instaurado la costumbre. Me gusta bañarme, puedo estar todo el rato que me plazca y demorarme todo el tiempo del mundo porque, aceptémoslo:

1. No tengo nada mejor que hacer.
2. Mi prioridad es volver a mi siglo y no tengo idea de cómo.
3. Creo que ya he revistado todos los libros en latín de la biblioteca.
4. A nadie le importa lo que haga y menos al marqués.

Si tuviera que elegir a qué princesa Disney me parezco más, sería a Bella, sin dudar. ¿Por qué? Además del parecido físico -morena y caucásica- siempre he sido una rata de biblioteca, y sí, lo reconozco, también tengo mi punto de presumida y mi parte alocada y fiestera, pero nadie dijo que tenía que ser calcada.

En mi época universitaria salí mucho de fiesta, demasiado. Será por eso por lo que después me daba pereza, ya no podía seguir mi propio ritmo. Patricia y yo siempre hemos sido un peligro, éramos las que nos camelábamos al portero para entrar, al camarero para una ronda de chupitos y luego a alguien de la zona vip para bailar a gusto con espacio suficiente y con copas gratis.

No tuve muchos novios, el primero fue Jorge, un año mayor que yo. Lo conocí en una cafetería, estudiaba ADE y era tremendamente guapo, parecido a uno de esos modelos de Abercrombie rubios. Estuvimos juntos un año, perdí la virginidad con él hasta que terminamos; se estaba tirando a una de su clase desde antes de conocerme.

El segundo fue breve, pero intenso, dos meses en los que Óscar y yo casi no salíamos de su piso. Lo dejé yo, el sexo era genial, pero el chico era muy profundo y discutíamos demasiado.

Luego vino Charlie. Era paciente, gracioso, atractivo con su cabello alborotado, sus ojos grises y sus gafas de pasta. También era detallista. Le gustaba leer como a mí, ir al cine y charlar durante horas de cómo solucionar el mundo.

Después de tener esta conexión con alguien, ¿cómo vuelves a empezar de cero? Porque lo

echo terriblemente de menos. Sus abrazos, su olor, su voz... Estaba tan convencida de que íbamos a envejecer juntos que cuando me di cuenta de que ya no estaba algo en mí se rompió. Y ya no he vuelto a tener esa chispa que solía percibirse en mí.

—Está demasiado pensativa para leer a Lope de Vega.

El marqués se acerca y se apoya en el muro donde estoy subida y estirada leyendo. Aprecio una chispa en sus ojos, algo nuevo. ¿En qué estará pensando?

—¿Cree que se puede amar a varias personas tan intensamente como la primera vez? —pregunto.

Creo que esto lo sorprende. No es una pregunta tan extraña, ¿no?

—Creo que sí, pero nunca se ama igual, aunque esto no quiere decir que se ame menos.

Sus palabras me sorprenden y me gusta lo que dice.

—Dicen que el primer amor nunca se olvida.

—Ninguno se olvida, si no es amor. ¿Se enamoró de su marido?

—Sé que no es muy convencional, pero por esta razón me casé con él. Aunque fue algo precipitado, demasiado. Nadie lo supo.

—¿Ni su familia?

—No, ni ellos. Fue muy repentina su muerte. Y él no tenía familia así que imagínese, ahora tengo todo su patrimonio y no sé qué hacer, sinceramente, no lo quiero.

Es la primera vez que se lo cuento a alguien y es ... liberador.

—Puede que por eso se casó con vos, para dejarla bien parada porque sabía que iba a morir. No creo que deba preocuparse por esto, es joven y tiene toda una vida por delante.

—No creo que supiese que iba a morir.

Y mucho menos en un accidente de coche. A no ser que fuese un amante secreto de lo oculto y la pitonisa se lo dijera. Pero lo descarto, Charlie no parecía de esos.

—Se siente mal por haber heredado su patrimonio —afirma—. Jamás había conocido a alguien que se sintiese así ante tal circunstancia.

Entonces ser una viuda con pudientes era lo más, lo sé. Pero no en 2017.

—No creo que me pertenezca.

—¿Y a quién si no? Él la escogió, debe respetar sus designios. No hay nada que pueda hacer, la decisión solo era de él. No se torture por esto.

Sentí unos deseos irrefrenables de abrazarlo, pero me contuve. Quién sabe cómo se lo tomarían en este siglo, cualquier cosa era considerada pecaminosa y nada decente.

—Gracias por sus palabras, marqués.

—No me las dé. Venía para decirle que esta tarde parto hacia Barcelona, por si le interesaría venir conmigo. Durante la fiesta me mostró su interés.

—Lo cierto es que sí.

No sé exactamente por dónde buscar, pero seguro que hay alguna tienda de libros donde puedo acudir. Creo recordar que la biblioteca episcopal es una de las más antiguas de Barcelona, empezaré mi búsqueda por allí.

—¿Qué espera encontrar en Barcelona?

—Un libro.

—¿El que no ha podido encontrar en mi biblioteca? —dice perspicazmente.

—Justo ese.

Sin darme cuenta, le guiño un ojo. No sé lo que significará entonces o si la gente ya lo hace o no, pero como de costumbre ni se inmuta.

No voy a tentar a la suerte, así que me alejo con mi libro en la mano hacia el lago, aunque

vaya descalza. No lo entiendo, ¿qué tiene ese hombre? Hace que sienta cosas que no debería sentir y ni siquiera expresa ni una muestra de sus sentimientos. A veces estoy tentada de zarandearle y decirle que se deje llevar por una vez. O al menos que me diga si me odia o le soy indiferente o le caigo bien.

Cuando ya ha pasado rato suficiente como para no encontrármelo merodeando por la entrada, voy hasta mi habitación para cambiarme. Si tenemos que ir a Barcelona, tendré que adecentarme, así que me pongo a ello.

—¿Señorita? —llama Blanca golpeando la puerta.

—Sí, adelante.

Entra con un pequeño baúl.

—¿Para qué es esto? —pregunto con curiosidad.

—El señor ha dicho que partíais a Barcelona esta tarde y que os quedareis a pasar la noche en la ciudad.

—No me lo había dicho. Supongo que tendré que hacerme la maleta... digo el baúl. Me llevaré el vestido azul claro y por si acaso el amarillo de fiesta.

—¿Sabe? Hay un sastre en Barcelona que dicen que vistió a la mismísima duquesa de Osuna.

—¿De veras? Intentaré visitarlo.

Por desgracia, mi sujetador se está secando -cada semana lo lavo yo misma en secreto- así que tendré que ponerme el corsé. La tela, como digo, es rígida y Blanca me lo ata por detrás. Vaya, no es tan incómodo, al menos hace que mi postura sea completamente recta. Me pongo el vestido blanco de muselina, y el efecto corsé enseguida muestra un escote pronunciado y considerable, pero vamos, nada que supere el *push up*, por supuesto.

Creo que si vuelvo a mi siglo nunca más voy a quejarme que no tengo nada que ponerme, porque después de estar en esta situación, no hay nada peor. Blanca me convence de recogerme el cabello en un moño bajo y acepto de mala gana. Casi nunca me recojo el cabello y aquí parece ser la orden del día.

Cuando estoy lista y el baúl también, bajo hasta la entrada.

—El marqués la está esperando fuera, en el carruaje —anuncia la señora Ramos con su cara de mala uva habitual.

No, no me traga, pero me la trae al paio.

El marqués ya está dentro del carruaje, así que subo y me siento delante de él.

—Serán dos horas de camino, ¿verdad? —Lleva una camisa blanca con una chaqueta con solapa marrón, con unos pantalones del mismo color y unas botas negras de piel. A su lado descansa su sombrero.

—Sí —confirma, alargándome la mano para ayudarme a subir.

Cuando estoy sentada, el cochero arranca. Dos horas es lo que dura un vuelo a París, qué irónico.

—¿Y qué clase de mercancías llegan?

—Cacao sobre todo, y algodón.

—Interesante.

No, no empieces por ahí me digo a mí misma. No puedes cambiar la historia, Ana. No puedes decir nada. Se me queda mirando y, milagro, sonrío.

—A ver, hable.

—Sólo... digo que es interesante lo del algodón. La compañía de las Indias orientales está muy interesada también.

—Así que es eso lo que hacía en Edimburgo, negocios.

—Yo... más o menos.

—Sé que están construyendo fábricas.

—La hiladora fue una innovación alucinante, digo fascinante, incluso la patentaron. Alguien debería hacer lo mismo aquí. De hecho, seguro que a alguien se le ocurrirá.

—No lo dudo. Y se hará de oro.

—Totalmente. Pero si lo hace, hágalo después de... —Me muerdo la lengua, no puedo decir *después de la guerra con los franceses*.

—¿Sí?

—Después de que Napoleón termine con sus ansias de conquista. —El respaldo de la cabeza es incómodo por culpa del recogido, así que me saco la cinta de la cabeza y me dejo el cabello suelto, tal y como me gusta. El marqués frunce el ceño. —Sí, lo sé, pero me molesta con el traqueteo.

—Sois incorregible.

—Y usted demasiado estrecho de miras. ¿Nunca habéis roto las reglas?

—¿A qué os referís? —Me mira con curiosidad, como si no supiera de lo que estoy hablando. Quiero averiguar qué es lo que le está pasando por la cabeza.

—Hacer algo que no debíais, que está mal visto en la sociedad o simplemente algo malo.

—Por supuesto, pero estáis muy equivocada si pensáis que os lo voy a contar.

Maldito marqués, siempre acaba dejándome con la intriga, pero este va a ser un largo camino y voy a sonsacarle cosas, como que me llamo Ana.

—Os concedo cuatro preguntas a cambio de otras cuatro. Juro por mi honor que responderé con total sinceridad. ¿Qué os parece?

—Que sois demasiado lista y acabaré perdiendo, pero me gusta jugar. —Acaba cediendo, mientras sonrío satisfecha.

—Bien, primera pregunta. ¿Por qué os empeñáis en ignorarme?

Quiero que sepa que me he dado cuenta, que no soy estúpida, aunque eso ya lo sabe muy bien.

—No os quiero coger cariño porque sé que, en cualquier momento, desapareceréis de mi vida tal y como llegasteis, y no volveréis —dice, con total sinceridad.

Esta respuesta no me la esperaba, pero tiene todo el sentido del mundo. Esto abre una nueva puerta, ¿será que no es la primera vez que le pasa? Y lo más importante, ¿habrá venido antes alguien del futuro?

—Os toca a vos.

—¿Por qué queréis agradarme? —Su pregunta me hace reír.

—Hay varias razones; la primera porque sois la única persona con la que puedo conversar de cualquier tema. La segunda, porque, simplemente, me agradáis y quiero que sea recíproco. Y la tercera, porque me lo estoy tomando como un reto ante vuestra falta de interés.

Esta última me la podría haberme callado, pero voy a ser sincera.

—Es bueno saberlo. Mi turno.

—Por cierto, si no encuentro ninguna pista en Barcelona es probable que deba quedarme una larga temporada. Así que, si no le importa, seamos amigos.

—De acuerdo. ¿Por qué se casó en secreto?

—Yo... no lo hice en secreto. Vivía alejada de mi familia y un día cualquiera Charlie se puso muy pesado en que quería casarse conmigo. No entendí su urgencia, pero me pareció muy romántico, así que lo hice sin más. Yo le quería, él me quería... no encontré ninguna razón para decirle que no, al menos ninguna de peso. En el fondo, siempre pensé que volvería a casarme con

él más adelante, con toda mi familia presente en una bella ceremonia llena de flores en una iglesia... Aquí tiene mi respuesta.

—En el fondo sois una romántica.

—¿Yo? No, no lo soy. ¿Le cuento un secreto? Es algo que no le he contado nunca a nadie porque me aterra lo que pueda significar. Yo quería a Charlie, hacía dos años que lo conocía, pero cuando murió, aunque lo echaba de menos, me asustaba más la idea de no encontrar nunca más a nadie que me quisiera. ¿Y sabe otra cosa? Que estuve triste, muy triste, y lloré, pero creo que ya lo he superado. ¿Qué clase de persona supera la muerte de su marido en tan solo un año?

—No lo sé, pero a mí no me parece algo tan grave. Al revés, es bueno.

—Esto significa que no le quería lo suficiente, y ahora tengo las joyas de la familia McGregor. Pero vayamos a la siguiente pregunta.

—La vida no es perfecta, Ana. Formule su pregunta —contesta con su voz grave característica que me trae tan loca.

—¿Nadie os ha enamorado? Lo sé, muy típica, pero me resisto a pensar lo contrario.

—Nadie me ha tentado lo suficiente, aunque hubo una muchacha hace diez años. Nos escribíamos apasionadas cartas de amor, pero se me adelantaron y otro pidió su mano. Su nombre era Dorotea.

—Bonito nombre —murmuro. Totalmente irónico, por supuesto.

—Tercera pregunta. —Veo cómo me lanza una mirada algo obscena y sé que esta pregunta será muy personal y sucia— ¿Cómo perdió su virtud?

Caramba con el marqués, se está volviendo de lo más atrevido...

—Mi virtud... ¿así es como lo llaman? Bien, pero debe ser algo abierto de mente, porque no la perdí con mi difunto esposo, sino antes.

—Rompió las reglas —deduce él.

Se está divirtiendo de lo lindo, lo veo en sus ojos y en esa sonrisilla que se asoma por su rostro.

—Fue mi primer novio serio, se llamaba Jorge. La verdad es que se portó bien, fue tierno y considerado. Fue una cálida noche de verano, en su casa de veraneo en la costa. Le voy a preguntar lo mismo a usted.

—Pagué a una fulana y me enseñó todo lo que un hombre debe saber.

Oh Dios mío, no quería saber esta información.

—Me abstengo de hacer cualquier comentario.

Supongo que mi cara es un poema, por lo que pasa a la siguiente pregunta.

—Última pregunta; ¿de dónde venís?

La esperaba, por supuesto que sí. Pero también tengo guardado un as en la manga.

—Ya os lo dije, vivo en Edimburgo y vengo de Barcelona.

—Dijisteis sinceridad total. —Se pone serio, mierda.

—Estoy siendo sincera, pero habéis formulado mal la pregunta. Me habéis preguntado de dónde vengo, nunca os he ocultado esta información. La cuestión es otra...

Entonces abre los ojos y una chispa se enciende en su mente.

—No sois de 1807.

—Cuatro preguntas, marqués —le recuerdo.

Está bien, le he dado una pequeña pista, pero por supuesto no se lo he dicho todo. De todas maneras, no entiendo cómo puede creérselo, a mí me viene un tío disfrazado diciendo que viene del pasado o del futuro y no me lo trago.

—Entonces, venís de otra época.

—No pienso deciros nada más.

No pertenezco a este espacio-tiempo, todo lo que haga puede interferir. Lo digo de verdad, he visto mil películas sobre este tema. Aunque en *Time Line* debían viajar al pasado para que la historia quedase tal y como la habían estudiado... Podría ser que mi sino fuera viajar a esta época. Dejo de delirar y observo cómo Eduard me analiza.

—¿Y ese anillo? No sé si me permitiréis preguntar sobre él —dice riendo.

Siempre lo llevo, ha pertenecido a mi familia -la de mi madre- durante muchas generaciones. Como es antiguo, puedo permitirme llevarlo.

—Era de mi madre, de su familia. —Siempre me ha gustado ese anillo. Es delicado, de oro, con pequeños zafiros montados formando una B de Beauchamp—. ¿Puedo sentarme a vuestro lado? Estar de espaldas me marea.

No lo digo para estar más cerca de él, lo juro. Me estoy mareando de veras.

—Por supuesto.

Me quedo completamente dormida, siendo consciente de que mi cabeza está sobre el brazo del marqués, pensando que tiene razón, no debo encariñarme con él porque, tarde o temprano, volveré adonde pertenezco.

Barcelona es distinta y a la vez parecida a la mía. Parezco una cría observándolo todo desde el carruaje. Es extraño ver el mercado de la Boquería como un verdadero mercado, sin extranjeros comprando zumos, y que casi toda esta zona sea de lo más tranquila, sin el bullicio de la plaza Cataluña, tan a petar que la evito siempre que puedo.

El carruaje baja por las Ramblas y gira en una de las calles de la derecha, parándose ante lo que parece un palacete construido de piedra. Al lado está un convento y no, no recuerdo que en mi siglo exista. Esto me hace recordar que dentro de unos treinta años empezará la desamortización y que muchos de estos conventos del centro de la ciudad desaparecerán. Creo que precisamente en ese convento ahora hay un hotel.

—¿Os place estar de nuevo en Barcelona? —pregunta el marqués cuando bajamos del carruaje.

—Definitivamente, sí.

—Espero que el trayecto no haya sido muy arduo.

—Los he sufrido de peores. —Estar encerrada en un avión veinte horas para llegar a Bangkok, eso sí es un viaje arduo, y más viajando en turista—. ¿Este es vuestro palacio?

—Este mismo. ¿Entramos?

—Por supuesto.

Es un palacete impresionante; justo en medio tiene una zona ajardinada en la planta baja con una fuente, me recuerda a los claustros de los conventos, pero más pequeño, o a las antiguas casas romanas. Solo tiene una planta por encima, donde están los aposentos y allí nos dirigimos. Atravesamos un pasillo y abre la primera puerta.

—Esta es su habitación, espero sea de su agrado. Yo estoy en la tercera, por si le entra curiosidad —dice el marqués saliendo de allí con un gesto divertido en el rostro.

Le hago una mueca, pero ya ha salido de allí.

Mi habitación por una noche es sencilla, da al patio interior y gracias a eso es luminosa. Tiene solamente una cama, un armario y un tocador, todo de madera de roble.

Veamos, tengo varias cosas que hacer en la ciudad:

1. Prioritaria: ir a la biblioteca episcopal y buscar el libro.
2. Comprarme una camisa de dormir que no pique.
3. Comprar alguna tela apta para coserme unas bragas.

Empezando con la biblioteca episcopal, salgo de la habitación y me dirijo hacia la salida.

—Ana.

Oigo mi nombre y me giro. Es el marqués y es la primera vez que me llama por mi nombre. Sí, suena endiabladamente bien con su voz.

Me giro. Espero que mi desconcierto no se note.

—Decidme.

—¿Vais a salir?

—Quería ir a la biblioteca, y luego comprarme... una camisa de dormir. —Lo último lo digo en voz baja, a no ser que se considere malo hablar de estas cosas con libertad.

—Bien pensado. Necesitaré dinero —dice mientras me alarga una bolsa de terciopelo a la que soy reacia de coger. No me gusta que me den dinero, aunque si lo pienso, básicamente me está manteniendo—. Sois mi prima, el único pariente que tengo. Tengo más dinero del que podría gastar en tres vidas.

—¿Y por qué hacéis negocios?

—Mi vida no tendría sentido alguno si no hiciese algo con ella. Lo hago porque me gusta, así que coged esto y compraos lo que queráis. Esta noche tendremos una recepción a la que acudir.

—Está bien. —Lo cojo de mala gana y, aunque tengo mi orgullo, no tiene sentido cuando estoy viviendo en su casa, comiendo su comida, leyendo sus libros y un largo etcétera. Por un par de monedas no voy a parecer mucho más digna, la verdad—. ¿A qué hora saldremos?

—A las ocho.

Asiento y salgo de la casa. Le digo al cochero que vamos a la biblioteca episcopal y subo. Me he ahorrado una búsqueda del lugar porque parece saber adónde es. Para mi sorpresa, solo bajamos un poco las Ramblas y se para en uno de los edificios que parece un convento.

—Aquí es, señora —dice.

Creí que estaba en la calle Diputación, pero pensándolo mejor eso está fuera de las murallas, así que a lo mejor esta es su ubicación actual. Me bajo del carruaje y entro del edificio, que para mi sorpresa está abierto.

Con cautela, avanzo hasta llegar a una zona donde empiezan a alzarse distintas estanterías y voy hacia ese pasillo. Madre del amor hermoso, hay demasiados libros y eso es como buscar una aguja en un pajar.

—¿Señorita? ¿Qué está haciendo aquí?

Alguien me sobresalta cuando estoy leyendo el orden el que están ordenados los libros. Al girarme me encuentro con un monje vestido con un hábito blanco, de nariz respingona y ojos vivos, aunque algo bajo.

—Estoy buscando un libro, esto es una biblioteca, ¿verdad? —pregunto.

—Sí, pero... —parece buscar las palabras— ¿no sabe que esta es una biblioteca para los monjes?

—No lo pone en ningún sitio, ¿por qué tendría que saberlo?

—Es la biblioteca episcopal, señorita —insiste él.

—Mire, estoy buscando un libro y es de vital importancia, mi vida depende de ello. Me encomiendo a vos, mi vida está en sus manos —decido implorar.

Se me queda mirando igual que si yo fuera E.T. y volase en bicicleta.

—¿Qué libro está buscando? —finalmente me pregunta.

—No lo sé exactamente, pero sé que está en latín. Un libro sobre... viajes.

—¿Viajes? El *Codex Calixtinus*, supongo.

—Mmm, no creo. —Es demasiado famoso, lo estudié en literatura—. Es algo más complicado, porque no es un viaje ordinario, sino algo relacionado... —redoble de tambores, a lo mejor llama al psiquiátrico o acabo quemada por bruja— con el tiempo.

—¿Quién sois vos?

Es algo bizco y mi pregunta hace que sus ojos se desvíen aún más.

—No puedo decíroslo —contesto rápidamente.

—Habéis tenido suerte que esté yo hoy al cago de la biblioteca y sea de la orden de la Trapa. Bueno, de esa rama de la orden.

Prácticamente, mientras dice esto, me arrastra hasta una de las alas de la biblioteca más oscura.

—¿Orden de la Trapa? —pregunto sin entender nada.

—Verá, no sé si sabe que después de la Revolución Francesa, Napoleón prácticamente echó a todos los monjes de nuestra orden que eran de allí.

—¿Por qué?

Me estaba contando esto a la vez que leía títulos de libros en una de las estanterías.

—Pensaba que éramos peligrosos, y todo por culpa de los Vilain. Son una familia originaria de Laon, del norte de Francia, conocidos por sus ansias de poder.

—Bien, ¿y qué tiene que ver esta familia con mi problema? —No me está aclarando nada.

—Los Vilain conocen un secreto desde el siglo VII, un ejemplar del mismo libro que busca usted llegó en manos de un miembro de su familia y lo han aprovechado para adquirir poder a lo largo de la historia. Los únicos que les plantaron cara fueron los componentes de nuestra orden. En realidad una rama de dicha orden. ¿Sois un daño colateral?

—¡Eso es exactamente lo que soy! —casi grito de la emoción. Estaba salvada. —Repitieron unas palabras en latín y he estado buscándolas como una loca.

—Sólo soy un novicio, pero sé dónde está el libro para casos de emergencia. No se me permite hacer nada más, y tampoco debería saber mucho sobre ello, pero a veces los demás monjes se van de la lengua. Aquí, es este. —Saca un tomo bastante grueso y lo abre, apoyándolo en una de las mesas.

Hojea algunas páginas, y cuando pasa la número ciento veintitrés, me quedo consternada.

—No me diga que estaba en esta.

—Me temo que sí, señorita. Esto parece una conspiración.

La página está arrancada.

—¡Nooo! Joder, ¿y ahora qué hago? Esta era mi única esperanza. —Tengo muchas ganas de llorar.

—Lo siento, no puedo hacer nada más por usted. De todas maneras, comunicaré su visita a mi superior.

—Estoy hospedada en casa del Marqués de Vilalta, en el castillo de Sant Marçal. Muchísimas gracias por su ayuda. ¿Cuál es su nombre?

—Lluís.

—Yo soy Ana Capmany. De veras, ha sido usted tremendamente útil.

La búsqueda, aunque ha salido mal, me ha dado esperanzas. Si el novicio dice que yo me encuentro en una situación precaria, podría venir alguien a ayudarme. Aunque para ello deben creerle, que la carta llegue -los transportes son limitados- y que alguien sepa cómo. Tengo mil

dudas sobre eso de los viajes en el tiempo. Quiero decir, ¿de verdad puede haber una familia que durante siglos encubra este secreto? Y lo más importante, ¿desde el siglo VII hasta el XXI? Esto empieza a parecer una película de esas de los domingos por la tarde a las que a veces no encuentras sentido a la trama.

Fui a por mi segunda prioridad en la lista; le dije al cochero que ya volvería por mi propio pie y fui caminando por las Ramblas, adentrándome en las callejuelas laterales. En una de ellas vi que había una especie de sastrería y entré. Había un mostrador de madera grisácea con una caja registradora y al otro lado una pared de arriba abajo llena de telas amontonadas. Quién tuviese aquí el móvil para hacer una foto y colgarla en Instagram... Me imagino los hashtags #tiendaantigua #telasobretela #tesorosocultos #barcelonaantigua #sigloXIX #atrapadaeneltiempo #SOS

Un carraspeo que venía del interior interrumpió mis pensamientos. De allí salió una muchacha joven, de aspecto pálido y con el cabello escondido bajo un pañuelo.

—¿Desea algo? —pregunta.

—Sí, ¿una camisa de dormir no tendría?

—Tenemos algunos patrones, en un momento se la acabo de coser —dice, sacando algunas muestras.

Vale, parecen sacadas de una película de miedo, largas hasta los pies, blancas y con encajes en el cuello. Si me pongo el cabello hacia delante pareceré la niña de *The Ring*, lo juro. Acabo escogiendo la más sencilla y con mis medidas me la ajusta. Luego también compro una tela que parece la más elástica -no, por supuesto que no es elástica en sí, pero cede algo más que las demás- de algodón. No me atrevo a decirle que me cosa unas bragas así que me voy a llevar la tela y voy a hacerlo yo.

No, no he cosido en mi vida ni un botón, pero no puede ser tan difícil, ¿verdad?

Satisfecha con mi compra -la chica puede haberme timado perfectamente porque no entiendo el valor de los malditos maravedíes o reales y cuando a tientas he intentado leer las monedas, no he logrado ver nada por lo que le he acabado dando algo y me ha devuelto el cambio- vuelvo caminando hasta la casa del marqués.

Las calles están animadas, hay transeúntes paseando, damas entrando también en las tiendas y los salones y muchos carruajes. No puedo evitar entrar en una tienda que parece ser para señoritas y ver cómo algunas compraban una especie de polvos. Le pido al hombre algo para sonrosar las mejillas y me da un potecillo color rojo. Al abrirlo y olerlo me doy cuenta de que es zumo de remolacha. No sé cómo me atrevo a pedir un pintalabios y cuando pregunto de qué está hecho y me dice mercurio, temo intoxicarme. Al final, me llevo el zumo de remolacha, estoy bastante pálida ya que en Edimburgo pocas veces veía el sol y, aunque sé que aquí la moda es la palidez absoluta, yo me veo mejor con algo de color.

Cuando llego a casa, me doy cuenta de que tengo que apresurarme para arreglarme, son casi las ocho.

Esto de ir por la vida sin reloj de muñeca es muy peligroso, porque nunca sé qué hora es. Tendría que haberme apuntado a los *Boy Scouts* y ahora sabría la hora solo mirando la sombra o la posición del sol.

Corriendo, voy hasta mi habitación y me desvisto. Me pongo la crema hidratante que me he llevado y una gota del zumo que me he comprado. Nada que ver con el colorete de toda la vida, pero algo de color da. Me pongo el vestido amarillo con dificultad, porque se ata a la espalda y me es incómodo. Ahora entiendo esa obsesión de tener doncellas que vistieran a la gente, ¿cuándo inventarán la cremallera?

Bajo hasta la entrada de la casa y el marqués, como siempre, me está esperando. Atractivo, también como siempre, con sus ropas donde el negro predomina, me ofrece su mano.

—Irradia luminosidad esta noche —me dice, obviamente porque el vestido es amarillo.

—Y usted oscuridad —le contesto con picardía—. ¿Adónde nos dirigimos?

—A casa de un buen amigo, el conde de Ausà. Da una recepción esta noche a un enviado especial de la Corte.

Me explica mientras nos montamos en un carruaje.

—¿Enviado especial?

—Suele hacerlo el rey. Históricamente el reino de Aragón y Cataluña siempre hemos sido algo rebeldes, así que están continuamente enviando a representantes de la corona para vigilar a los nobles de aquí.

—Estabais acostumbrados a tener unas propias cortes, a exigir al rey ciertas cosas que ahora no podéis. Es lo que pasa cuando uno va a favor del bando perdedor.

Me encojo de hombros. Así fue, Carlos II el hechizado murió sin descendencia (demasiados matrimonios entre parientes, tuvo el síndrome de Klinefelter), Cataluña apoyó al candidato de los Austrias mientras que ganó el Borbón. Con el Decreto de Nueva Planta se abolieron todos los privilegios que gozaba dicha corona.

—No creo que volvamos a cometer el mismo error.

Algo me dice que se refiere a ciertos asuntos políticos que intenta esconder.

Tiene una sonrisa demasiado perfecta para usar un cepillo de dientes hecho con pelos de caballo -sí, con eso tengo que lavarme los dientes ahora-.

El palacete del conde es más grande, aunque a mí me parece demasiado ostentoso. La decoración con grandes tapices es bastante cargada y los muebles con jarrones y otros elementos decorativos, demasiado recargados. El conde y su esposa no son muy mayores, es más, tendrán más o menos mi edad. La condesa tiene unas facciones delicadas de cabellos rubios y ojos color miel y el conde también tiene el cabello claro, pero los ojos negros.

Hay más gente que en la primera fiesta a la que acudí, pero aquí nadie me observa ni chismorrea. Mientras el marqués habla animadamente con uno de los invitados, paseo por la sala observando a la gente. Hay tres hombres discutiendo acaloradamente y me acerco para ver de qué hablan.

—Pero, ¿acaso se ha demostrado? No —dice el más bajo y con una peluca emblanquecida.

—La tolerancia es lo más importante. Dice Rousseau: *no comparto lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a defenderlo* —le contesta el hombre alto y delgado.

Mmm no fue Rousseau, estoy segura. Lo digo porque bendita la hora en que escogí una optativa de debate en la universidad y el profesor no paraba de citar a Voltaire.

—Fue Voltaire quien dijo eso. —No puedo evitar corregirle.

—¿Disculpe, señorita? —pregunta el que estaba hablando.

—Esa cita es de Voltaire.

Se quedan pensativos y luego, el que no había dicho nada hasta ahora, habla.

—Tenéis razón, querida. ¿Quién sois?

—Ana Capmany, prima del Marqués de Vilalta —me presento.

Después de presentarse ellos -no, no recuerdo sus títulos- nos enzarzamos en una conversación sobre la libertad.

—Lo que sí dice Rousseau en su *Contrato social* es que es el pueblo quien debe liderar a una nación, por lo que todas las decisiones no las debe de tomar la corona.

—A eso se le llama democracia, querido —le digo.

—Pero ¿cómo saber la voluntad general?

—Mediante una asociación civil, bien lo dice.

—Esto en la teoría está muy bien —empiezo para meter cizaña— pero no todo el mundo tiene la misma capacidad para razonar. ¿O acaso la tiene el panadero igual que vos?

No me doy cuenta de que alguien está detrás, escuchando.

—Por supuesto.

Ninguno de ellos me rebate, cosa extraña, así que miro de reojo quien es el causante de tanta incomodidad.

—Señorita, tiene la cabeza muy bien puesta.

Por fin habla el hombre y me giro para observarle. Más o menos de mi estatura, nariz chata y ojos pequeños y penetrantes. No me gusta su mirada, es demasiado altiva y siento cómo me analiza.

—Solo estoy siendo razonable, señor...

—Hilguero, Baltasar. —Los tres intelectuales se desvinculan de la conversación y le siento sola ante el peligro—. Entonces, ¿es mejor dejar las decisiones a quién?

—A los que tengan una educación y sepan razonar, por supuesto. Y los puestos de poder a los más capacitados, sin duda.

—Entonces no ve factible las ideas de Rousseau —deduce mal.

—Nada más lejos de la realidad. Creo que hay que educar al pueblo y entonces dejar que tome decisiones, no antes.

Eso no le gusta porque pone mala cara. Por suerte, antes de que diga nada soy rescatada por Eduard.

Me coge de la cintura y nos metemos en medio de la pista de baile.

—Soy terrible bailando. Es mejor que paremos.

Él me guía entre la multitud andante, más bien me arrastra porque no sé cómo logran mis pies moverse.

—Sois terrible en casi todos los aspectos y no por ello dejáis de hacer las cosas.

—No sea bribón. ¿Acaso es una excusa para volver a tenerme entre sus brazos? —le pregunto divertida.

—Es una excusa para libraros de conversar con el representante de la corona. Parecía demasiado interesado en usted.

No me gusta su cara, porque no solamente está serio, si no que, además, está preocupado.

—No entiendo por qué, solo soy una dama más.

Siendo realistas, he visto que hay chicas guapas. No son ninguna cosa espectacular (¡oye!, yo tampoco) y a mi parecer se pasan con los polvitos blancos en la cara -parecen un poco payasos- y el contraste con el rubor rojo de las mejillas es exagerado, pero debajo de todo esto no son feas.

—No lo sois —dice todo serio.

—¿Por qué? ¿No voy vestida adecuadamente? —Me preocupo, no quiero delatarme.

Aunque dudo que supiesen de dónde vengo.

—No... no es eso. Sois demasiado natural, eso llama la atención.

¿Natural? ¿Perdón? A veces creo que necesito un traductor de *eduardés* al castellano.

—No acabo de entenderlo.

Por fin la pieza de música termina y paramos de bailar.

—¡Será mejor que nos marchemos! —exclama, volviendo a su cara de impasividad habitual, y nos encaminamos hasta el carruaje.

Recorremos el trayecto en un completo silencio, yo comiéndome la cabeza con lo que ha

dicho. ¿Es porque no me maquillo como un payaso? Las damas de más edad tampoco y nadie les dice nada. Lo siento, pero hay cosas por las que no pienso pasar. Natural. ¿Me está llamando orco? Esto me enfada.

Bajamos del carruaje al llegar y tengo intención de subir sin decir nada -no estoy de humor- cuando su mano me detiene.

—¿Os habéis enfadado?

—No, pero no entiendo lo que queréis decir. No puedo enmendar mis errores que tanto os disgustan si no os explicáis —le recrimino.

Aquello está casi a oscuras, solo unas antorchas iluminan levemente la zona.

—Me dijisteis que de donde sois, *piensa mal y acertarás*, ¿no?

—Más o menos.

—Pues aplicadlo a todo aquel que se os acerque.

Sin más dilación, sube hacia sus aposentos. Una pregunta se queda en el aire, ¿incluyéndolo a él?

Capítulo 4

Un juego a tres bandas

¡Maldito gallo que cada mañana me despierta al amanecer!

Por supuesto, no tengo taponos para los oídos, así que es probable que un día me vuelva completamente loca y persiga al maldito gallo para meterlo en la cazuela.

El pasado despierta mis instintos asesinos y esto no puede ser bueno. Será que no hay manera de que pueda quemar la adrenalina porque no puedo salir a correr. Primero que no tengo el equipamiento y segundo que me tomarían por loca, así que me sulfuro con facilidad.

Lo peor de todo, y lo digo muy en serio, es no tener baño. Sí, esa zona de la casa donde yo puedo pasarme horas arreglándome. Pues no, no la hay. En vez de esto, se ha colocado una bañera casi permanente en mi habitación y cuando tengo que hacer mis necesidades, voy a la letrina situada en las afueras de la casa. Por suerte, tengo mi letrina privada -juro no volver a quejarme de los baños públicos nunca más-.

La vuelta de Barcelona tuve que realizarla sola. Finalmente el barco se retrasó y Eduard me envió de vuelta sin discusiones. Yo quería quedarme un poco más, pero me dijo que era más seguro que regresara al castillo. No lo entiendo, pero creo que tiene algo que ver con el hombre ése que hablé en la fiesta, Hilguero, el representante de la Corona en Barcelona.

Ya estamos casi a julio y por desgracia aun no he logrado averiguar cómo volver a mi época. Es algo que desafía todas las leyes de la física y que ni Einstein pudo prever. Tengo mis teorías, como lo de los agujeros de gusano en el espacio. Hay gente que de golpe ha aparecido en la otra punta del mundo, pero no creo que sea eso porque son inestables y no pueden controlarse. Este «portal» es fijo, los encapuchados sabían que existía y eso hace que me pregunte si habrá más. De momento me resigno a esperar a que me lleguen buenas noticias del aspirante a monje y su orden de protección del tiempo.

Pero esta mañana, excepcionalmente, no voy a preocuparme por el portal. Tengo mucho sueño y pienso dormir hasta que me canse, porque ayer menuda nochecita que pasé, por eso el gallo me está sacando de mis casillas.

Sucedió a medianoche.

No sé porque, pero me estaba costando horrores pegar ojo, será que había demasiado silencio o que la luz de la luna me molestaba y no hay persianas, pero no lograba dormir. Así que estaba dando vueltas en la cama, pensando en que mi vida era una desgracia tras otra y que mataría por tener un reproductor de DVD y ver una de esas películas dramáticas como Tristán e Isolda y comer palomitas mientras lloraba, cuando oí un ruido proveniente de abajo.

Sin pensármelo dos veces, me levanté de la cama y saqué la cabeza en el pasillo, pero no vi nada. ¿Habría sido el marqués? ¿Tendría compañía? ¿Compañía nocturna? ¿O simplemente sería un criado? No había olvidado sus palabras acerca de cómo perdió su *virtud*, bien podría haberse vuelto una costumbre, y esta idea no me gustó.

Decidí salir de la habitación dispuesta a entrar dentro de la tercera puerta, cuando alguien me

agarró por detrás tapándome la boca y arrastrándome dentro de los aposentos del marqués.

—Silencio —dijo.

Era él, ¡Cómo no!

Enseguida me soltó.

—¿Qué ocurre? He oído un ruido que venía de abajo —pregunté con voz ahogada.

—Hay alguien dentro de casa, supongo que será un espía —confesó.

—¿Un espía? —me sorprendí.

—Sí.

—¿Puede explicarme por qué?

—No conspiro contra nadie, pero me gusta estar informado y el rey Carlos está algo paranoico con lo de su hijo Fernando y viceversa.

—Normal, quiere quitarle la corona —razoné.

—¿Y lo logrará?

Mi espalda tocó la pared y frente a mí estaba el marqués, tan atractivo como siempre.

—No me acuerdo —decidí mentir a modo de mentira piadosa—. Aunque creo que publicó cierto edicto o lo hará...

Por favor, que ya lo haya hecho.

—Sí, ya lo hizo. Pero sigue paranoico.

—Hay algo que no me creo, ¿sabéis? Y es que no hayáis tomado partido.

Olía demasiado bien, a bosque y a rocío de la mañana. Era ese olor que a mí me pone mucho en los hombres.

—Sois muy perspicaz. —Se acercó demasiado. A esa distancia no prudencial.

—Y ese espía... —Me mordí la lengua, no sabía si soltar mis conjeturas.

—Hablad, estoy disfrutando con nuestra charla.

—Quiere información que cree que vos tenéis. Así que deduzco que no conspiráis contra el rey, sino que lo ayudáis, aunque aun no sé como.

—Bien podría ser al revés, podría estar ayudando al príncipe.

—Me decanto por la primera opción.

Sería el instinto, pero algo me decía que no era tan necio como para haberse tragado el cuento de que Fernando VII, el deseado, era la solución a todos los problemas de España. Siempre me he imaginado a Fernando como alguien con demasiado mal carácter que no sabía escuchar y, sin rodeos, tonto. También muy ambicioso, por supuesto.

—Sois la dama más lista que he conocido. —Tras decir eso, sus dedos rozaron mi mejilla con delicadeza—. ¿Quién sois Ana Company?

—Nadie especial.

No tengo una personalidad chispeante ni soy graciosa. Mi timidez denota una falta de seguridad en mí misma, pese a que Patricia siempre dice que desearía tener mis curvas. No tengo una cara angelical, pero los ojos rasgados y los pómulos marcados me hacen atractiva. Charlie solía decir que era un diamante en bruto porque me escondía bajo unas gafas demasiado grandes y detrás de sudaderas holgadas.

—Discrepo.

Bajó sus manos hasta mis muslos y se dio cuenta de que mi camisa no los cubría. El contacto con su piel me estremeció.

—¿Puedo volver a mi habitación?

Retirada, repetí, retirada antes de que esto se me vaya de las manos.

—No —dijo bruscamente.

Ese cambio de tono me sorprendió. ¡Caray con el marqués!

—¿Qué pasa?

—No tenéis nada en la cabeza, eso pasa —dijo, cogiéndome por la cintura y elevándome hasta sentarme encima de su cama.

—Oíd, puedo andar. ¿No me dejáis? —Hizo caso omiso a mis protestas—. Está bien, como deseéis —dije con todo fastidioso.

Ese tío era bipolar.

—¿A quien se le ocurre salir casi desnuda en el pasillo? Ese hombre puede ser peligroso —me riñó.

—No me hubiese asomado si usted me hubiera mencionado que a veces viene un espía a su casa y que era mejor no salir de la habitación por las noches. —Permití que mi ira campase a sus anchas por mis palabras.

—No quería asustaros y, ¿se puede saber porque no lleváis una camisa de dormir normal? ¿Y esta prenda? ¿No os habíais comprado una?

Leches, me estaba viendo en bragas. Bragas aun no inventadas.

—La que tengo en el armario me pica y me irrita la piel y la nueva se está secando.

—Pues compraos otra, ¡por el amor de Dios! —Escupía las palabras al hablar.

—¿Y qué más da? Como si quiero dormir desnuda. En esa alcoba solo estamos yo y mis pensamientos —lo enfrenté.

—¿Dormís desnuda? —preguntó asombrado.

—Algunas veces —confesé.

—No... podéis volver a vuestra habitación. Tendréis que dormir aquí —dijo visiblemente turbado.

Confieso que me gustó verle de esa manera. Confuso y algo picado por la curiosidad. Vale, puede que fuesen imaginaciones mías, pero juraría que se lo estaba imaginando.

—De acuerdo. ¿Vais a dormir aquí también?

—Por supuesto, es mi cama.

—Pero soy una dama, no pienso dormir con usted —me quejé.

Más que nada porque sé como funcionan estas cosas, estás semidormida y te despiertas en sus brazos y una cosa lleva a la otra y, ¡pam! ¡Te has cepillado al marqués!

—Mientras no os desnudéis, no debéis temer nada —dijo divertido.

—Sois un perverso, ¿lo sabíais? —me quejé mientras me acomodaba dentro de la sábana y él hacía lo mismo.

—Presiento que no sabéis el alcance de esta palabra y la voy a pasar por alto.

—Pensad lo que queráis, aunque este aun no sea un país libre.

—Esas palabras les valieron la guillotina y el auxilio a muchos, tened cuidado —me advirtió.

—Lo sé. Buenas noches marqués.

—Buenas noches, madame.

Por supuesto, no me dormí enseguida. Tener al doble de Orlando Bloom durmiendo contigo no es algo que puedas pasar por alto, lo digo en serio. Creo que el olor que desprendía era como una maldita droga a la que me estoy volviendo adicta y en aquel mismo momento estaba en estado de sobredosis. ¿Qué pasaría si tuviese una aventurilla en el pasado?

1. No volveríamos a cruzarnos -esto es una gran ventaja, sobre todo por lo incómodo que es cruzarte con el que fue ligue de una noche-. Lo digo porque no soy de las de aquí te pillo aquí te mato, pero por una vez que me besé con un chico totalmente desconocido una noche tuve la gran

mala suerte de encontrármelo en la cafetería de al lado del Consulado y era el nuevo camarero. Por supuesto, cambié de cafetería.

2. En caso de encariñarme con él, sé que es un amor IMPOSIBLE y no hay nada que hacer.

3. En el peor de los casos, si no averiguo la manera de salir de aquí, podría incluso convertirme en su amante y no es por fardar, pero estoy muy segura de que nadie de la zona se ha leído el *kamasutra*, así que no tendría rival.

Siempre me he considerado una mujer independiente. A los cinco años no dejaba que mi madre me vistiera ni que me cortara la comida. Tampoco dejé que a los quince mi padre me viniese a buscar cuando me quedaba a dormir en casa de mis amigas, siempre me las apañaba para volver en autobús. A los dieciocho me apresuré a sacarme el carné de conducir y ahorré para comprarme un coche.

Valoro demasiado mi independencia, soy consciente de ello, y aun me asombra la facilidad con la que Charlie me convenció aquella mañana para casarnos. No tuve mucho tiempo para pensar realmente. Tampoco medí las circunstancias de mis actos, pero demonios, no veo el futuro y estaba convencida en mi fuero interno de que sería para siempre.

Pero mi gran defecto siempre ha sido mi impulsividad. Y no porque deje de pensar en las consecuencias, sino porque a veces necesito demostrarme a mí misma que puedo hacer cualquier cosa. Es por ello por lo que estoy acostumbrada a lidiar con el arrepentimiento, porque al final del día hago balanza y aun no encontrado un hecho del que verdaderamente me haya arrepentido, aquello que realmente desearía borrar de mi vida, abrir otro maldito portal y cambiar las cosas.

Mis decisiones y mis impulsos me han hecho la persona que soy hoy en día, gracias a ellos me he convertido en mí -puede que si no hubiese metido la pata aun seria demasiado cabra loca-. Y pese a mi mala suerte y mis múltiples defectos, no desearía ser otra persona ni vivir otra vida.

Bueno, puede que ser la reina de Saba no fuese tan malo.

Lo que intento decir, conciencia, es que la idea de la aventurilla no es tan mala, pero voy a hacer una gran excepción esta vez y reprimir la impulsividad que tanto me caracteriza.

El gallo no para de cantar así que decido abrir los ojos y, para mi sorpresa, descubro que estoy en mi habitación. Esto quiere decir que el marqués me ha traído aquí.

Solo de pensar que me ha cogido en brazos semidesnuda, me pongo algo colorada. ¿Pero qué estoy diciendo? Si voy más desnuda en la playa. La mentalidad retrógrada de este siglo se me está pegando.

Durante el día no me cruzo con Eduard. Está encerrado en su despacho y no quiere ser molestado. Supongo que habrá resuelto lo del espía, aunque a mí me preocupa un poco el tema, la verdad.

Después de comer me encuentro sola en el salón, pensando en cómo abordar el tema con él de una forma sutil, cuando anuncian una visita, la del Vizconde de Montmeló. El marqués entra en el salón antes de que el invitado lo haga y nos presenta.

El vizconde de Montmeló es un joven alto, de dimensiones proporcionadas y rasgos atractivos. Puedo ver cómo una cicatriz atraviesa parte de su mejilla izquierda, cosa que le da un aire muy interesante. El cabello rubio, atado también en una coleta, contrasta con su piel algo bronceada.

También sus ojos azules me impactan, pues es un azul intenso, del color del cielo.

—Así que vos sois la nueva sensación. Es un placer conoceros. —Cogiéndome de la mano, la besa recreándose en ello, mientras se inclina levemente.

—Y vos sois el galán de la zona, supongo.

También hago una leve reverencia.

—¿Habéis oído hablar de mí? —pregunta sorprendido.

—Acudí hace poco a una fiesta en la que vos faltasteis.

Por supuesto que no había oído hablar de él en la fiesta, pero Blanca sí y vi que el marques se escribía con él.

—Está visto que no se puede vivir al margen de la sociedad. —Suspira y parece algo contrariado.

—Está muy claro. Si no acudís al baile se habla de vuestra ausencia, si acudís se habla de vuestra presencia.

—¿Y qué proponéis? —pregunta divertido.

En serio, no soy divertida, mis chistes son malísimos, pero qué se le va a hacer.

—Dejar que hablen por supuesto. En el momento en el que no lo hagan, habréis perdido todo interés —respondo suspicazmente.

—Mi querido Eduard, ¿donde teníais esta perla tan bien escondida? ¿Acaso la guardabais solo para vos? Si queríais privarme de su presencia ha sido un acto de crueldad intolerable.

Entonces me doy cuenta de que le está hablando al marqués, que se encuentra apoyado en el marco de la puerta observándolos.

Diantres, ¡si se mueve como un jodido gato!

—Voy a ordenar que preparen los caballos. Ana, ¿querríais montar con nosotros? — pregunta Eduard.

Vaya, montar a caballo, esto puede ser un buen espectáculo. Pero no voy a perder mi oportunidad de sonsacarle algo al amigo del marqués. Parece tener la lengua un poco larga y esto del espía me ha inquietado.

—Estaré encantada, pero espero que sea un breve paseo pues carezco de experiencia montando.

—¿De veras? Creía que todas las muchachas sabían montar a caballo.

—Mi padre me lo prohibió. Tiene sentido cuando mi madre falleció debido a un accidente con su caballo, supongo. Pero siempre he deseado aprender.

A ver, no es cierto pero, ¿qué excusa voy a poner si no?

—Es muy comprensible —responde el vizconde con cara de tristeza.

Al menos es empático, no como el marqués, que parece que se le haya metido un palo de billar por el culo y pone la expresión correcta en cada momento. ¿Alegría? Una sonrisa. ¿Tristeza? Cara larga. ¿Enfado? Cara de furia. no es tan difícil, ¿no?

—Ahora vengo, no os sobrepaséis con ella —le advierte Eduard, y no sé si bromea.

—Tengo demasiada buena reputación para ello, y lo sabéis.

El marqués se aleja del salón y me quedo a solas con su amigo.

—¿A qué dedicáis vuestro tiempo libre? —pregunto para romper el hielo.

Creo que es una frase de alguna canción, una de esas que se consideran un clásico, pero como no existe no puede reírse de mí. Creo que el cantante se llama Jose Luís Perales, mi padre es fan y tiene su CD en casa.

—Cultivo mi mente con la lectura, mi cuerpo con la esgrima y otras aficiones que no son dignas de mención ante una dama —responde acercándose a mí peligrosamente y dedicándome una media sonrisa.

Está coqueteando...

¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Seguirle el rollo o cortárselo? Pero si quiero saber cosas, será mejor hacer uso de la primera.

—¿Qué pretende insinuando esto? ¿Que me sonroje? Pues no va a conseguirlo.

—¿No siente curiosidad por saber cuáles son dichas actividades?

Estoy caminando en círculos, dando vueltas a la mesa mientras él está estático junto a una de las sillas.

—Primero debería aclarar qué significa para vos digna de mención frente a una dama, pues, aunque lo sea, no me escandalizo con facilidad.

—Sois vos entonces, una de las pocas que no lo hace.

—No conozco el criterio de las demás. He acabado desechando la idea de poder entablar una verdadera amistad con alguna dama que no sea mi prima, y ambas pensamos igual. Se preguntará por qué, supongo. Es fácil, todas las damas con las que me he topado tenían algún otro interés en mí que no era la amistad.

—¿Qué intereses?

—Cazar a mi primo, por supuesto.

Pienso en las damas de la fiesta y en lo que dijo Blanca, que tendría competencia. Es de lógica aplastante.

—¿Y no lo alentáis a ello?

—No tengo ningún interés. Será que no soy una dama demasiado convencional y el matrimonio no está entre mis prioridades.

—Me encantaría pasar más rato con vos y conocer cuáles son estas prioridades. ¿Me concederíais el honor?

Esto se está poniendo intenso cuando vuelve a aparecer el marqués, que lo observa con incredulidad.

—Tal vez —respondo caminando hasta la puerta.

Vizconde 0. Ana 1.

Nos dirigimos a las cuadras del castillo, que están algo alejadas del edificio principal. Pido que mi caballo sea el más manso de todos y por supuesto me lo conceden. Es de color chocolate y con la crin blanca. Pregunto cuál es tu nombre y me dicen que no tiene.

—Qué triste. ¿Puedo ponerle uno? —pregunto.

—Adelante —me alienta el marqués montado en su enorme caballo negro como el carbón y como su caballo.

El dominio que tiene sobre el animal es sorprendente y a su lado me siento torpe. Es un dios de la hípica y mi ensoñación no me deja pensar con claridad.

—Choco. —Decido, No lo he pensado mucho, pero me gusta.

—¿Os ayudo a subir? —pregunta el vizconde ofreciéndome su mano.

—¿Podría sujetarme el caballo?

Al menos si se esta quieto no tardaré tanto en subir. No es la primera vez que monto a caballo, pero las otras veces lo hice en vaqueros y zapatillas, no con un vestido que me llega hasta los pies.

—Vuestros deseos son órdenes para mí —dice guiñándome un ojo. Veo que la connotación del ojo guiñado no difiere mucho de la del siglo XXI.

Con dificultad logro meter el pie en el estribo mientras agarro con la mano derecha el fuste y salto hacia arriba. Bien, ya estoy sentada.

—Fernando, montad ya —le reprocha el marqués, concediéndole una mirada que más bien parece un aviso.

Cojo las riendas de Choco e intento dirigirlo hacia dónde va Eduard.

—¿Tenéis algún problema? —susurro acercándome tanto como puedo y me permite Choco.

—No sé a qué os referís —dice sin ni siquiera mirarme.

—En vez de amargaros podéis disfrutar de la compañía, sonreír un poco incluso ser agradable y participar en la conversación.

—Creo que sois lo suficientemente inteligente para daros cuenta de que está coqueteando con vos. Y en vez de pararle los pies le estáis dando alas. ¿Pretendéis que no haga nada al respecto?

Al fin me mira directamente a los ojos, que me atraviesan y hacen que mi libido suba por las nubes. No le soporto, ahora mismo lo enviaría a la mierda y a la vez ... ¡Dios!

—Si yo no hago nada, vos tampoco. Soy lo suficientemente mayor como para saber controlar a los hombres. Y no por ello tenéis que castigarme. Si os molesta su actitud reprenderle a él, pero no a mí.

—Si vos sois la culpable, ¿cómo no voy a hacerlo?

—¿Ahora tengo yo la culpa de que me halaguen?

En este punto, coge mis riendas, llegando a rozar mi mano.

—Por supuesto que la tenéis. No sé hasta qué punto no sois conscientes de vuestra belleza, pero creedme si os digo que junto con vuestra lengua sois una tentación para todo hombre.

El efecto que producen sus palabras en mí es descontrol absoluto, el corazón empieza a ir muy rápido. Observo sus labios y no puedo evitar mordirme el mío imaginando que están sobre los míos y me besa con lujuria. Está cerca, muy cerca, pero aun no lo suficiente... ¿Pero en qué estoy pensando? Conciencia, ¡reacciona YA!

—¿Interrumpo algo? —susurra el vizconde apareciendo por detrás.

—Mi primo me estaba regañando acerca de mis modales. Más bien dicho, sobre la falta de ellos —disimulo, a la vez que el marqués deja mis riendas y se aleja.

—No creo que las señoritas monten de esta manera, aunque sinceramente no sé cómo pueden montar a caballo de la otra.

Ah, claro, que no lo estoy haciendo a lo amazona. Pero no pienso hacerlo de la otra manera porque, si no sé montar así, ¿cómo voy a aguantar mi equilibrio sentándome como si de una silla normal se tratase encima de un caballo?

El paseo a caballo me gusta, es divertido y distraído. Hace bastante calor, por suerte soy de las que lo soporta muy bien, pero tengo cero tolerancia al frío. Los dos hombres hacen alguna carrera de vez en cuando mientras yo paseo tranquilamente a mi aire. Definitivamente voy a subirme más al caballo. Sí señor. Además Choco y yo hemos hecho buenas migas.

—¿Tarareáis alguna canción? —pregunta Fernando cuando estamos en una llanura verde, algo elevada, con unas vistas estupendas de los campos.

Sí mira, la última de Beyoncé, ¿sabes? Esa que ponen en la radio cada mañana cuando subo al coche para ir a trabajar.

Por supuesto que no se lo digo y no es por falta de ganas.

—Una canción de Edimburgo.

—En la próxima velada os la haré cantar.

No sé exactamente a qué se refiere, pero espero que no sea nada que implique cantar ante más de una persona.

Está ya atardeciendo, así que volvemos al castillo. Me excuso delante de ellos, alegando cansancio, y subo a mi habitación. Por supuesto que no estoy cansada, se nota que aquí ninguna *dama* tiene una jornada de trabajo de ocho horas y luego la fuerza de voluntad de ir al gimnasio. En serio, ir a las ocho (ya sea tarde o noche) a clase de spinning mientras el profesor grita *¡vamos chicas un poco más!*, y sentir que se te va el pie, es estar cansado. Bah, las mujeres en este siglo son unas blandas. Lo he hecho para evitar más tensiones entre el marqués, el vizconde y yo.

Juro que si Eduard no fuera el hombre de hielo pensaría que su reacción es fruto de cierto aprecio hacia mí. O hacia su amigo, en el caso de que... no puede ser, el marqués... ¡no puede ser gay! No puede estar secretamente enamorado de su amigo el Vizconde. Tendría sentido, treinta años y sin estar casado. Evita todo contacto conmigo, en serio, a veces parece como si le quemase tocarme. El leve flirteo que he podido notar puede ser solamente fruto de mi imaginación o una simple tapadera ante mí.

Lo admito, ¡qué desilusión!, me siento igual a cuando Ricky Martin salió del armario, con la diferencia que... jolines, a él lo conozco y me siento atraída por él. Ricky es inalcanzable sea hetero u homo.

—¿Ana? —Llama a mi puerta—. ¿Estáis indispueta? —pregunta antes de abrirla.

—No.

Solo estoy de pie, pensando en estas cosas...

Entra y se sitúa frente a mí a paso ligero.

—Quería disculparme por mi comportamiento, he sido grosero y espero que me perdonéis.

Hace su mayor esfuerzo y sé que lo dice en serio, aunque le cuesta un poco.

—No pasa nada, sé porque lo habéis hecho.

Un apoyo moral nunca está de más. Si en el siglo XXI a la gente aún le cuesta salir del armario, ni me imagino en 1807.

—¿De veras? —se sorprende.

—Shakespeare decía *ligerezas como el aire son para el celoso fuertes confirmaciones*. Adoro *Otelo*, me lo he leído demasiadas veces.

También he visto demasiadas veces la película *Belleza Prohibida*.

—¿Creéis que estoy celoso? —parece que aquello lo toma por sorpresa.

Tengo ojos en la cara y mucha intuición, por favor.

—Un poco, pero seguro que vuestro amigo no lo ha hecho con mala intención. —Le pongo una mano en el hombro—. No os preocupéis, sé que aquí la gente no lo va a entender, pero podéis confiar en mí. Soy muy abierta de mente. Al fin y al cabo, no escogemos a quien amamos.

—¿De que estáis hablando? —me suelta—. ¿El qué no entenderían?

—Sé que os habéis enfurecido por la buena relación entre el vizconde y yo, pero os aseguro que no estoy interesada en él. Y él os aprecia, se nota. No os avergoncéis de lo que sentís por miedo a no ser correspondido porque seguro...

—Esperad, ¿vais a decir que me amáis? —dice, sin salir de su asombro.

—¡No! Iba a decir que él seguro que os ama.

De verdad, este hombre es exasperante.

Tras una breve pausa y un leve carraspeo por su parte, al fin abre la boca.

—No sé qué os ha podido llevar a inducir lo contrario, pero me gustan las mujeres.

Cuando oigo estas palabras trago con dificultad y aparto la mano de su hombro rápidamente.

—Oh. Me he precipitado en mis conclusiones.

—Voy a retirarme a mi habitación.

En este momento no me atrevo a mirarle a la cara. Mierda, no es gay. Bueno, mierda no, en realidad estoy contenta, pero preguntarle a un hombre si es gay no creo que sea adecuado, por decirlo de alguna manera, y menos en 1807.

Tierra, trágame y escúpeme en mi siglo.

Hoy me han llegado dos invitaciones, algo extraño. La primera es de Fernanda, la hija del

Marqués de Vilallonga, a la que conocí en la fiesta, para pasar la tarde con ella. Todo normal, Blanca dice que es una táctica, lo típico de *me hago amiga de la hermana para acercarme al chico mayor del colegio que me gusta*, pero aplicado al siglo XIX y con la prima.

La segunda es más intrigante, pues es del representante de la Corona, el tal Hilguero. Es una fiesta en honor al rey por su cumpleaños, hasta ahí también todo normal porque se hace cada año y el marqués siempre está invitado. Lo que me da mal rollo es que la invitación está escrita de su puño y letra y dirigida a mí, no al marqués.

Estimada señora,

Sería un placer que acudierais a la recepción Real que se celebrará el uno de agosto en mi residencia de Barcelona en honor al cumpleaños de nuestro querido monarca. Espero que acuda con su primo, pudiendo así continuar con nuestra charla interrumpida durante la velada donde tuve el placer de conocerla.

—No sé si deberíamos ir —dice el marqués durante la cena.

Son las primeras palabras que cruzamos desde el *incidente* donde puse en duda su inclinación sexual.

—Creo que deberíais decirme de una vez por todas qué teméis de ese hombre —dije sin rodeos.

Alza sus ojos hasta observar los míos, cosa que siempre me perturba por la intensidad de su mirada.

—No me fio de él y tengo sospechas de que no es trigo limpio.

—Pensáis que es leal al príncipe —digo haciendo mis deducciones.

—No abierta y directamente, pero en el caso de que llegue e intente algo, se podría de su lado, sí.

—¿Y por qué no lo hizo la primera vez?

—No estaba en una situación de poder lo suficientemente elevada como para beneficiarse de ello. Ahora sí.

—Creo que sólo está tanteando el terreno, quiere ver qué ideas tengo, si soy peligrosa.

Me dio esa sensación la última vez, claro que yo no sabía quien era él y dejé al descubierto más de lo que debería haber hecho.

Querer darle al pueblo la suficiente cultura para que pudiesen pensar por sí mismos no es lo ideal en la época del despotismo ilustrado y menos después de la Revolución Francesa. Pero la próxima vez que le vea iré preparada. Si en el curso de debate me tocó defender desde el holocausto a los conejos blancos y hasta el control de la natalidad en China, podré con el delegado del gobierno.

—Es que sois peligrosa —responde él con énfasis.

—Sé disimular y también sé cuándo debo morderme la lengua, aunque no lo haga delante de vos —contesto con retintín.

—Por cierto, no os pregunté sobre vuestra búsqueda del libro en Barcelona. ¿Lo hallasteis?

—Sí, pero parece que exista una conspiración para que me queda aquí, porque habían arrancado la página que necesitaba —alego.

Solo con recordarlo me enfado.

—Lo siento por vos.

Nos retiran los platos, pero seguimos con nuestra conversación, aunque paseando en el jardín.

—Estoy perdiendo toda esperanza —confieso—. No creo que pueda volver, al menos pronto.

—Sois mi prima, podéis quedaros cuanto os plazca.

Tiene las manos recogidas en su espalda, en su musculada y magnífica espalda.

¡No babeas, Ana!

—El caso es que no lo soy y no quiero ser una molestia para vos.

—No lo sois en absoluto. Además, vuestros conocimientos me serán muy útiles.

No sé si dice eso para intentar que me sienta mejor. Espero que no.

—¿En qué sentido?

—Sabéis sobre comercio. Y parece que gozáis de la atención del enviado especial de la corona, podréis sonsacarle... información.

Así que es eso a lo que se refiere. Por supuesto, cómo no. Esa es su agenda secreta, obtener información. ¿Y quién será la que haga el trabajo sucio? Yo.

Soy la Mata Hari ^[1]de 1807. Ana, *tampoco de flipes*, me digo a mí misma.

—Bien. Pero antes quiero saber realmente de qué bando estáis. No pienso jugar a nada si no voy a ganar.

—¿Y dónde queda entonces la emoción? —dice divertido.

¡Oye!, que no estamos hablando de una partida al parchís, sino de conspirar contra los reyes de España, es como conspirar contra el gobierno. Y aquí te cuelgan por nada, al menos en mi siglo tienes derecho a un juicio justo.

—Yo todo lo hago emocionante, pero para hacerlo bien, tengo que saber ciertas cosas y esta es una de ellas.

Estamos en las escaleras, parados a mitad de ellas, y él sonrío.

Últimamente lo hace más, será que se ha acostumbrado a mi presencia o que se le hace más difícil esconder su estado de ánimo. Nunca había deseado tanto poder leer el pensamiento como cuando estoy en su presencia.

—No estoy metido en ninguna causa, trabajo para los intereses de mi propio territorio.

—Barcelona, ¿no? Intentas averiguar quién os daría más privilegios.

—Como dije y no me equivocaba, sois muy lista.

—Os daré un consejo; dejadlo correr.

—¿Por qué?

Su cara contrariada vuelve a ser un misterio para mí.

—No creo que aliarse con nadie vaya a beneficiaros aun.

No debo inmiscuirme, pero se trata de mi propia supervivencia y quiera o no, mientras la gente lo considere como mi primo, mi destino está ligado al de él.

—¿Qué proponéis?

—Primero averiguaremos las intenciones del representante y luego decidiremos.

Tengo menos de tres meses de margen, tres meses antes de que el Tratado de Fontainebleau ^[2]se firme y empiece la invasión de Francia. Tres meses para salir de aquí.

—Me cobraré un favor e intentaré averiguar qué es lo que trama Hilguero. Alguien como él no da un paso sin antes tener planeados los tres siguientes.

Que fácil sería tener internet ahora mismo, poner en Google el nombre y saber todo sobre él. Es duro vivir sin wifi, muy duro.

Capítulo 5

La anfitriona

Desde nuestro pequeño pacto han pasado dos semanas tranquilas, incluso aburridas.

No he recibido noticias aun y eso hace que cada día pierda más la esperanza y me mentalice de que es posible que tenga que quedarme aquí para siempre. Ayer fue el primer día en que me di cuenta realmente de la magnitud del problema y lloré antes de dormirme. Porque me percaté de que no volvería a ver a mi padre ni a mi mejor amiga y prima e incluso ni a mi tía -la gemela controladora hermana de mamá-. Lloré porque quizás piensan que estoy muerta y esto les causa dolor, sobre todo a papá. Cuando perdió a mi madre estuvo sin salir de casa dos semanas enteras y remontó porque yo tenía ocho años y necesitaba que cuidasen de mí. No quiero ni pensar en lo que estará pasando si cree que su única hija ha muerto.

Lloré porque es jodidamente duro vivir en el pasado cuando tienes la mente con dos siglos de ventaja y tienes que reprimirte constantemente. Puede que yo me lo haya tomado con filosofía, pero soy consciente de que a la mínima que meta la pata puedo considerarme muerta.

Pero voy a ser fuerte, debo serlo. Siempre lo fui y esta vez no será diferente. Así que me trago las lágrimas y bajo a desayunar.

Antes de sentarme el marqués se detiene y alza mi rostro con uno de sus dedos. Esto hace que tiemble ante tal atrevimiento, más que nada porque su cercanía tan inesperada me confunde.

—Habéis llorado.

Se percata de ello, será que no llevo el maquillaje necesario para cubrirlo.

—No es nada —respondo quitándole importancia.

Pese a su impenetrable coraza, hay veces que no puede evitar ser un caballero y estas pequeñas muestras de afecto las recojo como tesoros y las guardo en el recuerdo. Sí, soy masoquista hasta la médula, pero qué le vamos a hacer si es el hombre de piedra y yo una romántica.

Por primera vez veo que se inquieta y su expresión se relaja.

—Podéis hablarme de lo que os ocurre.

—Es... solo que me he dado cuenta de que no voy a volver a ver a mi padre —confieso, sintiéndome rara al hablar de esto con él.

—Lo siento. —Me coge la mano y la reconforta.

—Estoy bien, solo es un bache. Escarlata O'Hara^[3] siguió adelante pese a todas las adversidades y yo también lo haré. A Dios pongo por testigo de que nunca más voy a llorar por esto. —Alzo el puño haciendo una imitación, pero me doy cuenta de que Eduard no tiene ni idea de quién es Escarlata y mucho menos de que ese discurso es mítico—. Es igual, no me hagáis caso.

—Vuestra fortaleza me impresiona —menciona solamente.

Es la primera vez que saca su lado tierno y eso me asusta. Pero no me asusta él, por supuesto, si no mi reacción al verlo de esta manera, pues algo dentro de mí ha hecho que una ternura

inimaginable inunde mi ser y solo quiera abrazarle.

Rompo el hechizo y me siento para mordisquear algo de pan y beber un tazón de leche.

—Creo que debería visitar a Fernanda, hace mucho de esa invitación —recuerdo de golpe.

—Es costumbre hacer una fiesta para la llegada del verano, estaría bien celebrarla este viernes —propone.

—Por qué no.

Una fiesta es una fiesta, siempre me pone de buen humor.

Y así es cómo empiezo los preparativos del gran evento. Las invitaciones, la comida, decido poner antorchas en el jardín y celebrarla al aire libre para cambiar un poco de ambiente...

No voy a mentir, es más difícil organizar una fiesta de Halloween que una celebración de estas, aunque me esté peleando con la cocinera para hacer cosas nuevas, entre ellas canapés y pastelitos. Literalmente me odia, incluso ella y la señora Ramos, que por lo que Blanca me ha contado no se soportan, ahora hablan y se han hecho amigas gracias al odio que ambas profesan hacia mí haciendo uso del dicho *el enemigo de mi enemigo es mi amigo*.

¿Sabéis esas películas y series en las que la chica viaja al pasado y tiene un apasionado romance con un apuesto y misterioso hombre? A mí me encantaban, adoraba estas películas, pero la realidad es mucho más complicada, lo digo en serio. Porque:

1. Ya podría haber viajado a una época en la que los hombres fuesen más directos y menos complicados -por ejemplo, el siglo de oro-.

2. La semana pasada me vino la regla. Un drama, sin tampones ni compresas. Qué digo, una gran putada, pensaba que lo que más añoraba era la mascarilla de *keratina* para el pelo, pero no.

La semana pasa volando. Es normal cuando tienes un incentivo como este, y sin darme cuenta ya es viernes.

—Blanca, ¿me atas el corsé? —pido entonces.

Al final me he acostumbrado a usar estos chismes. Ante la necesidad, supongo que te acostumbras a todo.

Oh, y conseguí coser unas bragas. El problema de la elasticidad lo solucioné cosiendo dos tiras que se atan por detrás. Vale, Blanca me ayudó, porque definitivamente coser no es lo mío. Creo que ya está acostumbrada a todas mis rarezas y simplemente ha aceptado que no soy convencional.

—Señorita, ¿no cree que el vizconde es atractivo? —pregunta con suspicacia.

—Tiene... cierto atractivo, sí.

Hombre, es guapo, más bien sexy con su cicatriz de chico malo y sus músculos. Tiene mejor carácter que el marqués, de eso estoy segura, pero ese halo de misterio que me cautiva del otro, esa mirada que hace que se me remueva todo mi interior...

—Creo que haríais una excelente pareja —suelta mientras me pone una horquilla para que el moño se me aguante.

Mi doncella haciendo de celestina, madre mía.

—¿Y no tienes a ningún enamorado por ahí?

Mi pregunta la hace enrojecer. ¿Qué esperaba después de meter ahí cizaña con el vizconde?

—Yo no.

—Pero hay alguien que te gusta —insisto.

Normal, está en la edad del pavo, sería raro que no hubiese un chico.

—Puede. Es... alguien del pueblo —acaba confesando.

—Entonces la semana que viene bajaremos al pueblo, necesito comprar cosas. Así podrás enseñármelo.

No me responde, pero su sonrisa lo dice todo. Cuando llevo puesto un vestido rosado con algo de escote que había en el armario, me he arreglado lo mejor posible y me han peinado, bajo a esperar a que los invitados lleguen. Lo hacen pronto y el jardín empieza a ser un sitio de lo más animado.

Sonríó satisfecha al ver que mis canapés tienen mucho éxito y con la excusa de que soy medio francesa, piensan que son cosas venidas de París.

—¿Sois una visión? —pregunta una voz detrás de mí.

Al darme la vuelta me encuentro con el vizconde, con sus cabellos hacia atrás rizados y su sonrisa inconfundible.

—Ojalá. Así sería invisible y podría observarlo todo sin ser vista.

—¿Y el marqués?

—Está siendo acosado por varias damas casaderas. Dentro de poco va a lanzarme una mirada para que vaya a socorrerlo.

Es cierto, para ser el hombre de piedra su cara muestra fastidio en este momento. Fernanda desde luego no pierde el tiempo.

—Entonces id, siento verdadera pena por mi amigo. Sé que esas mujeres pueden ser muy abrumadoras.

Seguramente lo dice porque lo ha sufrido en sus propias carnes. Empatía masculina al cien por cien.

—Dejad que sufra un poco más. —Sonríó con algo de malicia— ¿Os gusta la fiesta?

—Jamás había visto el jardín tan bonito. Sois una anfitriona perfecta.

Ay, que me sonrojo. Pero ¿qué esperáis? Que yo no soy de piedra como el marqués. Estoy segura de que pasaría delante de los típicos operarios que te sueltan piropos y ni se inmutaría -si fuese mujer, por supuesto-.

—No seáis adulator. —Cojo una copa de vino a la par que el vizconde.

—Me debéis una canción, ¿recordáis?

Oh, yo lo había olvidado, pero parece que él no.

—No pienso cantar delante de toda esta gente.

—Solo quiero escuchar un trozo, podéis contarme la historia de que trata.

Historia, por supuesto. Piensa rápido, Beyoncé, Rhianna y todas estas quedan descartadas. Green Day sacó un musical, pero es la historia de un chico que se droga. Mmm Disney. ¡Phil Collins! Creo que es de este siglo la historia.

—*I will be here, don't you cry. You'll be in my heart, yes you'll be in my heart, from this day on now and forever more.*

No soy Shakira, pero me cogieron en el coro del colegio, así que consigo entonar.

—Tenéis buena voz, pero no he entendido una palabra.

—Es que está en inglés. Viene a decir que estaré aquí, no llores, estarás en mi corazón desde ahora y para siempre —traduzco.

—¿Es una historia de amor?

—Más o menos. Es una canción muy especial, cuenta la leyenda de un barco que naufragó en las costas de África. Solo sobrevivieron dos esposos y su hijo recién nacido. Construyeron una cabaña en un árbol y se dispusieron a vivir en la selva, pero un temible leopardo mató a los padres.

Ahora que estoy contando la historia ya no me parece tan buena idea. Mierda, creo que he metido la pata, pero no puedo dejar de hablar, así que me tomo mi segunda copa de vino.

—¿Un leopardo?

—O un tigre, no recuerdo, hay varias versiones. La cuestión es que los gorilas rescatan al bebé y lo crían como si fuese uno de ellos.

—¿Los gorilas? Si son animales.

—Es una historia.

Le estoy relatando *Tarzán*, lo sé. Y es un incrédulo, oye, que pasó de verdad, ¿no?

—¿Y cómo termina?

El marqués se pone a mi lado, ¿ha estado escuchando todo el rato?

—Crece sin saber ningún idioma y creyéndose un gorila, hasta que un explorador y su hija lo encuentran. La hija y él se enamoran, aprende a escribir, a leer y todo lo demás. Finalmente vuelve a Inglaterra. Fin de la historia.

—Es apasionante, lo admito. ¿Es obra de vuestra imaginación?

—No, ni hablar. Es de una canción.

Mala idea, ha sido una mala idea. Maldita la hora en que se me ha ocurrido cantar esta canción.

—¿Vais a ir a la recepción real? —pregunta el vizconde.

—Así es, no hay mucha opción.

Eduard está tenso, lo noto. Y ahora ya sé que no es por el asunto de los celos.

—Voy a saludar a Fernanda.

Decido alejarme, pero no voy muy lejos hasta que me topo con quien menos espero; Hilguero. Mentira, quien menos espero es Jennifer López. Parece alegrarse de haberse cruzado conmigo y, aunque le saco media cabeza, me invita a bailar.

—Qué agradable es veros. Me hospedo en casa de unos amigos y estaban invitados — comenta, parece haberme leído el pensamiento.

—Deberíais haberme escrito que estabais por la zona, os habría invitado especialmente — digo para no parecer grosera.

A este tipo de personas les gusta que los halaguen, lo sé, se creen más importantes de lo que son.

—No quería importunaros. Es una fiesta maravillosa y estáis radiante.

—Gracias. —No acabo de fiarme de sus palabras y me inquieta—. ¿Tenéis mucho trabajo?

—Apenas me he instalado, pero parece que todo está tranquilo. Excepto el tema de los franceses, hay cierto malestar entre la población del norte.

—También he oído que los campesinos están algo molestos. Decidme, ¿tenemos de qué preocuparnos? —intento poner mi mejor cara de espanto, fingida claro.

—Siempre hemos intentado que Francia sea un aliado y seguirá siéndolo. Es un reino cristiano, hay que hacerle frente al imperio inglés. Me han dicho que estuvisteis por esas tierras, ¿es cierto?

—En Edimburgo, sí. Pero allí aún quedan buenos cristianos.

Por suerte leí *Maria, reina de Escocia*, un libro que me encantó, y estoy muy enterada de lo que pasó. Una de las principales riñas entre María e Isabel era la diferencia de religión, aunque las dos ya estén muertas claro.

—Si me permitís, voy a daros un consejo; deberíais visitar la corte, puede que os guste. Seríais bienvenida con mis referencias y con vuestra cultura, una excelente compañía.

La Corte; sé que los nobles enviaban allí a sus hijas para hacer puntos y llegar a ser más

poderosos -mas tierras, títulos etc.- Pero, ¿qué gana él?

—Sólo soy una dama acostumbrada a vivir en el campo. Es probable que vuelva pronto a mi hogar, mi padre está algo mayor —me excuso.

—Una pena, pero no lo declinéis tan pronto.

La canción termina y nos separamos. Me quedo con un malestar en el cuerpo que no consigo quitarme. Este tío me da muy mala espina. Cojo otra copa y me la bebo entera. Este vino es peleón.

—¿Me permitís este baile? —pregunta el vizconde y yo acepto.

—Tengo que confesaros algo; sois todo lo que una mujer puede desear.

¿Lo he dicho? El vino me está soltando la lengua.

—Directa y al grano.

—Lo digo en serio. Sé que sois un buen amigo de mi primo y los amigos de mi primo son mis amigos. —En este punto entre el alcohol y las vueltas del baile empiezo a marearme—. ¿Podríamos dejar de bailar y sentarnos en algún sitio?

—Como deseáis. —Nos retiramos de la pista y me siento en el extremo del lago, algo apartada de la gente—. Sois hermosa, y me parece que no sois consciente de ello.

Qué tierno, piensa que soy guapa.

—Y vos sois todo lo que una dama puede desear, ¿lo sabéis?

¡Oye!, es un halago, ¿verdad? Creo que ya se lo he dicho.

—¿Y para vos?

—No soy una dama convencional, ya os lo dije. Mi aspiración en la vida no es casarme y tener hijos.

Indirectamente le estoy dando calabazas, espero que pille la indirecta.

—Decidme cuál es.

—Yo quería vivir aventuras y viajar. —Así era, por eso me fui a Edimburgo—. No soy material de bodas bautizos y comuniones.

Realmente estoy mareada. Maldito vino. El vizconde me coge de la mano, no dejando de observarme.

—No puedo dejar de pensar en vos.

No, no, no. ¿No lo he dejado ya transparente?

—¡La Virgen! —logro decir y cuando me tambaleo alguien me coge por el otro lado y logro no desfallecer.

—¿Os encontráis bien? —pregunta el marqués venido de la nada.

—Mareada —respondo.

Algo que no espero que haga es cogerme en volandas y atravesar el jardín hasta llegar al interior del castillo, subir hasta mi habitación y depositarme encima de mi cama.

—Descansad —dice, pero yo no quiero que se vaya y le cojo el brazo.

—Eduard —lo llamo—. Quédate.

Ay no, la conciencia ha desaparecido y ya se sabe que el alcohol desata mi lado salvaje y libidinoso.

Se arrodilla en el suelo quedando su cara a la altura de la mía.

—No puedo dejar solos a nuestros invitados —dice.

—Al diablo con ellos. Estoy cansada y solo quiero...

Ver sus ojos pendientes de mí, escuchándome atentamente y sin nada más que le distraiga. Tan bello y tan inaccesible, hace que lo desee aun más si eso es posible.

Me sumerjo en la inmensidad de sus ojos brillantes y oscuros, adentrándome en su interior.

Me incorporo y lo hago, mi boca se abre paso sobre la suya, es territorio desconocido, aterciopelado y no me deja indiferente la manera en que me responde, saboreando mis labios lentamente.

—Ana... —dice de golpe y sé que he metido la pata.

Me dejo caer encima del colchón. Dios, debería sentirme culpable, solo ha pasado un año desde que Charlie murió y ahora estoy besando a un total desconocido, pero se siente demasiado bien.

—¿Estamos en 1807?

Es lo primero que se me ocurre, pero estoy bajo los efectos del alcohol y del beso de 180 grados.

—Sí, lo estamos.

Su mano pasa por encima de mi cabello, deshaciéndome el moño.

—¿Es un sueño?

Porque se parece bastante a los sueños que últimamente he tenido.

—Lo es...para mí.

Deposita un suave beso en mi frente y sale cerrando la puerta.

Por la mañana tengo resaca. Odio tener resaca, y más cuando no he podido disfrutar de la noche como es debido -quemar la pista y trasnochar-. Quiero morir cuando el gallo canta por tercera vez haciendo que mi dolor de cabeza persista. Mataría por un ibuprofeno. Entonces abro los ojos y me ilumino; abro el cajón del armario donde dejé mis cosas del futuro y abro el bolso. Sí, allí está una pequeña bolsita con cremallera, el kit de emergencia que yo lo llamo. Lo abro y allí están; dos ibuprofenos. También hay dos pastillas para la barriga y una cosa que metió mi prima, condones. Santa Mierda, ahora no podré parar de pensar en el sexo. Cojo el ibuprofeno y lo analizo; ¿debería tomármelo o por el contrario, reservarlo para una verdadera emergencia? Y con verdadera me refiero a una gripe, algo grave en este siglo y que podía mandarte al otro barrio.

—¿Qué hacéis mirando esto con devoción?

El marqués había aparecido por sorpresa. Estoy despeinada, ojerosa y resacosa.

—Nada, estaba pensando en mis cosas. ¿Cómo acabó la fiesta?

—Nada fuera de lo común. Veo que estáis mejor. Os avisaba de que estaré en mi despacho casi todo el día.

—Hay que hablar sobre...

—Fue toda una impertinencia por mi parte, os pido disculpas y os aseguro que no volverá a pasar —dice fríamente.

Oh, ¡será idiota!

—Hilguero. Estaba ayer en la fiesta.

No pienso hablar del beso, ¿qué pensaba, que le iba a reclamar algo? ¿Que estaba deshonrada u algo parecido que decían en este siglo? Pues no, ¡será gilipollas!

Estoy a punto de salir de mi habitación, pero se detiene y cierra la puerta quedando dentro.

—¿Os lo cruzasteis?

—Prácticamente me obligó a bailar con él. Me hizo una propuesta extraña.

—¿Cuál? —Frunce el ceño, serio.

Ahora sí que le interesa saber esto, ¿eh?

—Quiere que, con sus influencias, vaya a la corte. Suena ridículo.

Al menos a mí me suena súper ridículo.

—¿Vos? Quiere que espiéis por él, seguro. Supongo que de Godoy no se fía mucho y no confía demasiado en él.

—Por eso necesita a alguien completamente ajeno que le informe.

—Ya sabemos que entonces, es leal a Fernando.

—Eso parece. Me negué, por supuesto. En la fiesta va a presionarme para que acepte.

—No os preocupéis, no os quitaré el ojo de encima.

Pensamiento sucio en tres, dos, uno...

—Bien. Voy a darme un baño, si me disculpa —digo lo más fríamente posible.

Si él es el hombre de piedra, yo voy a ser la dama de hielo. Tengo mi orgullo, no os penséis, y diciendo lo de *no se va a repetir* lo ha herido profundamente. Así que, ¿quiere cordialidad? Pues la tendrá.

Antes de salir noto en mi nuca su mirada puesta en mí, solo unos segundos. El marqués es idiota, un idiota que besa tremendamente bien, pero un idiota al fin y al cabo.

Como si de un *dejá vu* se tratase, estoy otra vez, en el carruaje camino a Barcelona con Eduard. Parece que desde el error de la fiesta anterior se hubiese vuelto un fantasma que pululaba a mi alrededor ignorándome.

¿Tan repugnante me encuentra?

No estoy dispuesta a ser humillada de nuevo y si durante un milisegundo pude pensar en él como algo más que un amigo, me estoy arrepintiendo. En serio, ¿tan mal besabo? Sé que no soy una diosa, pero siempre me han dicho y me he considerado atractiva.

Todo el trayecto finjo estar dormida, no me apetece hablar con él. Total, ¿de qué iba a hablarle? Si todo en mí no le gusta, si cada vez que hago algo mal me reprende. Lo único que me mantiene atada a él es el pacto que hicimos sobre el espionaje y esta noche tengo que cumplir mi parte.

Lo primero que hago al llegar a Barcelona es ir al sastre que Blanca me recomendó y pedirle un vestido, pero no uno cualquiera, por supuesto. Le digo que lo haga con escote y de palabra de honor, color burdeos y sin mucho volante -son bastante incómodos porque pesan-. Esta noche arderá Troya, sí señor. Nadie le dice a Ana Capmany que besarla fue un error sin arrepentirse.

Digo que me preparen un baño y con el nuevo exfoliante *made by me* -cuando llegue a mi siglo puede que lance mi línea de cosméticos- me dejo la piel como el culito de un bebé. La doncella de allí, que se llama Águeda y parece muy espabilada, me hace uno de estos recogidos que no sé como aguantará sin laca. Decido pasar de los productos de belleza de este siglo y me delíneo los ojos de negro, me pongo los polvos que disimulan cualquier imperfección y me pinto los labios con brillo. El vestido me sienta como un guante y realmente me siento sexy con él y más cuando Águeda aprieta el corsé que lleva incluido haciendo que los senos se me estrujen y sobresalgan del escote. No soy tonta, si me ve el marqués vestida de esta forma es probable que no me deje ir a la fiesta, por lo que también me he hecho hacer una capa a juego. Así que cuando bajo de mi habitación y me está esperando en el carruaje no sospecha nada.

—Estáis hermosa esta noche —dice, pero no sé si lo dice por puro compromiso, con él nunca se sabe.

Y si piensa que con su comentario voy a cambiar mi actitud hacia él, va muy equivocado.

—Gracias, marqués —respondo con total indiferencia.

La delegación del gobierno no está lejos, hay muchos carruajes entrando y saliendo de la entrada, así que veo que la fiesta será concurrida. Cuando entramos, me quito la capa y noto muchas miradas puestas sobre mí.

Me giro hacia Edurad y veo cómo una vena del cuello le sobresale. Está a punto de decirme algo, pero hablo antes.

—¿Qué? Es lo último en París.

Punto para la chica del siglo XXI.

Una satisfacción me inunda y sé que esta batalla la he ganado. Si no fuera porque sé que me detesta, juraría que me está mirando libidinosamente. De verdad, qué complicados son los hombres en todos los siglos.

—Eduard. —Nos encontramos con el vizconde, quien nos saluda con una reverencia—. Ana, estáis demasiado hermosa como para no concederme este baile.

Él también está muy elegante y estoy demasiado ofuscada en mi malestar con el marqués para decirle que no, así que acepto.

Me coge en sus brazos y me guía por la pista, donde me dejo llevar porque no tengo idea de los pasos ni del tipo de baile.

—Decidme la verdad, ¿es demasiado atrevido el vestido? —pregunto al notar demasiadas miradas. Empiezo a sentirme incómoda.

—Sí que lo es, pero doy gracias por véroslo puesto y creo que todos los hombres de la fiesta piensan lo mismo. Aunque muchas de las mujeres os odiarán.

—A lo mejor tendría que retirarme. No quiero morir por un berrinche.

—No, ni hablar. Sois la novedad y como tal se os reconocen ciertos privilegios, como vestir a la última moda parisina.

—¿Y no os da vergüenza que os vean conmigo?

—Al contrario, soy el afortunado que ha logrado un baile con la dama más hermosa.

Creo que me he sonrojado un poco. Agg, ya pienso al estilo siglo XIX.

—No quiero que por mi culpa tengáis mala fama.

—Querida, mi mala fama viene de más lejos. Y creo que ya se está formando cola para bailar con vos.

—Pero yo no quiero bailar con desconocidos, me aburren.

No tengo porqué soportar a otra gente que ni me va ni me viene. ¿No hay ningún baño donde pueda meterme? ¡Oye!, y a falta de ellos chimeneas, aunque no quiero jugármela y aparecer en el paleolítico.

—Entonces, cuando acabe la canción pasemos al otro salón de inmediato.

Y así lo hacemos. No veo a nadie conocido, pero parece que el vizconde sí y se queda hablando con algunos individuos. Observo la sala, parece que al marqués se lo ha tragado la tierra. Tengo que girarme y hacer ver que como algo porque se están acercando algunos individuos. Soy una antisocial, lo sé.

—¿Me estáis ignorando deliberadamente? —la voz de Eduard es aterciopelada, como su boca que ya probé y su tacto.

No, no pienses en estas cosas, le odias, me recuerdo a mí misma.

—No os creáis el centro del universo. Estaba buscando a Hilguero.

—No tardará en venir, ya os ha localizado.

—Bien, porque voy a distraerle mientras vos entráis en su despacho.

—¿Y dónde está?

—Segundo piso, tercera puerta a la izquierda.

No es la primera vez que estoy en este palacete, vinimos con el colegio y recuerdo vagamente sus estancias ya que se conserva con el mobiliario de entonces. Y juraría que el despacho está allí, porque el guía nos tuvo media hora allí mientras el gamberro de curso se

colaba por los sitios donde no debía.

—Estáis molesta conmigo y no se por qué. Luego me decís de donde habéis sacado tal información.

—Hablabamos más tarde, pero ahora ceñíos al plan. Hilguero viene.

Entonces se aleja y cojo una copa de vino, observando a la gente. Hilguero se planta delante de mí con una sonrisa burlona. Me recuerda un poco a un personaje de *Breaking Bad*, al estudiante, pero más viejo, más feo y más perturbador.

—Bendita imagen la vuestra, señorita. —Me coge la mano y la besa.

Me parece asqueroso, pero esbozo una sonrisa.

—Una fiesta magnífica —lo adulo.

—Eso espero. Vuestro vestido me fascina, ¿lo habéis mandado a hacer?

—Por supuesto, odio coser.

—¿De veras? ¿Y que hacéis en vez de las labores de señorita?

—Leer, escribir, montar a caballo, discutir con mi primo.

—Suena aburrido y vos no sois una dama aburrída.

Su mirada se desvía hacia el escote, por favor, ¿podría disimular un poco más?

—Si no suena aburrido, entonces no soy adecuada para la sociedad.

—Tenéis algo que os diferencia de las demás. Y es descarado.

Buf, porque no ha conocido a Oprah.

—Es probable.

A ver, ¿qué voy a decirle? No soy una sumisa (en el sentido no sexual de la palabra, aunque tampoco sería una buena sumisa en el otro sentido).

—Tenéis el descarado de poner os este vestido, de bailar con el vizconde mientras el marques os come con la mirada y encima el descarado de no tenerme en cuenta.

—No es personal, pero el matrimonio no entra en mis planes.

Decido aclarar, no quiero que nada dé lugar a confusiones. ¿Tan difícil es de entender? Que no quiero casarme, leches. Ya he pasado por eso.

—Tanto el vizconde como el marques os quieren tener para ellos solos, dominaros, ir con vos a estas fiestas y presentar os como su trofeo, no entienden que sois un caballo salvaje y si intentan domaros acabareis muriendo.

—¿Y vos no lo intentáis? —Lo miro con incredulidad.

—No, solo quiero ser el caballo que corre a vuestro lado. Podría enseñaros tantas cosas, podríamos llegar a ser dioses —musita en voz baja, pero emocionado.

Este tío esta chalado. Un caballo salvaje, ¿qué se piensa que soy? Que vaya dos siglos por delante no quiere decir que sea una rebelde.

—Que el matrimonio no esté en mis planes tampoco quiere decir que no sea una dama con valores.

—Lo sé, pero hay muchas clases de matrimonios querida.

¿En serio piensa que voy a caer en eso de *casémonos para que tú espías para mí* mientras me desviste con los ojos? No nací ayer, más bien al contrario, y nunca mejor dicho.

—Como le dije, tengo otros compromisos que atender referentes a mi padre y más urgentes. Siento no poder estar a vuestra disposición.

Dicho esto, me retiro y voy hasta donde está el vizconde. Me doy cuenta de que hay una dama en particular rodeada de caballeros a la cual el vizconde no deja de mirar.

—Ah, estáis aquí —dice él.

—¿Les está explicando la ubicación del santo grial o qué? —pregunto señalando a la mujer.

—Es Dorotea, viuda del marqués de Peñalta.

Dorotea... oh, es la ex enamorada de Eduard, a menos que fuese otra Dorotea y el nombre sea muy común. Que no lo creo, pero quién sabe, a lo mejor es el Daniela de la época.

—¿De veras? Vayamos a ver qué dice.

La curiosidad me puede, quiero conocer a la dama que le robó el corazón al marqués. ¿Cómo será la mujer que se carteaba con él? Aunque siendo tan parado, no creo que haya hecho mucho más.

Hago ir al pobre vizconde hasta el grupo y puedo oír la última frase de la tal Dorotea.

—...y entonces el público enmudeció.

Su voz es irritante, demasiado aguda y algo monótona.

No lo digo por ser cruel ni nada, pero no es guapa. Tiene la piel muy pálida y contrasta con el cabello marrón oscuro, más que el mío, rizado. Sus facciones son normales, equilibradas, y sus ojos son negros como el carbón.

—Os presento a Ana Capmany Beauchamp.

El vizconde me presenta después de haber irrumpido en el pequeño grupo y hago la pequeña reverencia de turno.

—Estaba contando una anécdota de cuando fui a París. ¿Habéis estado, Ana?

Oh, así que quiere presumir. Pues te has topado con la chica equivocada, querida.

—Cinco veces.

Al oír aquello hace una mueva de desagrado. Vale, me cae mal.

—Claro, si sois medio francesa.

Eso podría haberlo pensado antes de lanzarme la puya. Bah, esperaba encontrarme alguien mínimamente listo, es una aspirante a chica mala.

—En realidad la señorita vivía en Edimburgo.

El comentario del vizconde causa furor entre los espectadores y me empiezan a preguntar sobre Escocia, Inglaterra y cuando sin querer meto la pata y digo que Asia es apasionante, sé que le he ganado la partida a Dorotea por lo mal que me mira.

Pero esta no es mi preocupación, sino dónde se ha metido el marqués. Me escabullo de allí como puedo y en un intento de Dorotea por llamar la atención lo consigo y empiezo a buscarlo en medio de la multitud. Localizo a Hilguero conversando con un grupo de viudas, así que decido subir yo misma hasta el segundo piso. Demonios, ¿tengo que hacerlo todo yo? Alcanzo las escaleras y voy ascendiendo por los peldaños con sumo cuidado y silenciosamente hasta llegar a la puerta donde juraría que estaba el despacho. Cuidadosamente empujo hacia abajo el pomo y abro la puerta. Allí está el marqués leyendo unas hojas. Entro dentro y cierro con rapidez.

—¿No tendríais que estar distrayendo Hilguero? —se queja, como siempre.

—Oh, lo hice durante una maldita hora. Hasta que he tenido que rechazar cierta proposición indecente y luego otra decente.

—¿Os ha propuesto matrimonio? —Su cara pasa a ser de enfado.

Decido no contestarle. Técnicamente, sí.

—¿Aún no habéis acabado? ¿Qué estáis haciendo?

—Tengo que leer esta misiva del rey, es importante. Y luego está la correspondencia con Fernando, el príncipe.

—Tenemos que salir de aquí ya, así que, a urgencias inesperadas, medidas desesperadas.

Empiezo a subirme la falda del vestido hasta que puedo alcanzar a coger el móvil que me había escondido en el extremo del corsé, sólo por si lo necesitaba.

—No os estáis desnudando, ¿verdad?

—Sois un mal pensado y un perverso. ¿Son estas las páginas?

—Sí.

Pongo la cámara del móvil y empiezo a fotografiarlas, así como las cartas que tiene encima de la mesa.

—Ana, ¿qué es esto?

—Nuevas tecnologías del futuro. Capta la imagen, es como hacer una copia del documento, pero está dentro de esa cosa. No puedo deciros más, pero confiad en mí.

Lo miro suplicante, no quiero tener que hablar de más. Cuando acabo, vuelvo a ponerme el teléfono en el corsé.

—¿Vais a decirme por qué estáis molesta conmigo? —Me agarra por el brazo y no me deja salir del despacho.

Vuelve a estar muy cerca de mí y puedo sentir su olor a bosque, sus ojos mirándome con intensidad. Había decidido odiarlo para el resto de la eternidad, ¿por qué me estoy poniendo cachonda?

—Quizás, cuando lleguemos a casa.

Tengo que salir de aquí ya, los negocios no se mezclan con el placer, no señor. Maldito marqués, que con tan solo una mirada de las tuyas tan intensas se me caen las bragas.

Con el corazón laténdome al galope, volvemos a la fiesta, pero pronto me veo arrastrada por él hasta la salida, pidiendo nuestro carruaje.

—¿No es sospechoso que nos vayamos tan pronto? —susurro.

—No se darán cuenta, hay demasiada gente.

No sé que clase de efecto produce en mí, pero desde ese beso que me pongo más nervosa de lo normal cuando está cerca. Me tiembla la voz ¡a mí!, y tengo que concentrarme para decir algo coherente.

Cuando llegamos a su palacete, vamos directos a su despacho, donde enciende los candelabros.

—¿Quieres que te lea ahora los documentos?

—Cuanto antes, mejor.

—Bien.

Vuelvo a sacar el móvil y abro las fotos. Empiezo a leer en voz alta, página por página, hasta terminar. No creo que su contenido sea de vital importancia y durante todo este rato, él no dice nada, sólo escucha.

Me parece que, su expresión taciturna y fría se vuelve serena al escuchar mi voz. Puede que solo sean imaginaciones mías, puede que esté cansado y se esté quedando dormido. Pero me gusta verle así.

—Gracias por ayudarme, habéis arriesgado mucho hoy.

—Es mi trabajo. Os dije que os ayudaría. Espero no tener que volver a ver a Hilguero —no puedo evitar decir.

—No tendréis que hacerlo, me encargaré de ello. Ya le hemos sacado toda la información. ¿Os ha dicho algo desagradable?

—Su comparación a mi persona con un caballo salvaje no ha sido muy acertada.

Esto parece hacerle gracia.

—No os he dicho nada, pero con este vestido seguro que han caído rendidos a sus pies.

—¿Quiénes?

—Todos. Es tarde, debemos dormir.

En mi fuero interno deseo que dentro de esta categoría se encuentre él, pero sólo me besa en

la frente y sale a paso ligero.

Capítulo 6

Confesiones bajo la lluvia

Hace un calor apabullante y por mucho que me abanique, sigo sudando. Quiero meterme en el lago del castillo, pero “*no seria adecuado*” y vete a saber, a lo mejor el marqués me hecha del castillo.

Nos quedamos dos días más en Barcelona y me dio tiempo para recorrer algunas tiendas de libros y, por supuesto, cogí ciertas nuevas adquisiciones. Por ejemplo, una primera edición de *El sí de las niñas*, de Moratín, ¡primera edición! La guardaré en la biblioteca escondida porque creo que la Inquisición cuando llegue Fernando al poder, la prohibirá. Decido husmear por los demás salones que nunca utilizamos y en uno de ellos, para mi sorpresa, encuentro un piano.

Mi padre me obligó a tomar lecciones de solfeo así que sé tocar; al final acababa convenciendo a mi pobre profesora de hacer canciones que no eran clásicas. Estoy demasiado aburrida como para no estar tentada de abrirlo y tocar algunas notas. Parece que está en buenas condiciones, aunque algo desafinado.

Los dedos se deslizan por las teclas y se me antoja la de *Mad World*. No me importa que me oigan, pero me apetece cantar, hace demasiado que no hago algo parecido. Me detengo cuando oigo unas voces masculinas fuera y veo que el vizconde ha venido. Es raro que no pasen al salón, pues suben las escaleras directamente. Intrigada, subo también con sigilo sin ser vista -ya tengo mucha práctica- y haciendo uso de mis habilidades recientemente adquiridas, pongo la oreja.

—No puedes hablar en serio —comenta el marqués.

—Lo hago. Es perfecta, es todo lo que quiero.

¿De qué estará hablando el vizconde?

—Antes de que digas nada, debes saber que no es mi prima directa.

Un segundo, ¿están hablando de mi! Leches, ¿qué dicen?

—Como si no lo es, me da lo mismo de dónde venga.

—No puedes enamorarte de ella, estamos prácticamente comprometidos.

¿Qué? ¿Perdón? No puede haber dicho eso el marqués.

—No sé por qué te crees con derecho a estar con ella, pero hemos compartido una complicidad que dudo que tengáis.

¿Eing? Pero si solo le he dicho chorradas.

—Esta es mi respuesta, no puedes cortejarla.

No puedo seguir escuchando esta conversación. Estoy furiosa, muy furiosa. En primer lugar, porque solo he coqueteado un par de veces con el vizconde, ¿y ya se cree tener derecho sobre mí? Y si quiere algo, ¿por qué demonios no me lo pregunta a mí directamente? Me molesta que me traten como si yo no importase, incluso Eduard.

Lo ha despachado de un plumazo diciendo, ¡que estábamos prácticamente comprometidos! Indignante, como si yo no pudiera manejar esta situación y decir no. Es mi vida y hago lo que me place con ella.

Podría haberme enamorado locamente del vizconde, querer pasar página y aceptar que de

ahora en adelante esta será mi situación. No es el caso, pero esto Eduard no lo sabe.

Pero no, claro que no es por esto por lo que estoy furiosa y fuera de mis casillas. Le ha molestado desde el minuto uno que el vizconde vaya detrás de mí. Que Hilguero tenga esa ridícula obsesión conmigo. Esa manera que tiene de exasperarme que tan loca me vuelve, cuando tocó mi piel desnuda... ¿Y si él también lo sintió? O simplemente mi mente de romántica empedernida está haciendo de las suyas. No, lo que me molesta es que no le guste. Que le sea indiferente, pero que vaya diciendo que estamos casi comprometidos.

Salgo fuera, aunque esté lloviendo a cántaros, algo que de pronto y sin darme cuenta ha pasado, porque esta mañana solo estaba nublado, pero no me importa. Voy hasta el lago y lo rodeo, necesito despejarme. Al cabo de poco veo cómo una silueta se asoma al balcón y agita los brazos, pero hago caso omiso. Veo cómo viene hasta mí corriendo. Estoy completamente mojada, calada hasta los huesos y con la mirada perdida.

—¿Estáis loca? —pregunta el marqués.

Reacciono ante su voz, dándome la vuelta. Observo su tez mojada, sus ojos oscuros y serenos puestos en mí. Algo hace que mi estómago se revuelva.

—Soy un ser humano, no una cabra o un jarrón. No podéis disponer de mí ni decidir por mí. ¿Prácticamente comprometidos? —exclamo quejándome.

—Sé que nos habéis escuchado. Pero no pienso casarme con vos... —empieza.

Genial, de los creadores de *no pienso volver a besaros* viene el *no pienso casarme con vos*. Vamos de Guatemala a Guatepeor.

Ana, has estado gritando a los cuatro vientos que no piensas volver a casarte, ¿porqué de pronto te molesta que él tampoco quiera?, me dice mi conciencia, pero no la escucho.

—¡Basta! Soy yo la que decide sobre mi propia vida, no vos. —Alzo la voz, dolida—. O usted, que ya no sé ni cómo hablar.

—¿Amáis al vizconde? —pregunta con desconcierto y tristeza.

—He coincidido dos veces con él, a lo sumo tres, no puedo amar a alguien a quien solo he visto tres veces en la vida, es ridículo.

¿Qué estás haciendo Ana? Un numerito así no se hace, la mayoría de las personas te hubiesen enviado a la mierda, sí señor. Pero estoy cansada de intentar acercarme y darme de bruces contra la pared, de dar un paso adelante y dos hacia atrás.

—¿Entonces? No haberlo alentado, es vuestra culpa —acaba diciendo.

—Yo... ¡solo quería su amistad! Joder, los hombres de este siglo sois demasiado complicados.

Demasiado complicados. No quiero continuar con esto, no puedo hacer como que no siento nada, cuando un nudo en el estómago se ha apoderado de mí y no me deja ver las cosas con claridad, ni hablar con libertad.

—¿Y vos no lo sois? —Está con los brazos cruzados sin moverse, frente a mí.

—Creo que he sido bastante transparente y he intentado ser tu amiga. Pero siempre hay algo que me acaba alejando. Bueno, algo no, tú. Construyes un muro infranqueable a tu alrededor y no me dejas pasar. ¿Sabes? Mi paciencia tiene un límite, así que a la mierda. No hace falta que te esfuerces siendo cortés conmigo, puedes despreciarme con total libertad.

No voy a mentir, me ha costado decir esto. Pero las tiritas tienen que sacarse de un tirón, así duelen menos. Tendría que haber puesto una distancia prudencial desde el primer día, pero me sentía sola en un año que no es el mío y necesitaba apoyarme en alguien. No soy de piedra, y aunque él parece que sí, las leves muestras de afecto que ha tenido conmigo me han llegado al corazón. Como una estúpida he dejado que la atracción se apodere de mí y ahora no dejo de

pensar en él.

Deja caer los brazos y camina dos pasos hacia mí.

—¿Pensáis que os desprecio?

—Eso parece. No soy perfecta, y desde luego hay cosas que no sé porque no soy de este maldito siglo, pero no hace falta que me regañes y me lo recuerdes constantemente. Y ya sé que no soportas ningún tipo de contacto y que te resulto repugnante y cansina y ...vete tú a saber qué más.

—Lo siento, no era mi intención. No os desprecio y mucho menos os encuentro repugnante ni cansina.

—Pues deja de mirarme mal cada vez que se me escapa alguna palabra rara, porque tengo que pensar el doble y transformar mi vocabulario en el tuyo.

—Intento pensar en los defectos que tenéis, decirlos en voz alta. Así me miráis mal y me odiáis.

Cada vez se acerca más. ¡Oye!, ¿por qué me dice todo esto?

—Pues no lo hagas. Y a partir de ahora voy a tutearte, me es mas cómodo y...—Tiene la mirada mas abierta de lo normal, igual de brillante—. Es lo que hacen los amigos. Solo quiero ser tu amiga.

Amigos, eso está bien, es aceptable ahora que sé que no me odia, ¿no? Amigos, tendré que aceptarlo.

—Aun así, no funciona —acaba diciendo, negando con la cabeza.

—¿El que?

—Intentar alejarte, porque nunca lo haces del todo. Aunque te diga cosas desagradables, siempre acabas dejándolo pasar. No lo entiendo. Pero cuando te enfadaste conmigo y casi no me hablabas... fue insoportable.

—No disimulas tan bien como crees y, ¡eres idiota!

Las chicas somos así de masoquistas, a los hombres que nos tratan bien los dejamos en la *frienzone* y a los que nos ignoran les entregamos nuestro corazón en bandeja. Como yo he hecho.

—¿Idiota? No entiendo. Pero yo no quiero ser tu amigo, Ana.

Llegados a este punto, solo pueden pasar dos cosas:

1. Que me diga que soy una pesada y que no le gusto, que lo deje en paz y no moleste.
2. Que quiera ser más que un amigo.

—Dime lo que quieres entonces. ¡Dímelo y acabemos de una vez! —me desespero.

En serio, cómo se me ha ocurrido salir cuando llovía, si hasta me estoy mojando las bragas. Pero si me deja de lado, será el peor desplante que he tenido, y que puede haber en la historia de la humanidad.

—Voy a mostrártelo.

Me coge de la mano y caminamos tan deprisa que casi tengo que correr para seguirle. Antes de llegar a las escaleras, nos resguardamos debajo del balcón que hay. Estoy esperando a que diga algo, pero no lo hace. Solo me coge de la cintura y siento la pared detrás de mi espalda.

Observo su rostro de facciones duras y veo cómo entreabre los labios. Su mirada se desvía de la mía y con rapidez me atrapa. Sí, su boca se posa en la mía y un torbellino de emociones se desatan. Todo lo que he estado conteniendo durante estos dos meses sale corriendo, galopando y parece que al marqués le ocurre lo mismo. Su lengua se cruza con la mía y ¡Jesús! ¡Como besa el marqués! Posee mis labios con furia, nunca lo había visto tan fuera de control. Parece que le vuelva loco que muerda su labio inferior porque noto cómo sus manos se pasean libremente por

mi cintura. Besa mi cuello desde la nuca hasta el lóbulo de la oreja dejándome una sensación de ardor debajo, que muero por saciar. Estoy entrando en el Edén y el marqués es quien tiene la llave, porque se siente demasiado bien.

—Edu... —susurro, pero no puedo continuar porque su boca cierra la mía y no de una forma suave sino con verdadero desespero, como si quisiera poseerla entera.

Cuando empieza a subir las manos hasta mi escote, la conciencia empieza a emitir una alarma en mi cabeza y reacciono cogiéndole de la mano para evitar pasar a mayores. Despierta del trance y se separa de mí.

—Perdona, no pensaba llegar tan lejos —dice visiblemente turbado.

—No pasa nada.

¿Me está pidiendo perdón por darme el beso más apasionado que me han dado jamás? Si casi me corro solo con un solo beso, ¡por Dios!

—Seré vuestro amigo, si así lo deseáis.

¿Que hago? Me muero por volver a probar esos labios que me saben a chocolate con fresas, pero siempre hay un pero y esta vez de los gordos. No es mi época, tengo que convivir con él ... y una larga lista de peros.

A la mierda, me lanzo y empiezo a besarlo de nuevo, esta vez acariciándole yo el rostro, su cabello con melena, su cuello definido.

—Ana, estáis temblando de frío —dice, y es verdad, pero estoy tan excitada que no me he dado cuenta.

—Lo digo en serio, no me llames de vos si me besas de esta manera.

La verdad es que me excita aun más cuando me habla así, y esto es un problema.

—Voy a decir que te preparen un baño. Vamos dentro.

No me deja protestar y como si fuera una niña pequeña me coge de la cintura y me eleva subiendo las escaleras.

El baño hace que entre en calor, ahora mismo estoy en el mismo cielo y no dejo de pensar en ese beso. Porque ha sido esa clase de besos en los que ves fuegos artificiales, pero no esos de verano del pueblo, no, los malditos fuegos artificiales del año nuevo en China. Sus efectos aún no se han ido del todo porque sigo alelada.

Lo he intentado, apartar mis sentimientos y apelar a la conciencia, pero no he podido evitarlo. Probad de vivir en un castillo con un tío con músculos a lo Thor y la cara de Orlando Bloom, a ver quién se resiste. Pero no es solo eso, es peor. Me gusta su físico y su mente. Vaya, que empiezo a tener aprecio por él. Más que aprecio. Vaya, que estoy desarrollando ciertos sentimientos de amor.

Una putada, eso es lo que es.

—¿Señorita? —llama Blanca.

Llevo más de una hora en el baño, debería salir.

—Ya salgo. —Cojo el camisón y me lo pongo por encima, ahora lo uso como toalla.

—¿Os sentís bien?

—Sí, perfectamente. Creo que voy a meterme en la cama, no tengo hambre para cenar.

—Como deseáis.

Con la ayuda de otra doncella sacan la bañera y cierran la puerta. Una vez seca, me quito el camisón y me meto en la cama sin nada. Me da pereza incluso vestirme y adoro dormir desnuda. Marilyn Monroe lo hacía, ¿no? Entonces yo también.

Apago las luces y me dispongo a conciliar el sueño cuando oigo un ruido, alguien abre la puerta y una silueta se cuelga en mi habitación. Una de dos, o es el espía o el marqués. Tengo que conseguirme un cuchillo y ponerlo debajo de la almohada. Se acerca a mi cama, pero me hago la dormida.

—¿Ana? —susurra.

Abro los ojos y me incorporo.

—Soy yo, sí. ¿Esperabas a alguien más en mi cama? —bromeo.

—Espero que no. —A tientas coge mi rostro entre sus manos y lo acaricia lentamente. — —

Quería asegurarme de que estás bien.

—¿Por qué no iba a estarlo?

De verdad, que obsesión con mi bienestar. Soy una mujer adulta no un bebé.

—Porque me he extralimitado.

Mi demonio interior: *Uy sí, y espero que vuelvas a hacerlo.*

Mi ángel interior: *Ni se te ocurra volver a intentarlo.*

Dejando a un lado mi desbordada imaginación, es hora de aceptar que estoy irremediadamente medio enamorada de Eduard, que mi cuerpo se pone a cien cada vez que me toca y que ya es hora de dejar este celibato atrás.

—Y yo. Dos no se extralimitan si el otro no quiere —acabo diciendo.

—No puedo alejarme más ni quiero.

Me encanta que diga estas cosas, es como estar en una película romántica y ahora yo soy la protagonista. Hasta *Los puentes de Madison* me parece irrelevante.

—Me parece bien. Pero, ¿y si tengo que volver?

—No voy a pensar en ello y mentiría si dijera que es algo que no me atormenta. Pero no voy a dejarte ir, ha llegado un momento en el que sería igual de doloroso verte partir habiéndote declarado mi amor que no haciéndolo.

Sus manos rudas me estremecen en contacto con mis labios y no puedo evitar derramar una lágrima. Soy una blandengue, me derrito con sus palabras. No sé si es por la situación de amor imposible a lo Romeo y Julieta y por lo tanto todo se magnifica, pero leches, esto es muy intenso.

—No quiero pensar en eso. Solo... dejémonos llevar. Y hay más probabilidades de que me quede que de que me vaya.

En este punto vuelvo a sentir sus labios, pero también sus latidos cerca de mi cuerpo, su respiración acompasada se vuelve intensa, su boca va hasta mi mejilla y baja por el cuello hasta la clavícula. Quiero que continúe, pero no lo hace.

—Ana... ¿estás desnuda?

—Eh, sí.

Creo que esta noche es la noche donde vuelvo oficialmente a tener acción.

—Mujer, eres terrible.

Deja que me tumbe en la cama con la sábana puesta y él me agarra por las muñecas mientras empieza a besarme de nuevo. Notar su peso encima del mí me gusta, y más cuando siento su virilidad in crescendo.

—Ed —suspiro.

—No te preocupes, esta noche no voy a hacerte mía.

Porque está oscuro que si no mi cara de ajo lo asustaría, aunque mi consciencia suspira tranquila.

—Ah, ¿no? —pregunto desilusionada.

—Soy un caballero.

A la porra los caballeros, ya he esperado suficiente.

Entonces soy yo la que empieza a besarlo por todo el cuello, acariciando su espalda y palpando sus pectorales -magníficos pectorales- y haciendo de chica mala bajo hasta los pantalones. Me estoy muriendo de placer cuando decide bajar la sábana hasta la cintura y sus manos tocan mis pechos, primero con suavidad como si de plumas se trataran, para después masajearlos. Mi libido sube a niveles inesperados cuando humedece el pezón y lo chupa.

—No lo seas —le pido entre gemidos.

—Shh, debo serlo, amor. —Vuelve a callar mi boca con otro de sus besos en los que puedo perder la conciencia perfectamente y que no vuelva en un rato—. Sueña conmigo.

Dicho esto, se levanta de la cama y sale de mi habitación. Debe tener una fuerza de voluntad de acero, porque yo ahora mismo estoy más caliente que Sevilla un veinte de agosto.

Hoy me levanto con la sensación de que todo ha sido un sueño, de que he aparecido en 1807 pero despertaré en 2017 y nada habrá sido real. Pero en plan sueño demasiado bonito para serlo, ¿sabéis? Pero cuando oigo el gallo -sí, ya me he acostumbrado incluso le estoy cogiendo cariño como despertador- sé que no lo ha sido.

Que el marqués me ha besado. Bueno, me ha besado y me ha puesto a cien por hora.

Abro los ojos con una sonrisa de bobalicona que en la vida he tenido. Hace aproximadamente tres meses que viajé al pasado, mi vida no podría haber cambiado tanto, pero la verdad, me siento feliz. No tengo agua corriente, Netflix ni galletas, pero ahora mismo mi felicidad es plena.

Y eso me preocupa, -como no la conciencia jodiendo al personal- así es. Porque es la primera vez en mi vida que me siento de esta manera. Con Charlie fue todo distinto, tuve que tener hasta cinco citas antes de que se atreviera a besarme y no sentí ni mucho menos lo mismo que siento con Eduard. No fue amor a primera vista, me enamoré de él paulatinamente, a medida que fui conociéndolo y aunque nunca tuvimos una pasión desmedida, acabé queriéndolo.

Puede que por eso ya no me duela, puede que lo quisiera, pero no lo amara.

¿Me gusta el marqués? Sí ¿Me atrae el marqués? Demasiado. ¿Estoy enamorada del marqués? Creo que sí. Para mí estar enamorado es no poder pensar más que en esa persona, que ocupe toda tu mente y lo quieras como a tu propia vida. Así que cuando lo veo descender las escaleras con su camisa blanca, los pantalones negros impecables y la chaqueta a conjunto con el cabello algo desarreglado y algo me sube desde el estómago, lo sé.

Jodido marqués, me ha robado el corazón y ahora ya no me pertenece.

—Buenos días, Ana —sonríe cogiéndome de la mano hasta llegar al comedor—. ¿Vas a hacer algo hoy?

Me siento para tomar el desayuno, la cocinera que está harta de mí, me ha hecho caso y ha puesto fruta.

—Pensaba ir al pueblo con Blanca. Tengo que comprarme una camisa de dormir, ya que hacerlo desnuda es demasiado indecente —alego, pero mantiene la compostura.

—No se trata de dormir, sino de salir de la cama. No quiero que vayas pululando por los pasillos como Dios te trajo al mundo —dice mientras me mira de un modo pecaminoso y a mí empieza a saberme la manzana demasiado dulce.

—Descuida, no volveré a salir de mi habitación hasta que lo tenga.

Cuando terminamos me guía hasta su despacho con el pretexto de hablar sobre ciertos asuntos

importantes. Me apoyo en el alfeizar de la ventana esperando a oír lo que tiene que decirme.

Se acerca, eliminando la distancia que nos separa hasta quedar a tan solo unos pocos centímetros de mi cuerpo.

—Perdóname. —Me coge un mechón de cabello rebelde y lo deposita detrás de la oreja—. Estos meses has debido pensar que era un demente.

Esto que dice me hace reír. Buf, si le dijera lo que he pensado... podría escribir un libro entero.

—Me confundías demasiado, quiero decir, que una cosa es tener una relación cordial, hasta ahí podía entender que no quisieras más por miedo a no encariñarte, pero cuando de golpe te ponías brusco o malhumorado, era extraño ya que segundos antes eras más que cordial.

—Era porque notaba que estabas demasiado cerca de mí y me asustaba querer más.

—Pero quisiste más. —Sonríe recordando su demostración o declaración o lo que sea.

—Me besaste cuando te dejé en la cama aquella noche y supe que nada sería lo mismo. ¿Te acuerdas de ello?

—No estaba tan borracha, claro que me acuerdo. Y también cómo me enfureció lo de *no va a volver a pasar*. Heriste mi ego profundamente.

—Y tú el mío durante la fiesta de Hilguero. Me volviste loco.

—¿De veras? —¡Ufl, ¡qué peligro tengo entonces!

—Por supuesto, con aquel vestido todos te desnudaban con la mirada y tú decidiste ignorarme.

—Oye, que fui a buscarte por si no lo recuerdas.

—Entonces supe que te preocupabas por mí.

—No soy nada especial, Eduard. Si vivieras en mi año creo que nunca te hubieras fijado en mí.

Es verdad, sinceramente creo que soy del montón.

—Discrepo, no podría no fijarme en ti. Supe que serias mi perdición desde que te vi con aquel vestido rosa hablando mi mismo idioma, pero no entendiendo la mitad de las cosas que decías.

—Calla, no digas esas cosas que me gustan demasiado.

—Esa es la idea. Te estoy cortejando, Ana, tendrás que acostumbrarte.

—Pero si ya me has conquistado, ¿qué tipo de cortejo es este? —pregunto confundida.

—No lo sé, es la primera vez que lo hago.

—De dónde vengo la gente tiene citas.

—¿Citas? —pregunta extrañado.

—Sí, para conocerse. Hacen cosas divertidas como salir a cenar fuera, ir al teatro o a la ópera...

—Entonces esta tarde tú y yo tendremos una cita, ¿te parece bien?

—Me parece genial. —Le doy un beso breve pero intenso antes de salir del despacho.

Ja, tengo una cita con el marqués, confieso que si alguien me lo dice el primer día que aterricé en este siglo le hubiera tachado de loco que ve demasiadas pelis chicles.

Cuando le digo a Blanca que bajamos al pueblo esboza una sonrisa traviesa y sé que se está muriendo por ver a su enamorado. Ay, el amor adolescente, tan puro, tan emocional, tan ... la verdad es que no lo hecho de menos, demasiado drama viéndolo con perspectiva. Recuerdo que cuando el susodicho no te contestaba por Messenger, era el fin del mundo y estabas como un alma en pena semanas porque no te correspondía.

—¿Quién es él? —cuestiono en el carruaje.

—Oh, él es muy guapo. No creo que yo le guste.

—¿Por qué? Eres mona, y si sacases esa cofia de la cabeza y mejorases tu cutis, traerías de cabeza a todos los del pueblo. Un día haremos sesión de belleza y verás.

Obviamente no dice nada, pero sé que en fondo le encanta que sea una inconformista. El sastre, cuando me ve, se alegra y no puedo evitar encargarle otro vestido; en mi defensa diré que soy una compradora compulsiva y que a falta de tiendas *low cost*, bienvenido seas sastre.

—Es él —dice emocionada, de pronto, cuando paseamos por el mercado.

—¿Quién? —pregunto, intentando parecer disimulada.

—El que está delante de la parada de los vinos.

Observo al muchacho, que me resulta familiar. Demonios, ¡pero si es el bandolero! Al vernos, hace un saludo levantando la mano y ambas respondemos.

—Blanca, ¿sabes quién es ese muchacho? —la interrogo mientras vamos hasta el carruaje de nuevo.

—Es Andreu, el hijo de Mariona y Pere, los que tienen la tienda de verduras. —Me mira extrañada, sin entender lo que le digo.

—Sé que se llama Andreu, pero ¡es un bandolero!

Su cara cambia radicalmente al oír aquello y hace que disminuya el timbre de mi voz.

—¿Cómo lo sabéis? —se sorprende.

—Tuve un encuentro en el bosque con su grupo de bandoleros.

—¡Dios mío señorita! Podrían haberla herido, es peligroso —exclama preocupada.

—Lo sé, pero les ayudé y me dejaron libre. ¿Cómo sabes tú que es un bandolero?

—Porque me lo dijo, pero no son malos, señorita. Sólo están en contra de que los franceses atraviesen la frontera y hagan lo que les plazca.

Pues van listos, porque en menos de dos meses empezará la invasión.

—Por eso te gusta el muchacho, es el típico rebelde.

Es el chaval protagonista de *A tres metros sobre el cielo* versión siglo XIX, en vez de carreras de motos se hacen bandoleros. Blanca se sonroja ante mi comentario.

—Por favor, no le diga nada al marqués —me suplica con la mirada.

—Tranquila, si he guardado el secreto hasta ahora seguiré haciéndolo.

—Gracias, —E, inesperadamente, me abraza.

Para la cita decido ponerme el vestido azul oscuro con ribetes amarillos atados a la cintura y no, no me hago ningún moño, sino que logro coger algunos mechones de delante y hacer una trenza hacia atrás.

La señora Ramos dice que el marqués me espera en los establos y voy hacia allá.

—¿Vamos a montar a caballo? —pregunto emocionada.

Hace tiempo que no le hago una visita a Choco.

—Algo parecido. —Se acerca para ayudarme a subir.

Si lo sé me pongo otro vestido, pensaba que sería una cita tipo paseo y cena a la luz de las velas -como cada noche porque no hay electricidad-.

—¡Arre Choco! —digo cuando estoy lista y salimos campo a través.

Él me sigue con el suyo detrás, o eso espero.

—Es por el otro lado —dice, y freno tirando un poco de las riendas.

—Ay perdona, me he emocionado.

—¿Es verdad lo de tu madre? —pregunta.

—¿Que murió? Sí, pero no fue un accidente con un caballo, sino otro tipo de accidente, parecido al carruaje.

—Lo siento.

—Digamos que estos carruajes funcionan con algo parecido a los trenes de vapor y llegan a alcanzar velocidades muy altas.

—Mi comparación suena ridícula, pero es lo que hay.

—¿De veras? Qué interesante —exclama sorprendido.

—Así que, al tener algún accidente, tienes más probabilidades de morir debido a la velocidad, ya que esta aumenta el golpe y es igual a cuando te caes por un precipicio. Es algo sobre física, siempre se me ha dado mal esta materia.

—Entiendo. ¿Y por eso no subes a estos carruajes?

—No, sí que subo. No sé montar a caballo simplemente porque ya no se lleva hacerlo, pero es lo único que se me ocurrió como excusa por no saber montar.

Después de que mi madre y Charlie muriesen en un accidente de coche, sé que debería tenerles pánico o al menos estar algo traumatizada, pero no lo estoy, conduzco sin problema alguno.

—Tienes que moverte acorde con el caballo, sin miedo.

—No tengo miedo —digo, pero no sé si estoy hablando solamente del caballo y por alguna razón no me creo mis palabras.

—No dejaré que te hagas daño —responde él, acercándose más a mi extremo derecho.

El camino por el que me lleva es bonito, el paisaje tan virgen es precioso, sin ningún cable que pase por medio de los árboles ni carreteras ni postes anunciando las últimas natillas. Y el aire es puro, sin contaminación. Entonces lo pienso, ¿podría cambiar la historia evitando que ciertos aspectos dañinos? Hay algunos parajes de la historia que son puntos de inflexión sobre si pasa algo o no. Aunque estoy segura de que tarde o temprano las cosas acabarían siendo inventadas. Casi todos los inventos de la historia han sido obra de varios personajes, uno lo ideó, otro decidió desarrollarlo y otro lo mejoró.

—Estás muy pensativa, ¿te perturba algo? —pregunta él dándose cuenta.

—Solo pensaba en lo bonito que es el paisaje.

—Bien, porque cenaremos aquí.

Se detiene, y se baja del caballo.

—¿Aquí? —pregunto.

Vamos, que no hay un *McDonald's* a la vuelta de la esquina.

—He mandado que nos preparen una cena para llevar.

Entonces saca una especie de bolsa de piel que lleva colgada en la silla del caballo, despliega un mantel en la hierba y saca pan, queso y uvas, junto con una botella de vino.

—Ayúdame a bajar —le pido, porque Choco no ayuda y no para quieto. En un santiamén estoy en tierra firme otra vez—. Gracias, las subidas y bajadas son lo que peor llevo.

—Lo haces muy bien para no saber.

Me siento encima del mantel, a su lado. Vale, tengo que decirlo, estoy en una película de Jane Austen tomando el picnic, en cualquier momento saldrán los niños jugando al pilla-pilla y otros jugando al cricket.

—Tengo que saberlo, así que voy a preguntártelo: ¿por qué te gusto?

Es verdad. Aquella pregunta me rondaba desde que me había besado. Se inclina hacia mí, acariciándome el rostro.

—Lo primero que me llamó la atención fue tu melancolía, te sentabas a leer y parecía que

estabas en otro mundo y cuando cerrabas los ojos volvías a tener esta expresión de nostalgia.

—Las historias románticas tienen este efecto en mí —confieso.

—Tu terquedad y obstinación, cuando te propones algo no paras hasta conseguirlo. Y por supuesto, tu inteligencia y belleza natural. No te pones vestidos ornamentados, ni volumen en el cabello ni la piel pálida y aún así eres la mujer más hermosa que he tenido el placer de contemplar.

Estoy hiperventilando.

—Esto no me lo esperaba —confieso.

—¿Y tú? Me cuesta creer que yo te guste. ¿Porqué me has escogido?

Obviamente, por su increíble parecido a Orlando Bloom.

No, es broma -pero ayuda, eh-.

—Tu sinceridad, dices las cosas sin rodeos. Tu manía de regañarme me muestra que en el fondo te importa lo que hago. Tus perspicaces contestaciones y deducciones. —Aquí omito que me estimulan y me ponen demasiado.— Tus miradas obscenas. Tu alma, más vieja que tus años. Tu pasión, oculta detrás de una armadura.

Podría seguir con un par de ejemplos más, pero me es imposible porque estoy siendo besada. Y así seguimos hasta que de pronto se nos está haciendo de noche y volvemos al castillo.

Capítulo 7

El principio del fin

Hoy es el principio del fin. Una cosa es ver una batalla histórica por la tele y otra muy distinta es verla en directo. Hoy empezará la conquista napoleónica que dará lugar a la invasión y luego la guerra de independencia. Y todo indica que estaré aquí para verlo. Eduard nota que estoy nerviosa durante todo el día y finalmente me pregunta. No se qué decirle, no puedo avanzar a los acontecimientos.

—Podríamos viajar, ¿qué te parece Viena? —propongo aumentando mi entusiasmo.

—Sería buena idea, aunque en esta época del año empieza a hacer frío en el norte de Europa.

—Es igual, lo soportaré. Vámonos.

—¿Ahora? No se qué te ocurre, amor.

—Confía en mí, hay que irse.

Me mira frunciendo el ceño, sin estar convencido.

—¿Tiene algo que ver la reunión del representante de Godoy con el general de Napoleón? — pregunta suspicazmente.

—Sabes que no puedo decirte nada.

—Habrá guerra, ¿no es así? Van a tomar represalias contra Portugal por ayudar a Gran Bretaña, enemiga de Francia.

—Sí ya lo sabes, ¿por qué preguntas?

—No lo sé, lo sospecho, pero tus silencios me lo confirman.

Técnicamente invadieron la península pacíficamente, no fue hasta que el hermano de Napoleón, José (llamado Pepe botella por el pueblo debido a los envíos de champagne que llegaban desde Francia, pues el pobre en realidad no era alcohólico) colocado por este como rey de España, que empezaron los levantamientos. Por lo que recuerdo, Cataluña fue un lugar donde hubo varias batallas, entre ellas la del Bruch. Las poblaciones más rebeldes fueron Manresa en primer lugar, Gerona y más adelante Barcelona hacia 1809. Creo que tengo suficiente margen de maniobra.

—Eres lo peor. Sabes que no puedo cambiar la historia, mi sola presencia ya es un peligro.

Por suerte estamos solos en el salón cuando pasa una mano por mi cuello y lo besa.

—¿Crees que no debería besarte?

—No deberías, pero no pares.

Lo digo muy en serio, no puedo tener este nivel de excitación todos los días.

La cosa tiene delito, y me daréis la razón al 100% porque esto no se hace. Cuando yo decidí tener algo con el marqués, lo hice a sabiendas de las consecuencias y aun así me lancé esperando tener el mejor sexo de mi vida. Pues bien, de momento este apartado es inexistente. Mucho beso y mucho tocamiento, pero nada más. Y es que Eduard aquí como lo veis varonil, con sus músculos y su cabello azabache y el dominio que tiene de los caballos, es un romántico empedernido.

—¿He dicho algo inapropiado? —pregunta viendo que me he quedado pensativa.

—Me preguntaba... nada —acabo diciendo—. ¿Por donde íbamos? Ah sí, me estabas besando —recuerdo con picardía.

—No puedes distraerme de esta manera, amor —se queja.

Ja, lo distraeré lo que haga falta.

—¿Crees que alguien lo sabe?

—No, no lo creo. Nos han visto pelearnos demasiadas veces.

Un pensamiento fugaz invade mi mente.

—A lo mejor tu destino era casarte con otra y tener una larga descendencia.

—No tenía ningún deseo de casarme antes de conocerte.

Se me eriza el vello al pasar sus labios sobre mi hombro.

—Te estoy privando de tus mini marqueses, me siento culpable.

Muy culpable, ahora mismo, puede que no, es lo que tiene ser besada por todo un profesional.

—Los únicos mini marqueses que quiero son los tuyos, amor.

Algo cortocircuita en mi cerebro. Si no estoy preparada para volver a casarme, mucho menos para ser madre y muchísimo menos para serlo en este siglo.

1. ¿Sin la epidural? Tengo el lindar del dolor demasiado bajo.

2. ¿Y si nace del revés? Siempre hay problemas con esto y la madre acaba palmándola (*ergo* puedo morir).

3. El único contacto que he tenido con algo parecido a un bebé eran los *Baby Borns* y ya me parecían complicados.

Pero, ¿y si tengo que quedarme aquí? Tengo miedo, tengo un miedo constante tanto a volver como a no volver. Sé que en algún momento deberé dar un paso adelante y empezar mi vida aquí, pero también sé que cuando lo haga, si tengo la posibilidad de volver se me hará mucho más difícil.

Pero no puedo dejar de vivir, puedo pasarme años atrapada aquí, hacerme vieja e incluso morir. Entonces cuando muera, ¿qué habré hecho? Esperar, solo eso. Se me habrá ido la vida esperando. No, no voy a hacer eso, primero porque soy demasiado impetuosa y segundo porque ya he empezado a pasar página sin querer enamorándome como una quinceañera de alguien de este siglo.

Por otro lado, estoy siendo una egoísta, él me lo dijo, no quería encariñarse conmigo porque en cualquier momento puedo volver. Si me voy, su corazón se romperá -y el mío también, pero por propia decisión-.

—No... no tengo derecho a hacerte esto —le suelto sin poder evitarlo—. Puede que te esté robando tu futuro.

Se detiene y me mira a los ojos.

—Dijimos que no pensaríamos en eso —me recrimina, pero es inevitable que piense en eso.

—No puedo no pensar en ello —confieso.

—Ya te lo dije, fue inevitable, ninguno de los dos pudimos poner distancia y alejarnos. Deja de pensar en otras posibilidades, puede que no las haya.

—Tengo que pensar.

Huyo de allí hasta el jardín. Necesito reflexionar, hacer mis ejercicios de yoga y relajarme. Esto de que el futuro dependa de ti en parte es demasiada responsabilidad. Por una parte, me

gustaría tener wifi y *googlear* al marqués, saber si morirá soltero o por el contrario, se casará con una Dorotea cualquiera, pero por el otro, ¿y si realmente tiene que casarse con una Dorotea? ¿Podría alejarme, sería capaz? No, mejor no saberlo.

El resto del día lo paso fuera del castillo, conociendo un poco más el pueblo y sus alrededores. Podría irme, no volver allí, empezar de nuevo en un sitio alejado donde no pueda molestar. Pero entonces me estaría negando la única posibilidad de volver en el caso de que la orden de la Trapa existiese y de que una de sus ramas protegiera la línea temporal y pudiesen enviarme de vuelta, porque, admitámoslo, es mi única baza.

Cuando estoy de vuelta siento que lo he echado de menos.

No puedo creer que haya pensado en dejarlo, si me he vuelto adicta a sus besos, a sus caricias y no puedo siquiera dormirme sin estar a su lado. Pero no puedo dejar de pensar en si estoy cambiando la historia. ¿Y si debe casarse con otra y tener hijos y estos a su vez tener algún descendiente que invente las cajas para poner las pizzas? O algo mucho más importante, es un ejemplo tonto, pero últimamente me ha dado mono de pizza y por supuesto, no hay.

Soy una egoísta, sí, pero no voy a dejarlo. Simplemente le quiero demasiado y voy a seguir con esta locura hasta que... hasta que pueda regresar. ¿Lo haría si esto supone dejarlo? Hace poco hubiese dicho que sí, por supuesto, pero ahora dudo.

—Eduard, ¿estás despierto?

Lo sé, no es la primera vez que me cuelo en su habitación, pero sé lo del cuchillo y no quiero darme un susto.

—Sí.

Oigo su voz y a tientas llego hasta el extremo de la cama, donde me siento.

—Oye, no es lo que piensas. No te he dicho esto porque me arrepiento de haberte besado ni de estar contigo, porque no lo hago. Es solo que siento que tengo una gran responsabilidad y debo dejar las cosas como están para no cambiar el futuro.

En este punto se incorpora y me abraza, sintiendo su pecho en mi espalda y su aliento en mi nuca, algo que me estremece de placer.

—Lo sé, solo que a veces lo olvido —me dice a modo de *no pasa nada*.

—¿Y si tenías que ser feliz con otra?

—No creo que pudiera serlo con nadie más. Si en todos estos años no ha habido nadie que me haya hecho sentir así, ¿no crees que es por algo?

—Ni yo con nadie más. Podría haber estado destinada a viajar aquí. A lo mejor si firmo alguna carta y se ha encontrado en mi siglo es que mi sino era este.

Me consuelo pensando, como en los libros de *Outlander*.

—Me es indiferente, porque no van a separarme de ti. Ni el mismísimo destino.

Palpa mi rostro hasta coger el mentón y lo sube hasta sus labios. Su aroma me embriaga. Me coge por las caderas quedando frente a mí y me aprieta con fuerza.

—Tampoco voy a irme a ninguna parte —le digo, y lo siento así.

No quiero separarme de él, incluso si eso implica no volver a mi tiempo. Estoy renunciando a mi futuro por un presente donde lo tengo todo, no necesito nada más.

Me besa el cuello mientras acaricia mi espalda por debajo del camisón. Con rapidez me quita la prenda, y yo me siento liberada. Al notar que empieza a besarme el ombligo y va subiendo por el abdomen hace que mi libido se eleve por las nubes. Me inclino y le saco el suyo, es la primera vez que hago algo parecido y me llevo una sorpresa cuando veo que está tan desnudo como yo debajo de él.

—Eres tan perfecta que temo que desaparezcas.

Deposita suaves besos en mis mejillas, en mis labios. Yo acaricio su espalda, su suave piel caliente y los musculosos brazos recorriendo la cintura hasta llegar a su pelvis.

—Vamos a mi habitación —susurro, acordándome de que tengo los condones allí.

—¿Por qué?

—Porque hoy, querido, no vas a ser un caballero y no vamos a dejar esto a medias.

Me levanto de la cama y hago que él haga lo mismo cogiéndole del brazo y llevándomelo a rastras. Hoy es la noche, sí señor, y nadie va a impedírmelo.

—¿Estás segura? —pregunta, teniéndome completamente desnuda y a su merced.

—Por supuesto.

Entonces se deja llevar, su beso es apasionado y hambriento, me recorre entera con sus manos hasta los pechos. Me estoy volviendo loca ante su tacto impaciente y a la vez erótico. Dios, tiene un cuerpo demasiado bien esculpido y yo hace tres meses que no voy al gimnasio. Estoy fofa, lo sé, pero la forma en que me agarra el culo parece que a él no le importa en absoluto.

Decido tomar el control así que antes de estirarnos de nuevo, empiezo a pasar la lengua por su torso perfecto y voy bajando hasta llegar a su miembro. Juego primero con la punta para luego hacer círculos como si de un helado se tratase.

—¿Dónde has aprendido a hacer esto? Mejor no me lo digas —dice, cuando vuelvo a poner la atención sobre su boca. No quiero que se corra antes de tiempo.

No es nada del otro mundo, pero supongo que aquí estas cosas no se llevan mucho.

—¿Confías en mí? —pregunto cuando bajo hasta el cajón y cojo uno de los preservativos.

Ahora, ¿cómo le explico yo qué leches es un condón a un marqués del siglo XIX?

—Sí —dice—. ¿Qué es? —pregunta viéndome como lo abro.

—Es algo para... evitar la concepción —respondo, sin poder evitar ponerme roja.

—Entiendo.

Para que no le sea tan raro estímulo su miembro con la lengua y entonces deslizo hacia abajo el condón colocándolo.

—¿Te sientes bien?

—Sí. ¿Ahora puedo hacerte mía? —me pregunta empujándome hacia él, quedándome encima suyo.

—Cuando quieras.

Roza sus manos en mi vagina, haciendo círculos. Yo estoy ya muy húmeda, y los espasmos no tardan en empezar.

—No aguanto más, Ana —dice, poniendo su miembro delante de mi cavidad.

—Yo tampoco —dice penetrándome con sumo cuidado.

Hace mucho que no tengo sexo y sé que estoy estrecha, pero no es mi primera vez y él lo sabe.

—No vas a hacerme daño —le digo ahogando un gemido.

Una ola de placer se extiende desde mi sexo hasta los dedos de mis pies cuando llega hasta el fondo. Rodeo su cadera con las piernas y lo atraigo mientras entra y sale a un ritmo acompasado, cada vez más rápido. Con un ligero vaivén empieza a entrar y a salir dentro de mí, haciéndome estremecer por completo.

—Estaría horas dándote placer.

Sus gemidos son mi perdición y estoy varias veces a punto de llegar al orgasmo, pero lo freno, lo estoy disfrutando demasiado.

En una de las embestidas sé que voy a terminar así que subo la cadera con ahínco y lo invito

a acelerar. No creo que haya tenido nunca esta sensación tan placentera como cuando se desata el orgasmo y una punzada de éxtasis hace que mi cerebro casi deje de funcionar, por un instante no existe nada más. Tengo que taparme la boca para que mis gritos no se oigan.

Su cuerpo se queda inerte encima mío durante unos minutos, sintiendo ambos el latido de nuestros corazones que se va acompasando a nuestras respiraciones. Luego sube hasta mi rostro y besa mi frente, rodeando mi cuerpo con el suyo.

Quiero llorar, porque ha sido de diez, no sabía yo que algo así pudiera lograrse, y una punzada de culpabilidad azota este momento perfecto al pensar en Charlie y en que nunca sentí esto.

—Ana, ¿te sientes bien? —Oigo que me susurra.

—Sí, ha sido perfecto —digo.

—Te amo más allá de la razón porque me la has quitado.

Dios, ¿por qué estas palabras de novela romántica? Que a mí me llegan a lo más hondo, que yo no estoy acostumbrada a esto, que con un *I love you* de vez en cuando ya me parecía lo más.

—Yo también te quiero, más de lo que la conciencia me permite.

Y tanto, porque ahora mismo me está regañando.

Lo sé, simplemente lo sé. Sé que podría estar con él toda la vida, que me quedaría así hasta el fin de mis días, que quiero que esté conmigo todas las noches y que pase mis días discutiendo lo que es o no apropiado, que me prepare citas sorpresas y que me lleve hasta el fin del mundo y más allá si esto es lo que desea. Total, no hay nadie que me esté esperando en el futuro como él me ha anhelado durante el tiempo que llevo aquí.

Estoy sentada frente al piano, tocando una melodía parecida a la nueva canción de Selena Gómez -esto de nueva es relativo, lo sé- y sonriendo como una boba por el hecho de haber dormido casi toda la noche con el marqués. El casi es porque no queremos que el servicio nos descubra, así que cuando el gallo ha cantado se ha ido a su alcoba.

—Señorita, hay alguien que pregunta por vos —dice la señora Ramos con su habitual mala leche e interrumpiéndome.

—Hágalo pasar.

No creo que sea nadie conocido, porque si no me hubiese dicho su nombre. No dejo de toquetear las teclas del piano y espero a que entre el visitante. Para mi sorpresa, es alguien que no esperaba ver.

—¡Lluís! —me apresuro a decir, viendo la figura del novicio de la biblioteca episcopal. Lleva el mismo hábito y tiene la misma cara redonda y los ojos saltones, tal como recordaba—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Vengo a cumplir mi misión —dice decidido.

—¿Y cuál es?

—Vigilaros, la orden quiere teneros controlada para que no cambiéis nada.

—Oh.

—¿Puedo alojarme aquí?

—Sí, por supuesto.

Creo, vaya.

—Perdone mi indiscreción, pero ¿porqué dicen que sois la prima del marqués? Si no sois de este siglo.

Su pregunta es lógica, lo sé.

—Aparecí de la nada debajo de la chimenea del salón y el marqués me proporcionó una

coartada.

Suena razonable, pero lo cierto es que sigo preguntándome por qué lo hizo.

—Mmm, extraño. ¿Y qué gana él a cambio?

Muy perspicaz el monje.

—Soy su espía —informo sin que suene demasiado inverosímil, pero lo cierto es que sí lo parece.

—¿Espía?

—Cosas de política, ya sabe, rebuscar entre los papeles ajenos, distraer a delegados de la corona... cosas de espías.

—Pero no podéis hacer eso, ¡podríais cambiarlo todo!

—Oye, no es fácil estar rondando por el pasado y atravesarlo de puntillas.

—Por eso mismo me han enviado, para teneros controlada hasta que podáis regresar.

Regresar. Es todo lo que quería. Quería, en pasado. ¿Y ahora?

—¿Qué pasaría si no lo hiciese? —murmuro consciente de mi locura.

—¡¿Ahora no queréis regresar?! —exclama en una voz demasiado elevada, tanto que Eduard se asoma y sé que lo ha escuchado.

Me mira intensamente. Sé que todo lo que siento se escapa a cualquier entendimiento posible, pero no puedo evitar quererle como nunca he querido a nadie. No respondo, sólo veo cómo el marqués viene hacia mí y se pone de cuclillas, cogiendo mi mano.

—¿Estás segura? —pregunta hipnotizándome.

—¿Sois vos el marqués de Vilalta? —pregunta Lluís rompiendo el momento y yo se lo agradezco porque no estoy segura de nada ahora mismo.

Él se gira hacia el novicio y asiente.

—¿Quién sois?

—Un novicio de la orden de la Trapa, estoy aquí en una misión especial —anuncia con cierto orgullo.

—¿Queréis llevárosla?

—Oh, no, yo solo tengo que vigilarla hasta que los agentes puedan hacer las averiguaciones necesarias.

—¿Y esto cuánto puede tardar?

—No lo sé, es mi primera misión.

Vale, podría haberme tocado a un monje experimentado, pero no, me toca al novicio de turno.

—Le diré a la señora Ramos que prepare una habitación —dice en voz baja con algo de desgana. Sé que no le agrada la idea, pero no creo que sea muy inteligente echar al novicio—. Ahora vengo —anuncia sin pestañear, saliendo del salón.

¿Pero a quién se le ocurre dejarme en el pasado meses enteros para que me encariñe del marqués y luego pretender que regrese sin más? Y sin duda, ¿qué esperaba yo? ¿Poder involucrarme con el marqués sin sentir nada?

El novicio me observa detenidamente intentando analizar mi expresión, que ahora mismo creo que está desenchajada, intentando parecer tranquila. Nunca he sido buena disimulando, soy un libro abierto.

—¿Os pasa algo? —pregunta finalmente.

—No —miento.

Por suerte aparece la señora Ramos para llevarlo a sus aposentos. Si se entera de que sí puede que haya cambiado algo en el curso de la historia es capaz de llamar a sus monjes de la orden y encerrarme. Bueno, si la misiva llega porque si tengo que esperar tres mese más me da

tiempo para salir a la fuga y empezar una nueva vida hasta en otro continente. O puede que en otro continente no, las cosas van muy a paso lento aun.

—¿Quieres dar un paseo? —me pregunta él levantándose del banquillo del piano.

—Por qué no.

Total, voy a estar comiéndome la cabeza de todas formas.

El viento que se asoma me azota y por un momento cierro los ojos al llegar hasta las escaleras.

—Tienes que regresar, no puedes quedarte aquí —dice y cuando lo escucho el mundo se me viene encima.

—¿Y si no quiero? —Lo observo confundida, no creo que sea eso lo que quiere, es más, me dijo que la idea lo atormentaba.

—No quiero que renuncies a tu vida. Y estoy convencido de que el futuro es mil veces mejor, así que no me convencerás de lo contrario. Solo hay que ver tu tecnología.

Sabía que mostrarle el teléfono había sido mala idea.

—¿Mi vida? Estaba sola en Edimburgo.

—Mencionaste a tu padre.

Sí, papá. Esto sí que era para mí el punto clave, mi debilidad, mi única razón para volver.

—No menciones mi *kryptonita*. Digo, mi debilidad.

—Ana, mírame —ruega y yo lo hago, viendo más tristeza en sus ojos de la que jamás vi en nadie más—. Regresa.

—¿Sabes qué pasaría si lo hiciera? Que ya no podría seguir con mi vida como antes porque la encontraría insípida y aburrida, además de solitaria.

—Seguirías adelante porque eres fuerte, más de lo que piensas. Lo hiciste cuando llegaste aquí y lo harás cuando vuelvas.

Sus palabras me azotan por la gran verdad que hay en ellas.

—Tampoco es algo que tenga que decidir ahora mismo.

Me atrae entre sus brazos, ninguno de los dos dice palabra el rato en que pasamos mirando al horizonte. De algo estoy convencida y es de que siento que aquí, apoyada en su pecho, es donde mejor me he sentido en toda mi vida.

Lluís no me deja casi a solas, se ha convertido en mi sombra y es algo molesto. No deja de apuntar cosas en un cuaderno que no me deja ver y que tampoco entendería demasiado porque lo poco que he podido ver es que lo escribe en latín. Las cosas están tensas con Eduard, más que nada porque desde que el novicio ha llegado no podemos hablar con libertad -ni hacer nada en libertad básicamente- y estamos evitando el tema tabú, el regreso. Esta mañana ha salido a revistar la cosecha de no sé dónde así que estoy leyendo cuando Blanca llega del pueblo con noticias.

Ya están aquí. Un destacamento de soldados franceses se ha instalado en el pueblo con una especie de capitán, por lo que me ha contado, que a su vez ha sido informada por su amante bandolero. Bueno, su enamorado más bien porque aún no están saliendo, y mira que le hice un exfoliante para la piel y le insistí en que se bañara más a menudo. Ahora en vez de morena es castaña y ya no lleva la cofia en la cabeza. Me siento un poco como un juez de esos programas donde hacen cambios de imagen a las personas y siento una gran satisfacción. Ver tu creación es algo indescriptible, una mezcla de orgullo y placer.

Estoy distraída esta mañana, pensando en mis cosas, como por ejemplo el maravilloso sexo que he tenido con el marqués, los sentimientos de *puede que haya sido la primera y la última*, la creciente duda de qué voy a hacer durante el resto de mi vida si tengo que quedarme aquí - ¿rechazar la vuelta o no rechazarla?- y si haría mucho ruido hacer ciertos ejercicios que vi en YouTube de diez minutos que hacían las celebridades y los intentaba recordar cuando el capitán francés apareció en el castillo escoltado por dos hombres.

—*Bonjour mademoiselle*^[4].

El más condecorado, con un uniforme azul y rojo me hace un saludo reverencial. Debe rondar los cuarenta y tiene un bigote negro espeso con una nariz alargada.

—*Bonjour* —respondo con mi mejor acento francés.

—*Vous êtes la femme du Eduard Marques de Vilalta*^[5]?

Su acento catalán, sin embargo, no es de lo mejor.

—*Non, je suis sa cousine, Ana Capmany Beauchamp*^[6]—sí, he dicho mi segundo apellido expresamente.

¡Oye!, que estamos en medio de una invasión, hay que tener amigos hasta en el infierno.

—*Oh, vous êtes moitié française*^[7].

Es entonces que pone mejor cara. Ya lo sabía yo.

—*Oui, par ma mère*^[8].

Un portazo indica que alguien furioso está entrando en el castillo, y no puede ser nadie más que el marqués. Mis sospechas se vuelven reales cuando aparece con los ojos desorbitados y los puños. Lluís se pone tenso, pero no dice nada.

—¿Que están haciendo aquí? —exclama enfadado.

—No lo sé.

—*¿Vous êtes le marqués?*^[9] —le preguntan los oficiales.

—*Oui* —responde.

—*Nous avons venu pour présenter*^[10]...

Pero el marqués no le deja terminar la frase.

—Fuera —susurra el marqués, enfadado.

—*Excuse-moi?*^[11]

—No pueden venir a mi casa y acechar así a mi prima. Fuera —repite, y veo cómo los franceses lo miran mal.

—*Il est très protecteur avec moi. Je demande pardon*^[12]—les digo hábilmente como excusa.

—*N'hésitez pas, mademoiselle, je comprends. Un plaisir, mademoiselle, marqués*^[13].

Con la misma rapidez como han llegado, se van. Observo cómo el marqués va calmándose poco a poco.

—¿Qué te pasa? No puedes tratarlos así, ya sabes qué pasará —le reprocho, pero parece que no escuche mis palabras—. Eduard, ¿me escuchas?

Se abalanza sobre mi y me acaricia el cabello.

—He temido lo peor, perdona, escuché historias de lo que los soldados hacían... al saber que habían entrado y estabas sola...

—Estoy bien, no te preocupes. De todas maneras, dudo mucho que un capitán haga algo parecido y menos a alguien de alto rango.

—Estando en guerra pronto.

—De momento no tienes de que preocuparte, será una invasión pacífica. El problema vendrá a la hora de echarlos. Van a ser buenos, para que los nobles los apoyemos.

—¿Cómo de buenos?

—Nos darán privilegios, más libertad... ya verás. Pero tú no los apoyes, al menos en la clandestinidad.

No, porque después Fernando será implacable con los llamados afrancesados^[14].

—No te preocupes, sé cuidar mi espalda, amor.

—Lo sé, pero no sé si voy a estar aquí para avisarte.

Cuando digo esto se me encoge el corazón y sé que a él le sucede lo mismo. Deseo besarlo con tanta intensidad y durante tanto tiempo como nos sea posible, porque voy a tener que estudiar demasiado bien su rostro para que no se me olvide el resto de mi vida.

Una voz nos interrumpe antes de que empiece a recorrerme el cuello con sus labios y lanzo una maldición. El novicio está allí, leches, es peor que una de esas mujeres que acompañaban a las jóvenes para que no hicieran locuras.

—¿Lo sabía! Sabía que algo pasaba entre los dos, no era normal vuestra complicidad —dice emocionado, como si hubiese descubierto la traducción de la piedra Rosetta.

—Felicidades Sherlock. ¿Vas a apuntarlo en tu libretita? —contesto con mi tono despectivo y con sarcasmo.

—No sé que significa Shel... como sea, y sí, por supuesto que voy a hacerlo.

—Haz lo que quieras, no voy a dejar de besarlo —lo desafío, y le planto un beso que el marqués no se espera.

—Pe-pero... ¡no podéis hacer eso! Es pecado y además... ¡podrías cambiar la historia!

—¿Vas a iluminarme y a decir algo que no sepa? ¿Vas a llamar a la Inquisición?

Puede que me haya pasado, no se juega con la Inquisición.

—Ana, no seas así —me riñe el marqués—, él no tiene la culpa.

—Alguien con sentido común. Ahora, cada uno por su lado.

Parece satisfecho, pero pronto la sonrisa se le borra de la cara cuando es el marqués quien me planta un beso.

—Hasta que no sea la hora, haremos lo que nos plazca.

Chúpate esa, novicio. Sale de la sala exasperado y encomendándose a Dios el latín.

—¿En tu alcoba o en la mía?

Siempre he querido decir eso en un momento de pasión y este es perfecto. Claro que he tenido que hacer una adaptación de lo que quería decir en realidad porque vivimos bajo el mismo techo.

—La mía, tu doncella a veces abusa de tu compañía.

Sin dejar de besarnos subimos las escaleras con dificultad. Cerramos la puerta y nos desnudamos mutuamente.

—Quiero que todo siga igual, hasta que no llegue el momento. Quiero que estemos así de bien sin pensar en el futuro. *Carpe diem* dicen, ¿no? —le pido, es algo que necesito.

—*Carpe diem* será entonces, amor.

Lo admito, aunque creía que era una mujer bastante experimentada en el tema del sexo -aunque mi número de amantes se puedan contar con los dedos de una mano- y que no me faltasen conocimientos teóricos - y no lo digo sólo por ciertos libros eróticos que ahora se han puesto de moda eh- he entrado en una nueva dimensión de placer, una dimensión nueva y desconocida que me ha dejado KO. Definitivamente los lubricantes y demás juguetes están sobrevalorados, no hay nada que unas buenas manos y un dominio excelente de la lengua no puedan sustituir.

Mi regocijo fastidia al novicio, que no nos deja de mirar mal cuando bajamos para la cena.

—No te hagas el puritano, estoy seguro de que mínimo alguna vez has tenido pensamientos impuros —alego para pincharle.

—Todos somos pecadores, pero unos más que otros —responde—. Pero para obtener la gracia de Dios hay que arrepentirse.

—Corramos un tupido velo. ¿Por qué no nos hablas de los Vilain?

—¿Quiénes son los Vilain? —pregunta en marqués extrañado.

Al oír aquello Lluís me fulmina con la mirada.

—No deberíais decir nada delante de él, es un secreto.

—Oh, por favor, ya sabe de dónde vengo.

—Exactamente, nunca me lo habéis dicho.

—Es algo difícil, basta con que diga que estamos a dos siglos de diferencia.

—¿Dos siglos? —Tose al oír aquello—. Es mucho tiempo.

—Por eso. Y no soy una enciclopedia andante para contar todos los acontecimientos que han ocurrido desde entonces.

—Pero los conoces —afirma.

—Sé lo más importante, lo que recuerdo de las clases de historia, lo que recuerdo haber leído... no soy una historiadora experta.

Ese era Charlie, y por suerte o por desgracia, no está aquí.

—Dejad de hablar, por los clavos de Cristo —me riñe Lluís—. Los Vilain están tramando algo importante en este siglo, por eso están tardando en venir a buscaros —nos aclara.

—Es una familia francesa que intenta cambiar el pasado para su provecho y su orden protectora del tiempo intenta detenerlos.

—Son muy poderosos en este siglo, tienen a Napoleón de su parte.

Un grito interrumpe la velada, ha venido del jardín. Los tres nos levantamos y nos apresuramos a ver qué está ocurriendo. A lo lejos veo cómo un grupo de hombres corre hasta el castillo con uno a cuestas.

—¡Señorita! Necesito su ayuda, por favor —Blanca, al borde del colapso corre también por el jardín hasta llegar a la terraza. Tras recuperar el aliento, prosigue—. Por favor, necesitamos su ayuda, se lo suplico.

—¿Qué ha pasado?

No entiendo nada, hasta que el grupo de hombres se acerca y puedo reconocerlos. ¡Son los bandoleros!

—Le han dado, señora. Tiene una bala, va a morir.

El marqués pronto ordena que se disponga una habitación para el herido y que traigan agua caliente y paños. Los rudos bandoleros lo suben por las escaleras sin esfuerzo, como si de una pluma se tratase, y lo dejan encima de la cama.

—Hay que llamar al médico —dice el marqués.

—Demasiadas preguntas —responde el cabecilla. Lo recuerdo, es al que le curé el pie—. Tenéis que ser vos —dice dirigiéndose a mí.

¿Hola? Una cosa es hacer cuatro cosas básicas y otra muy distinta es sacar una bala. Bala. ¡Que no tengo la más remota idea del cuerpo humano! ¡Que sólo veía los dibujos de la sangre que transportaban oxígeno en la tele de *Érase una vez el cuerpo humano* y gracias!

—Nunca he sacado una bala —confieso.

—Debéis hacerlo —me apremia.

Concéntrate, Ana. ¿Qué hacía Meredith Gray? Desinfectarse, ponerse guantes, buscar el

orificio de la bala.

—Necesito alcohol para desinfectar y limpiar la herida, luego unas pinzas y unas tijeras, aguja e hilo. ¡Rápido!

Mierda, ¿y de dónde saco yo los guantes? Porque no pienso hurgar en el interior de ese hombre con mis manos desnudas. Creo que voy a tener que hacerlo. La señora Ramos trae una botella de brandy y lo primero que hago es limpiar la herida. El grito de Andreu creo que se oye de aquí a Pekín, normal, y creo que se desmaya del dolor. Mejor porque lo que va a ocurrir le va a doler más aun. Con los paños Blanca limpia la sangre que le sigue brotando. Creo que no le ha dado a nada importante porque está en el extremo de su cintura, algo más abajo de las costillas. Espero que no le haya tocado el pulmón, aunque entonces le fallaría la respiración.

—¿Las pinzas?

—Sólo hemos encontrado esto.

No es lo que esperaba, son pinzas de cocina.

—¡Joder! —Las cojo después de untarlas en alcohol y viendo que es imposible, me pongo un chorro de brandy en las dos manos y acabo metiendo la derecha. Hurgo hasta tocar la maldita bala y la saco—. Bala fuera, hay que cerrar la herida antes de que se infecte.

—¿Con la aguja y el hilo?

—¿No tendréis hilo de pescar? —Me ilumino.

—El viejo Paco tiene.

La cocinera corre escaleras abajo y lo trae. Después de quemar la ajuga más gorda que Blanca tiene, logro cerrar la herida con mucha dificultad. Y lo digo porque su cicatriz será del todo menos recta ya que coser no es lo mío, por si no había quedado claro.

—¿Y ahora?

—Pues esperar a que se despierte, no puede moverse porque debe cerrarse la herida.

Aún me está temblando el pulso, no me creo que lo haya hecho.

—¿En qué pensabais, inconscientes? —les riñe la señora Ramos una vez salen de la habitación.

—No queremos a los franceses y parece que han venido para quedarse —dice uno de ellos, el que me delató ese día.

—Tenéis las de perder, ¿queréis que os maten? —añade la cocinera.

—Gracias, estoy en deuda con vos.

Blanca está también nerviosa, su trémula voz la delata y no deja de pasarse las manos por el delantal, quitándose el sudor.

—Tienes que vigilarle, Blanca. Al mínimo signo de fiebre avísame.

Asiente mientras Lluís la acompaña dentro de la habitación del herido. Creo que estoy en shock porque todo me parece que pase por inercia, veo a la gente pero parece que yo esté en una burbuja y los demás en el exterior de ella. Un leve mareo hace que me tambalee pero unas manos me agarran y hace que reaccione.

—Vamos a lavarte las manos. —susurra él llevándome hasta la cocina, donde habían dejado el agua hirviendo.

Me siento en el suelo, intentando respirar con normalidad mientras deposita mis manos dentro del cubo y con un paño se deshace de los restos rojos de sangre que hay en mis dedos, uno a uno.

—No soy médico, Eduard. Le va a quedar la constelación de Casiopea como cicatriz, si sobrevive. —Me sorprende a mí misma diciéndolo.

—¿También sabes de astrología?

—Poco, no sé porque me lo ha recordado. Deberíamos haberlo llevado al hospital.

Si es que había hospitales, ya no lo recuerdo, pero creo que sí.

—Habrían hecho demasiadas preguntas y los franceses estarán buscando al herido para encontrar al resto de rebeldes. Necesitas descansar, has sido muy valiente.

Valiente. Creo que es la primera vez que me dicen algo parecido. Pero sigo temblando, aunque Eduard me sujete hasta llegar a la habitación, me quite el vestido ensangrentado y con paciencia y delicadeza me ponga el camisón. Hace que me acueste y se queda a mi lado hasta que se cierran mis ojos y me quedo dormida.

Capítulo 8

Soirée à la française

Como dicen en los libros de historia, los franceses han acabado tomando posesión de todos los sitios estratégicos ante la inactividad defensiva. Es cuestión de tiempo que la corte se Traslade a Aranjuez y que Carlos IV abdique a favor de su hijo Fernando. Pero aun faltan algunos meses para el Motín de Aranjuez y queda lejos de aquí.

Tras unas semanas recuperándose, Andreu, el amante bandido de Blanca, se encuentra mucho mejor, aunque sigue viviendo aquí. Aun no sé cómo pude hacerlo, la verdad, lo recuerdo todo medio borroso y con poca claridad. Pero lo hice y ahora Andreu está vivo. Mi doncella está encantada de tenerle aquí, no se ha separado de su lado y lo cuida como si le fuera la vida en ello. Pero sospecho que se ha formado un triángulo amoroso algo raro pues Lluís, el monje espía, tampoco se separa del lado de Blanca. Sinceramente, creo que le gusta. Por supuesto, nunca lo admitirá porque va en contra de las enseñanzas del señor, bla bla bla, pero cada vez que le habla pone unos ojos de cordero degollado que nunca le había visto y lo más importante, ha dejado de sermonearnos a mí y al marqués.

Esto es una gran ventaja, no tener al monje pegado al culo todo el día. ¿Y qué opina Andreu de todo esto? La verdad, es amable con Blanca, pero no le veo yo muy por la labor. Supongo que el hecho de estar al bode de la muerte y tal te cambia un poco, pero vamos, no creo que vayan los tiros por ahí.

Lo mejor de todo es que, si antes ya tenia la gratitud y el respeto de los bandoleros, ahora soy su santa matrona y por ende, el marqués también. Así que gracias a ellos estamos al tanto de todo lo que tiene que ver con emboscadas, burlas y planes clandestinos contra los franceses y para este bando, nuestro castillo es un aliado. Para los franceses, en cambio, como no nos hemos pronunciado, somos indefensos y nos dejan en paz.

He bajado al pueblo con Blanca para hacer algunas compras ahora que parece que el castillo es el Corte Inglés en Navidad (puede que haya exagerado, pero viene mucha gente, al contrario que antes) y andamos cortos de víveres, además quiero abastecerme de otras cosas, no sea que cuando empecemos a echar a los franceses los suministros se acaben. Eso de saber qué pasará te da una visión estratégica muy importante.

De golpe, antes de subir al carruaje, alguien me intercepta agarrándome el brazo. Me giro y veo a Hilguero.

—¿Qué estáis haciendo vos aquí? —pregunto sorprendida.

—Necesito que me ayudéis. Es de vital importancia y sé que sois leal a la causa.

El hombre no me hace ni pizca de gracia, pero el marqués tiene que estar bien con Fernando, el futuro rey, pues luego sé que a los que consideraba afrancesados los peló a todos. E Hilguero es un aliado de Fernando.

—Está bien, subid con nosotras.

Blanca pone mala cara, pero no dice nada. Una vez dentro del carruaje y de vuelta al castillo, decido sonsacarle información.

—¿Qué os ha pasado?

—Los franceses sospechan de mí, así que tuve que huir de Barcelona. Uno de mis hombres me dijo que cerca había un marqués leal a la causa y supuse que vos teníais algo que ver.

Está algo más demacrado que la última vez que lo vi, más envejecido.

—Le agradecería que no dijera nada, tengo una fachada ante los franceses que aparentar — ruego.

—Y por eso sois perfecta para la misión.

Frunzo el cejo al mirarle. ¿Misión? Yo no he hablado de ninguna misión.

—¿He oído bien?

—Fernando os necesita, hay que averiguar quién es el espía de Napoleón en Barcelona. Va a celebrarse una fiesta, estoy seguro de que os habrán invitado.

—Así es.

La habíamos recibido ayer por la mañana.

—Debéis ir y averiguarlo.

Me encuentro en una encrucijada; no sé si esta misión es vital para los acontecimientos que van a desarrollarse en un futuro o por el contrario es irrelevante, pues fracasó. ¡Mierda!

—Cuando lleguemos hablaremos con el marqués, no estoy en condiciones de tomar esta decisión —digo para ganar tiempo.

Él asiente, no discute pues tiene las de perder. Está totalmente a nuestra merced. Pero conociendo a Eduard, no va a gustarle que Hilguero esté pululando por el castillo con total libertad. Y no me equivoco, pues cuando cruzamos la puerta y lo ve, su semblante se pone serio.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunta algo enfadado.

—La corona os necesita. Vengo en misión especial, pero no podré realizarla, los franceses ya conocen mis intenciones.

—Pasemos a mi despacho.

Suben las escaleras hasta él y yo les sigo. También entro y cierro la puerta detrás de mí.

—¿Vais a estar presente? —pregunta Hilguero.

Me entran ganas de pegarle un puñetazo en toda su frente arrugada y sé que Eduard lo sabe por la cara de pánico que pone, pero me contengo.

Ana, es un hombre de cromañón, no vale la pena, me digo.

—Por supuesto. ¿Quién pensáis que descubrió que erais leal a Fernando? —contesta el marqués.

Así me gusta, haciendo puntos para la mujer. Nota mental para después: he de felicitarle.

—Como le he comentado, hay una fiesta el viernes que organizan los franceses. Debemos descubrir quién es el traidor que les está pasando información. Es vital para que Fernando logre que su padre le ceda la corona.

—Si es un espía, entonces tiene acceso directo a todas las órdenes, por lo tanto es alguien de confianza —deduce el marqués.

—Sí, tenemos ciertas sospechas, pero necesitamos pruebas. ¿Cómo descubristeis que apoyaba a Fernando? —pregunta él.

¿Debo decírselo? Eduard asiente, como si me hubiese leído el pensamiento.

—Nos colamos en su despacho el día de la fiesta y leímos su correspondencia.

—¿Y como supisteis donde estaba?

—Esto no voy a decírselo.

Mira, estuve allí dos siglos después. Qué fácil sería, seguramente no me creería. O me tomaría por loca.

—Supe desde el momento en que os vi que eras mucho más de lo que mostrabais. ¿Tenéis algún contacto en Francia?

—No, con eso no contéis. Pero mi apellido y dominio de la lengua pueden abrirme muchas puertas y simpatías. De hecho, creo que por eso no se han presentado más por aquí.

Es verdad, desde aquel día los franceses no han aparecido por la puerta.

—Bien, viajaré a Barcelona en vuestro carruaje y cuando tengamos la información, partiré hasta donde se encuentra Fernando. Como comprenderéis, no puedo decíroslo por su seguridad.

—Sigue en Madrid. Pero esto no es lo importante, si no cómo piensa pedir la abdicación de su padre.

Hilguero sonrío, como para no hacerlo.

—Bien, así lo haremos. Partiremos esta misma tarde a Barcelona, no hay tiempo que perder y debemos trazar un plan.

Es verdad porque me temo que esta vez no será tan fácil lograr nuestro objetivo.

—¿Le apetece comer y beber algo? —pregunto a Hilguero, quiero que salga para comentar la jugada con el marqués.

—Se lo agradecería.

Lo llevamos hasta el salón donde Blanca se encarga de atenderlo. Yo me dirijo a mis aposentos con la excusa de preparar el equipaje y el marqués hace lo mismo, pero entra conmigo en mi habitación.

Ahora que hay tanta gente es difícil verse a escondidas. Que también tiene su morbo, eso del amor prohibido y tal, pero a veces me apetece solo acercarme a él y que me abrace con sus brazos musculosos y me mime, pero no puede ser. Lleva su mano hasta la mejilla y la acaricia suavemente.

—¿Quieres hacerlo?

—Claro, tengo que hacerlo.

—No tienes que hacerlo, puedo solo.

—Ni hablar. Somos socios en esto del espionaje, ¿recuerdas?

—Te libero de esta sociedad —dice sonriendo.

—Pero yo no quiero liberarme. Me gusta hacerlo, puede que haya nacido para ello. —Le estoy cogiendo gusto a esto, la verdad. Me gusta imaginarme como *Catwoman*, lástima que no pueda conseguir aquí un mono de látex o de cuero negro, lo bordaría. Mmm, el látigo seguro que sí, creo que tienen alguno en las cuerdas. Sólo con imaginarme con el mono, el látigo y el marqués empiezo a ponerme cachonda.

—Estás pensando en algo y no me lo dices —me reprocha.

—Si te lo dijera te escandalizarías.

—¿Implica algo entre tú y yo, desnudos?

—Ajá.

Sus ojos se vuelven lujuriosos, más oscuros, con el deseo impreso en ellos. Y supongo que los míos también.

Así que cuando menos me lo espero, pone una mano debajo del vestido topándose con el intento de bragas. Palpa dónde está el lazo y lo deshace, con lo que me bajan hasta los tobillos.

—¿Qué es eso que llevas? —susurra en mi oreja justo antes de apoderarse de ella con su lengua.

—Se llaman bragas, pero no se inventarán hasta finales de este siglo. No me gusta la ropa

interior de este siglo —explico, cerrando los ojos y abandonándome a sus caricias.

—Entonces no te pongas nada.

Hay que ver, hace dos días me regañaba por no llevar camisón y ahora me dice que vaya sin bragas por la vida. Lo que hace un buen meneo...

—Tendríamos que aprovechar las invitaciones a las *soirées* que tenemos —logro decir mientras su boca no se detiene.

—No es buena idea hacer esto, demasiado arriesgado. Lo mejor será que te quedes aquí, yo me encargaré.

Ja, lo sabía. Ya ha salido el protector. Sé que aun no se estila, pero que las mujeres podemos ser de armas tomar, eh.

—No.

Mi negativa lo fastidia, se le forman unas arrugas en la frente cuando no está de acuerdo con algo.

—No voy a ponerte en peligro —insiste.

—Y yo no voy a quedarme aquí quieta sin hacer nada. No podré dormir ni comer ni hacer nada sabiendo que estás en esa misión suicida. Me necesitas, así que voy a hacerlo y no hay vuelta atrás.

—Eres demasiado tozuda.

—Soy realista. Domino el francés mejor que tú y cuatro ojos ven mejor que dos. Puede que necesitemos ayuda extra.

—No entiendo.

—Necesitamos un mapa del sitio donde se hará la celebración, no soy una memoria externa, así que no me sé los sitios.

—¿Memoria externa?

—Olvidalo. Quiero ir contigo.

Suspira y me observa con sus ojos oscuros, a la par que acaricia mi rostro.

—Me exasperas a veces, pero creo que esto es por lo que te deseo tanto.

Cuando sus besos empiezan a ser intensos me doy cuenta de algo sumamente importante: que ya no hay condones.

¡Mierda! Y ahora, ¿qué hago?

Tiene que haber una solución, las viudas en esa época tenían una vida sexual plena y no se quedaban embarazadas, tiene que haber algún remedio, algo. Porque ir a la farmacia a por condones no es una opción.

—Eduard —digo, intentando cortar el rollo.

—Dime, amor.

—Le he prometido a Blanca que la ayudaría en una cosa.

Sí, le corto el rollo.

¿Me hace gracia a mí? No. ¿Es necesario? Sí. Aparta la boca de la mía a regañadientes.

—Está bien. Suerte que en Barcelona estaremos prácticamente solos, hay demasiada gente a nuestro alrededor.

A mí también me lo parece, pero cuanta mas gente menos posibilidades de acabar encima del marqués. No voy en busca de Blanca, si no que me dirijo a la biblioteca en busca de papel y pluma. Quién tuviera un simple bolígrafo Bic.

A ver, clases de ciencias naturales, volved. El ciclo menstrual de una mujer dura 28 días.

En teoría, si durante estos días reducía la actividad sexual, no habría peligro. Pero no, sé que si se me pone por delante con su cuerpo perfectamente formado voy a caer. Necesito un plan B.

—¿Estás lista? —Oigo al marqués desde abajo.

No, no lo estoy. Corro hasta mi habitación y en un tris pongo los trajes en el baúl, además de todo lo que podría necesitar. Barcelona y una nueva velada nos esperan.

—¡Señorita! —grita Lluís desde el pasillo.

—¡Estoy aquí! —contesto sacando el baúl a rastras.

—¡Son excelentes noticias! Uno de los nuestros nos hará una visita. Acabo de recibir la misiva.

El monje está eufórico, es lo que llevaba esperando todo este tiempo.

—¿Aquí?

—Desgraciadamente tienen asuntos en Barcelona, tendremos que trasladarnos hasta allí.

—No hay problema entonces, porque ahora nos vamos ahí. Tenemos que resolver un asunto importante.

—¿Le ayudo con el baúl?

—Estaría bien, sí.

Tras bajarlo por las escaleras, una Blanca llorosa me intercepta antes de llegar a la salida.

—¿Qué te ocurre? —pregunto buscando uno de esos pañuelos de ropa que ahora tengo que llevar ante la falta de Kleenex.

—Creo que Andreu no me quiere. En el pueblo Mariana va diciendo que se han besado.

Mal de amores, tendría que haberlo supuesto. Caramba con el bandolero, si está hecho un rompecorazones y es solo un *yogurín*. Mierda, ahora se me ha pegado la canción con el mismo nombre de Juan Magan y no se me despegará durante todo el viaje.

—¿Y si miente? *Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces.*

De verdad, el refranero español en estos casos ayuda que no veas.

—Pero ¿y si es verdad?

—Blanca, creo que deberías venir a Barcelona, los hombres a veces no saben lo que se pierden hasta que dejan de tenerlo. Unos días sin ti lo harán reflexionar.

Pues sí, como si de una comitiva real se tratase, con dos carruajes a Barcelona que vamos. En uno estamos el marqués, Hilguero y yo. En el otro, Blanca y Lluís. Yo quería meter a Hilguero con ellos, pero no ha podido ser. La razón es obvia, ¿no?

Durante todo el trayecto Hilguero habla de política, nada raro. Yo lo escucho, tiene algunas ideas muy radicales, pero así es el despotismo ilustrado.

Yo no dejo de pensar en las palabras de Lluís y en que pronto tendré que tomar una decisión. Dos días, puede que solo me queden dos días aquí.

La vida no es justa, conmigo nunca lo ha sido. ¿Qué pasa, que hombre del que me he enamorado está destinado a mí?

También tengo muchas preguntas referentes al portal. Me refiero a que, si lo he atravesado una vez, bien puedo hacerlo otras veces. Ir y volver. Eso sería como estar a una relación a distancia. Distancia de dos siglos.

Por supuesto, sigue flipando, Ana.

Lista de pros para quedarse:

– El marqués.

– El mejor sexo de mi vida.

– La emoción de ser espía.

– No trabajar en el consulado (es una mierda).

– Saber qué pasa en el futuro es una herramienta importante.

– Tiempo para leer (mucho).

Lista de contras para quedarse:

- Puedo cambiar el futuro.
- No comeré *Nutella* nunca más.
- Puedo enfermar y morir con facilidad.
- No volveré a ver una película ni sabré el final de todas las series que he dejado a medias (en *Jane the virgin*, ¿Rafael o Michael? Tendré que vivir con la duda).
- Sexo restringido (falta de métodos anticonceptivos).

Soy consciente de que estoy obrando mal, y lo digo en el sentido de que voy a tener que descubrir a un traidor que, con perspectiva, no lo fue tanto.

¿Qué hubiese pasado si no hubieran echado a los franceses de España? Puede incluso que la invasión rusa no hubiera acabado tan mal.

José Bonaparte quería modernizar España basándose en la razón, la justicia y el poder. Librarnos de un monarca absolutista como Fernando nos haría bien, las guerras carlistas desaparecerían y quien sabe, puede incluso que no llegásemos a tener una guerra civil.

Pero no, no puedo cambiar la historia.

—¿Ana? —Eduard llama a mi puerta mientras estoy leyendo un libro de arquitectura que he sacado de la biblioteca. Más que nada para ver si en los edificios románicos hay planos, pero no, es todo pura teoría.

—Pasa —le digo—. No sé si encontraremos algo en una fiesta. Creo que deberíamos espiar a algunos sospechosos.

—¿Hay sospechosos?

—Hilguero seguro que tendrá una lista, no hay tantos puestos de confianza en Barcelona.

—Le preguntaré. —Me coloca un mechón del cabello rebelde detrás de la oreja y me besa la frente—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, por supuesto.

Me mira suspicaz, intentando averiguar qué es lo que escondo. No, no voy a decirle que mi problema es la falta de condones, aunque ¿debería?

—Voy a hablar con Hilguero.

—Voy contigo. Es que, he tenido una idea.

—¿Qué idea?

—Se supone que el traidor finge estar de parte de Fernando, ¿no? Si le descubrimos, podremos aprovecharnos de ello. Podrían darle la información erróneamente, aprovecharse de ella.

—¿De dónde sacas estas ideas?

Oye, que así ganaron la segunda guerra mundial, mandando información equivocada del desembarco de Normandía.

—Dejémoslo en que en mi siglo hay mucha información.

Su beso rápido se me antoja cotidiano, cercano. No puedo evitar pensar que puede ser el último.

Cuando le contamos la idea a Hilguero, parece gustarle.

—¿Y cómo vamos a descubrir al traidor entonces? —pregunta algo confuso.

—Supongo que debéis tener una lista, son pocos los hombres de confianza que siguen en su puesto.

—De hecho, son tres.

Me sorprendo al oírlo.

—¿Solo tres? Bien, entonces empecemos cuanto antes. Esta noche está la recepción de un comandante que viene de Marsella, ¿no?

—Exacto.

Sólo me falta un equipo de ordenadores, wifi y una semi-automática para estar en una misión secreta de la CIA. Está bien, no tengo las habilidades, ni estoy en el siglo adecuado y sobre todo, nunca he tenido en mi poder un arma, por no saber ni siquiera sé cómo es una semi-automática (sonaba genial en mi cabeza), pero estoy muy motivada, tanto como para estar en una película de James Bond.

—¿Tenéis papel y un mapa de la ciudad? Porque necesitamos un plan —pregunto al marqués y él asiente.

Sé por la manera en la que me observa que está disfrutando esto tanto como yo. Cuando tengo el papel y el plano, localizo la Ciutadella, el lugar donde se hará la recepción.

—¿Para qué necesitamos el mapa?

—Solo hay un camino para llegar, eso nos deja la ventaja de que si cualquiera sale de allí pitando sabemos que solo tendrá una vía de escape y podremos interceptarlo.

—¿Pitando?

Mierda, Hilguero me está mirando raro.

—Significa muy rápido. Un coloquialismo de los pirineos.

Por supuesto, aunque en realidad no tengo ni idea de dónde viene.

—¿Y por qué tendría que salir corriendo?

—Pues para salvar su vida, ¿cómo no! Solo necesitamos hacerle creer que los franceses ya no le necesitan. Yo voy a inculcarle esta idea.

—Sois muy lista pero, ¿cómo vais a hacerlo?

—El espía es paranoico por naturaleza. Supongo que si aun no lo habéis cazado es extremadamente meticuloso y solo entrega la información en mano. Así que no será su primera visita en la Ciutadella.

—¿Pretendes que te muestre el castillo entero?

El marqués frunce el ceño.

—Solo que, después de una charla amistosa, si sabe por dónde ir, será nuestro hombre. Y si ambos fallan en las instrucciones, pasaremos al plan B.

—¿Plan B?

De verdad, ¿cuándo se inventaron estas malditas expresiones?

—Es más largo, pero efectivo. Deberéis comunicar una orden o noticia relevante falsa a cada uno de ellos, la que llegue a oídos de los franceses...

—Será la que le dimos al traidor. Creo que este plan sería mucho más efectivo, pero si queréis tantear el terreno esta noche y obrar vuestra magia sois libre de hacerlo —dice Hilguero finalmente.

—Sería mejor pasar al plan B directamente.

El marqués tiene los brazos cruzados y una mirada inquisitiva puesta en mí. No me da tiempo a replicar, pues alguien llama a la puerta del despacho. Es Blanca.

—Señorita, hay alguien que la espera. Lluís, el monje, dice que es muy importante.

Creo que empalidezco de golpe, pero intento respirar.

—Oh, serán de su orden religiosa. Si me disculpáis.

No me atrevo a mirarlo, por supuesto que no. ¿Qué voy a decirle? ¿Que le he ocultado algo tan importante? Pero soy yo la que debo tomar la decisión, solo yo.

Salgo del despacho con brío, y bajo las escaleras hasta la entrada temblando de pies a cabeza. No sé quienes serán, solo espero que si es el caso, me dejen despedirme.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Blanca cuando llego al último peldaño.

—Sí. ¿Quién ha venido, Blanca? —pregunto en un momento de lucidez.

—Una mujer, no la conozco.

Oh, una mujer. Bien, al menos no es un ejército de templarios.

Pero, ¿en qué estaba yo pensando? Podrían ser peligrosos, incluso esta mujer podría serlo.

Sí, allí esperando, con un vestido parecido al que llevo de color marrón oscuro, el cabello recogido en un moño sencillo y unos ojos grandes y oscuros, está una mujer junto a Lluís. Este último no sonríe, esto es una buena señal. Camino indecisa hasta ella. En cuanto me ve me analiza de arriba a bajo. Un segundo, me suena su cara. Sí, yo la he visto antes...

—¿Ana Capmany? Soy Isabel de la Vega, un placer.

Sorprendentemente me tiende la mano. Y digo esto porque ya me había acostumbrado a las reverencias. La encajo sin dejar de mirarla a los ojos.

—Encantada —respondo.

—¿Podríamos hablar en un lugar más privado? —pregunta.

—Pasemos al salón —le digo—. Blanca, que nadie nos moleste.

—Hablaemos a solas —le dice a Lluís y esto no sé si me asusta o me alegra.

Entramos al salón sin dejar de observarnos la una a la otra. Cierro la puerta para que nadie pueda oírnos. No parece una asesina a sueldo, pero nunca se sabe.

—Tengo algunas preguntas sobre cómo llegaste aquí. Pero antes vas a tener que decirme de qué siglo eres —me dice.

Desconfía de mí. ¿Por qué? No lo entiendo.

—Siglo XXI. Tengo muchas, muchas preguntas.

—Lo supongo. Yo también.

—¿Por qué no te fías de mí? —Decido ser directa, no voy a andarme con rodeos. Esto parece sorprenderla.

—Apareces en un siglo que no es el tuyo, clavando la descripción de los saltos que suelen hacer los Vilain, buscando el libro que quieren desde hace siglos... y luego dices que estás atrapada. Podría ser una perfecta emboscada.

—Por eso Lluís apuntaba todo lo que hago, ¿verdad? —razono en voz alta.

—No tendrías que haberte dado cuenta, pero aun es un aficionado. —Arruga la nariz, no está nerviosa pero se mantiene alerta.

—No trabajo para los Vilain, ni siquiera sabía que existían hasta que Lluís me lo contó. Yo solo quería volver a casa.

Sí, pasado. Ahora... ya no estoy segura.

—Fue muy oportuno, durante la boda de tu prima y después de que tu marido falleciera. Era perfecto, de hecho.

—¿Perfecto? —De verdad, esta mujer es un poco paranoica.

—Sí. Solo que esta vez no fingieron tu muerte.

—No entiendo.

Esta mujer me está hablando en mi idioma, pero no estoy entendiendo nada.

—Todos los agentes de los Vilain cuando son reclutados fingen su muerte. Bien, hagamos ver que te creo.

De verdad, esta mujer es muy pesada.

—Llevo desde mayo sin pisar un *McDonald's*, ver una película o poder hablar con alguien

con normalidad. ¿Sabes lo frustrante que es? Así que, si no te importa, quiero saber cosas de por qué existen los saltos en el tiempo y cómo funcionan.

Entonces se ríe. Sí, suelta una enorme carcajada. La miro sorprendida.

—Vale, no eres de los Vilain.

—¡Claro que no! ¿Tanto costaba de entender?

—Los agentes están muy preparados, además se traen cosas del futuro. Estás demasiado frustrada. Toma.

Del bolsillo saca un trozo de chocolate *Nestlé* y me lo lanza.

—Es... ¡chocolate! Oh, de verdad, no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. —Miro la tableta con auténtica devoción, corto un pedazo y luego me lo llevo a la boca.

Oh Dios mío, estoy saboreando su intenso sabor, su dulzura, me chifla.

—Lo sé, lo sé —dice ella entendiéndome.

—Está jodidamente bueno —digo en voz alta.

—También lo sé. Bien, Ana Capmany, ¿qué preguntas tienes?

—En primer lugar, ¿cómo funcionan los viajes?

—Son lugares específicos, están por todo el mundo. Es un misterio el por qué existen. Lo bueno es que solo se activan con las palabras adecuadas, palabras en latín escritas en dos libros solamente. Uno fue destruido por la Inquisición y el otro nos pertenece a nosotros. Existen copias de ese libro, pero las páginas importantes han sido arrancadas.

—Ya lo vi. ¿Y siempre van al mismo sitio?

—Sí, es el mismo lugar, pero en otro tiempo.

—¿Y cómo sabes el tiempo?

—Al decir las palabras, piensas en algo concreto que está pasando en ese momento. Esto es más complicado de lo que parece. Te diré un ejemplo, si piensas en la batalla del Ebro, te llevará a ese fatídico día.

—¿Y si solo piensas en la guerra civil? —pregunto.

—Entonces podrás aparecer en cualquier día, hora y lugar de los tres años que duró.

—Hay algo que no entiendo. Yo no pensé en nada en concreto.

—A veces son pensamientos muy fugaces, es posible que ni siquiera te acuerdes. Pero hubo algo que te llevó a este año.

—Así que, solo recitas unas palabras, en un sitio determinado y ¡voilà! Apareces en un siglo que no es el tuyo —resumo.

—Exacto. Pero eso no debe ocurrir, para eso estamos los de la orden. Si todo el mundo lo hiciera, las consecuencias de cambiar el futuro serían terribles.

—¿Podemos ir al futuro?

—No, porque no puedes pensar en algo que no ha ocurrido.

—¿Y puedes cruzarte con alguien del pasado que vino antes aquí?

—Sí, ha ocurrido. Solemos evitar esos fatídicos días.

—Vale.

Mi mente piensa con rapidez.

—Perfecto, te lo has tomado mejor de lo que esperaba.

—He tenido mucho tiempo para asimilarlo —confieso.

—Entonces, ya puedes irte a casa —dice sonriendo.

Mierda, mierda.

—De hecho... no estoy segura de si quiero. —Frunce el ceño—. No debo, lo sé, el pasado no puede cambiarse, pero... ha pasado algo.

Su sonrisa la delata. Sabe mucho más de lo que me dice.

—¿Sí?

—Oh, vamos si ya lo sabes.

Por supuesto que sí, apuesto mi brillo de labios a que ha leído el maldito diario de Lluís.

—Vale, lo sé. De hecho, llevo tiempo vigilándote. Sospechaba que no eras de este siglo. ¿No te acuerdas que nos vimos en el mercado?

La bombilla se me enciende. Era la mujer del mercado que me observaba fijamente. Sabía que la había visto en algún otro lugar.

—¡Eras tú!

—Lo era. Me ha sorprendido cómo te has adaptado, cómo has sobrevivido al pasado. Estoy impresionada, de verdad. No te enfades, pero fue divertido vigilarte. Me faltaban las palomitas, todo este asunto con el marqués...

—No me digas que nos viste. ¿Cómo no me di cuenta de que alguien me vigilaba?

—He sido entrenada para esto, no te ofendas. Me encantó cómo le troleaste en el baile con el vestido.

—¿También estabas allí?

—Por supuesto —dice con descaro—. Y cómo le comiste la boca bajo la lluvia.

—¡Dios! Esto es una violación de la intimidad espectacular.

Es como si alguien me hubiese grabado con una cámara oculta. Isabel de la Vega es una cabrona con todas las letras.

—¿Y tú de que siglo eres?

—¿Yo? Vengo de tu año, el presente. No hay más futuro, o al menos no nos hemos encontrado a nadie que venga de un año que no ha pasado.

—Aún estoy asimilando todo esto del tiempo.

—Voy a hacerte una propuesta que seguro no querrás rechazar —dice finalmente cambiando de tema.

Gracias a Dios, porque ya no sabía donde meter la cabeza. Me levanto de la silla al oír esto.

—¿Qué propuesta?

—Que seas uno de nosotros. Verás, los procedimientos para reclutar agentes son lentos, pero si alguien descubre nuestro secreto por accidente, la cosa se acelera. Y andamos faltos de personal, la verdad. Los Vilain nos están pisando los talones.

—¿De veras? ¿Quieres que yo sea... una agente secreta protectora del tiempo? —Estoy alucinando.

¿Esto es real?

—Haces que suene muy molón, pero no lo es tanto. Solo tenemos que procurar que nada cambie y atrapar a los agentes de los Vilain.

—Me vale, suena mucho mejor que trabajar en el consulado.

—La verdad es que tienes una coartada perfecta, prima del marqués. Esto es lo que nos trae más problemas. Y hablando de problemas, tenemos otro y de los grandes.

Se saca un teléfono del bolsillo.

—No tiene cobertura.

—Este sí, no sé cómo lo logra Félix, pero funciona. Mira, este es el árbol genealógico de tu querido marqués.

Una imagen con muchos nombres y ramas aparece en la pantalla.

—¿Está destinado a casarse con otra? Mierda, si en el fondo lo sabía —me lamento.

—No seas *drama queen*, no he terminado. El último nombre es Jorge Claramunt. Falleció en

1794.

No es posible, esto lo convierte en el padre de Eduard.

—El árbol no está completo, es imposible...

—El árbol está completo. Esto quiere decir que tu marqués no debería existir, o no dice ser quien es en realidad.

Incrédula, cojo su teléfono y busco en internet el marquesado de Vilalta. Joder, en todos los sitios dice que la propiedad fue vendida por falta de herederos.

—Esto es raro. Pero tiene sentido. Me acogió sin ni siquiera preguntarme nada acerca de cómo llegué. Solo dijo que había historias sobre gente que había aparecido de la nada. Luego... adivinó que yo venía de otra época.

—Algo oculta, sin duda.

—Me siento algo traicionada. ¿Y si...?

Joder, ¿y si no es quien dice ser? ¿Y si no es el marqués? ¿Y si trabaja para los Vilain? Pero eso es imposible, todo el mundo lo conoce como tal, tendría que haber sido un impostor toda su vida.

—Averígualo. Luego tendremos tiempo para preparar nuestra misión. Ahora tengo que irme, pero volveré mañana. ¿Cuándo estaréis de vuelta en el castillo?

—En principio cuando descubramos quién es el traidor que apoya a los franceses.

—Ah, es verdad. Voy a ponértelo fácil porque me interesa que acabes con lo del marqués cuanto antes. Francisco de Herrera.

—Bien, entonces tendré que ir a esa fiesta y liquidar el tema. O decírselo directamente a Hilguero.

—Como veas. Me voy, dentro de dos días espero verte en el castillo. Ah, y bienvenida a la orden.

Acabamos de conocernos, pero este agarre de mi brazo con su mano me da seguridad.

Tengo miles de dudas en mi cabeza, miles. Subo las escaleras corriendo y llego hasta los aposentos del marqués. Allí está, leyendo una carta frente a su ventada.

—¿Ana?

Cuando pone sus ojos en los míos, estos se vuelven oscuros y frunce el ceño. Sabe que algo no está bien.

—Tenemos que hablar.

Capítulo 9

Volver

Llamadme cobarde, pero no le digo ni una palabra sobre mis sospechas. Sería muy fácil mirarle a los ojos y preguntarle quién es en realidad para disipar mis dudas. Pero tengo miedo, un miedo atroz que me está ahogando. No creí jamás que llegaría a querer tanto a alguien, al límite de plantearme toda mi existencia, mi futuro por él. ¿Y si es un espía de los Vilain? ¿Y si tiene la tapadera perfecta siendo el marqués y no lo es? ¿Y si ha estado fingiendo? ¿Y si ha estado jugando conmigo para acercarse a la orden?

—Tenemos que hablar.

Sabe que algo no va bien, lo noto en su mirada.

—Pareces alterada. ¿Quién ha venido?

—Alguien de la orden.

Sabe que esas palabras entierran un significado más complejo. Se levanta de la silla y levanta mi mentón hasta arriba, mirándome a los ojos.

—¿Te vas? —pregunta con la voz rota.

Y yo me pregunto, ¿se puede fingir ese dolor que reflejan sus ojos? No lo creo, pero demonios, ya no se en qué creer.

—Aun no. Me han reclutado, ¿sabes? Ahora voy a ser una guardiana del tiempo.

Me suena a *Guardianes de la Galaxia*, aunque creo que allí la chica es verde.

—¿Entonces?

—Tengo que completar una misión en este siglo, así que voy a quedarme un tiempo, pueden ser semanas, meses e incluso años, quién sabe.

Se acerca a mi boca y me besa con una pasión desmedida, es un beso de alivio, noto el sabor de la angustia en sus labios y me dejo llevar.

—Si son años, mejor.

Con la excusa de tener que vestirme para la recepción de esta noche, llego hasta mis aposentos más confundida que antes y sintiéndome una verdadera mierda. Por favor, he viajado dos siglos hacia atrás, he sobrevivido al espionaje político, he logrado ser la sensación en una fiesta y lo más importante, no me han pillado. Pero el hecho de que Eduard me rompiera el corazón me causa pavor.

Saco del baúl el polémico vestido negro, esta noche voy a necesitar toda la atención para que mi plan funcione.

El camino hasta la ciudadela lo recorreremos repasando el plan. Hilguero nos ha dicho tres nombres del posible traidor y por suerte el marqués sabe quien son. No es el momento ni el lugar para encararlo, pero cuando volvamos de la fiesta pienso hacerlo.

El carruaje se detiene y el cochero abre la puerta. Pongo un pie fuera, intentando respirar con

normalidad.

—Podemos volver ahora mismo, no es necesario —me dice el marqués en el oído.

—Puedo hacerlo —digo convencida.

Coge mi mano con firmeza y nos adentramos en la ciudadela. Recorremos un pasillo hasta llegar al salón principal. Hay mucha gente, muchas damas vestidas de fiesta, hombres elegantes y también altos cargos franceses. Como en la fiesta anterior, noto muchas miradas puestas en mí, pero el marqués no suelta mi mano en ningún momento.

—Bienvenidos a nuestra recepción. Creo que no habíamos coincidido —se presenta el oficial de mayor rango.

—Solo vengo a Barcelona cuando es estrictamente necesario —responde el marqués.

—¿Es vuestra esposa? —le pregunta refiriéndose a mí.

—Soy su prima, Ana Capmany Beauchamp.

Hago la reverencia a la que estoy acostumbrada.

—Ah, la famosa prima del marqués. Ahora ya entiendo a qué se referían.

Su acento es marcado, pero habla a la perfección el español.

El marqués lo observa con cara de pocos amigos.

—Es una recepción magnífica —comento para quedar bien.

—Gracias, espero que disfrutéis.

Dicho esto, se va para hablar con otros oficiales.

—¿Ves a alguno de los tres objetivos? —pregunto en voz baja.

—Jorge de Lorenzo es el del bigote negro y espeso al lado de la dama vestida de blanco.

—Bien, cuando te guiñe un ojo ven a buscarme inmediatamente.

Él asiente y deposita un suave beso en la palma de mi mano.

—Ten cuidado Ana.

Estoy viviendo una contradicción, pero como dicen, el *show* debe continuar. Con mi mejor sonrisa seductora camino lentamente, teniendo la mirada fija en ese hombre. No le soy indiferente y se acerca a mí.

—La conozco de algo, ¿cierto? Pero no logro saber de dónde.

Qué típico. Y yo pensando que los tíos de mi siglo son poco originales.

—De alguna fiesta, supongo. —Le doy cuerda, es parte del plan—. Aunque no acudo a ellas muy a menudo. Soy Ana Capmany Beauchamp, prima del marqués de Vilalta.

—Jorge de Lorenzo, comisario real. Vuestra fama os precede, prima del marqués.

Me ahorro mi comentario mordaz donde digo que yo no tenía ni idea de quién era. En serio, es todo un orco de Mordor, así coquetear no mola.

—¿De veras? Espero que no sea nada malo.

—Todo lo contrario.

—A veces estas recepciones me aburren soberanamente, la política tiene este efecto en mí, es soporífera.

—No suele ser un tema que las damas prefieran, no.

—Le confesaré algo, he venido exclusivamente para lograr subir hasta arriba del todo de la ciudadela, dicen que hay unas vistas magníficas desde allí a la ciudad. Voy a lograr que algún oficial me acompañe.

—Sois muy atrevida.

—Será la sangre francesa que corre por mis venas.

—Podría acompañarla yo mismo —ofrece con su sonrisa pícara.

—¿Sabría llegar? No quiero perderme en un sitio tan grande como este.

—No se preocupe, sé exactamente cómo llegar.

Mal asunto, este sí podría ser el traidor que estamos buscando. Ladeo la cabeza hasta visualizar al marqués y le guiño un ojo. ¿Con quien está hablando? Es una mujer. Está de espaldas, pero esa melena oscura... se da la vuelta sin perder el contacto visual con él. Ya lo sé, es la tal Dorotea.

—¿Todo bien, prima? —pregunta al llegar hasta nosotros—. Vamos a presentarte.

Me dejo arrastrar por él, justo a tiempo para no tener que ir a ningún lado con el posible traidor.

—Eduard, ¿ocurre algo? No habíamos terminado nuestra charla —incide Dorotea interceptándonos.

—No se encuentra demasiado bien, vamos a tomar el aire —dice él impasible.

—Será mejor que yo vaya con ella, no sería adecuado.

Abre mucho los ojos al decir aquello. Esta piensa que soy una atolondrada como la mayoría de las mujeres aquí presentes y que no me he percatado de lo que intenta. La forma en la que sus ojos oscuros miran lujuriosamente a Eduard no se me ha pasado por alto.

—Es mi prima, debo velar por ella ya que está bajo mi cuidado.

Dicho esto, hace a un lado a Dorotea y salimos de la recepción al patio.

—¿Y bien? —pregunta.

—Podría ser él, sabía como llegar o al menos eso me ha asegurado.

—Los otros dos no los he localizado.

Estamos a la intemperie, solos, pero aun así cualquiera podría salir y vernos. A pesar de esto, se acerca a mí y me roba un beso profundo.

—Podrían vernos. No creo que Dorotea tarde en salir.

—Me es indiferente. No puedo no besarte cuando llevas puesto este vestido. Me dan ganas de atravesar con la espada a todos lo que te miran con deseo.

En este momento estoy hiperventilando, porque si alguien te dice eso a la par que te acaricia el cuello os aseguro que pierdes el control. Pero una vocecita en mi interior me recuerda que podría ser un traidor, como no, la conciencia jodiendo al personal.

—No te pongas celoso. Pues esa mujer no se quedaba atrás contigo. ¿Es la Dorotea de las cartas?

Sé que es ella, pero se lo pregunto igualmente.

—Lo es. Hacía mucho que no la veía.

—Yo la vi en la otra fiesta, creo que le caigo mal.

—Te ve como una amenaza, no es nada personal.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque solo tengo ojos para ti y se ha dado cuenta.

Mi corazón da un vuelto al oír eso.

—Será mejor que entremos y busquemos a los demás.

Nos pasamos un buen rato observando, pero sin éxito. Por desgracia, la pesada de Dorotea vuelve a la carga. Hay gente que no se da por aludida y ella es un buen ejemplo de ello.

—¿Me concede este baile? —dice alguien detrás de mí.

Me giro y veo un rostro conocido, el del vizconde. Noto cómo el marqués lo observa con atención, advirtiéndole con la mirada. Creo que realmente le debo una explicación y ya es hora de que lo haga. En realidad, no le debo nada, pero no estaría de más dársela.

—Por supuesto. —Cojo su mano y me dirige hasta la pista de baile.

—Hacía tiempo que no os veía.

—Es verdad, están pasando muchas cosas estos días. ¿Va todo bien?

No sé muy bien cómo empezar. Tiene el mismo aspecto de siempre, puede que lleve el cabello un poco más largo, pero sus facciones y sus ojos color miel son los mismos.

—Todo lo bien que podría ir cuando tu mejor amigo se gana el corazón de tu enamorada.

Y esto, señores, es un zasca del siglo XIX.

Parpadeo varias veces, pensando en cómo responderle.

—No se lo ganó, fue suyo desde el momento en que le conocí. No hizo nada para ganárselo porque yo misma se lo entregué sin reparos.

Es verdad, no pude hacer nada para evitar enamorarme de él como una colegiala. Si ni siquiera era amable, por favor. Aun me estoy preguntando cómo pasó.

Su semblante se entristece, pero sonrío.

—Nada pude hacer entonces cuando os conocí, ¿cierto? Aun así, debía de intentarlo, no se conoce cada día a una dama como vos.

—Vizconde, estoy convencida de que un día aparecerá la dama que hará desaparecer por completo mi recuerdo y el de todas las mujeres que habéis conocido y ella tendrá ojos para vos.

—Espero que ese bastardo os sepa valorar, porque sino yo mismo le sacaré los ojos —dice refiriéndose al marqués.

Una punzada de incredulidad ante su mención hace que me gire hacia él.

El baile nunca ha sido lo mío, pero seguir al vizconde es fácil y lo logro. Hasta que lo veo. Está de espaldas, vestido con un uniforme que no es francés. Tiene el cabello rubio oscuro. Estoy delirando, la mente me está jugando una mala pasada. Pero, ¿por qué ahora? Ni siquiera los días posteriores a su muerte lo había confundido con alguien ni me lo había imaginado.

Entonces se gira, y veo su perfil. Es el perfil de Charlie, es Charlie. O al menos su doble. Mis piernas me fallan y de golpe lo veo todo oscuro.

El traqueteo del carruaje hace que me despierte. Estoy tumbada dentro de él, apoyada mi cabeza en el regazo del marqués.

—¿Te encuentras bien? Te desmayaste mientras bailabas.

—Sí, estoy bien.

Hago el ademán de incorporarme, lográndolo con dificultad. Dios, no puede ser, debo de habérmelo imaginado. La culpabilidad está haciendo mella en mí.

—Ya estamos llegando a casa.

—Me gustaría volver, tengo que comprobar una cosa.

Tengo que asegurarme, no puede ser cierto.

—Ana, ¿qué pasa? —Fija sus manos en mi rostro intentando adivinar qué demonios me pasa.

—Creo que he visto a alguien de mi siglo. Pero es imposible.

Primero que está muerto y segundo, ¿como iba Charlie a viajar en el tiempo?

—Debes de haberte confundido. Han sido muchas emociones en un solo día, amor.

—Supongo.

Pero el perfil de Charlie no se me va de la cabeza.

Al llegar, me acompaña hasta mi alcoba y me da un beso de buenas noches. Cierro la puerta y me doy un susto de muerte cuando veo a Blanca medio dormida en la silla.

—Blanca, ¿qué haces aquí? —digo cuando la veo.

—Esperaba para desvestirla —contesta con un hilo de voz.

—Dios, qué susto me has dado.

Se levanta de la silla y empieza a desatarme el corsé del vestido.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Ella asiente. Siempre se las hago y nunca me dice que no —. ¿Conociste a los padres del marqués?

—Sí. El padre era un hombre autoritario y muy serio. A su madre no la recuerdo casi, era muy pequeña cuando desapareció.

—¿Desapareció? Pensaba que había muerto.

Vaya, estaba convencida de que murieron o eso me dijo el marqués.

—Oh, seguro que murió, pero nunca la encontraron *muerta*. Mi madre solía decir que se fue igual que vino, como el viento.

—¿Cómo?

Esto es extraño, muy extraño.

—Madre siempre me contaba que fue una boda de cuento de hadas, no podían estar más enamorados. La señora apareció un día por el castillo y el marqués se enamoró de ella nada más verla. Nadie sabía quién era ni de dónde procedía, pero por las historias que le contaba a su hijo y que luego mi madre me contaba, venía de Oz.

Mi cerebro se detiene y, por un segundo, oigo una palabra fuera de contexto.

—¿Oz?

—Sí, eso le contaba a su hijo cuando era pequeño. Madre me contaba también sus historias, las recuerdo perfectamente.

—¿Podrías contarme la de Oz?

Ahora mismo estoy alucinando.

—Sí, por supuesto. Decía que ella provenía de una tierra muy lejana llamada Oz, en la ciudad Esmeralda, donde nadie tenía nunca miedo porque su rey era muy poderoso y sabio. Pero un día, su perro Totó se escapó y cuando lo encontró en una cesta, esta salió volando porque tenía una tela blanca enganchada, hasta que llegó al castillo. Así contó cómo llegó.

Blanca, por fin, acaba de sacarme toda la ropa y me pone el camisón. Le doy las buenas noches y hago que salga de mi habitación.

Claro, ¡y yo he venido montada en un unicornio!

No me extraña que Eduard no me pregunte, supongo que sabe exactamente de dónde vengo desde el principio. Seguro que su madre también venía del futuro, *El mago de Oz* no se estrenó hasta antes de la Segunda Guerra Mundial, lo sé por la película *Australia*.

Me ha mentido o al menos no me ha dicho toda la verdad. Puede que sepa exactamente cómo volver, pero no me lo haya dicho. Puede que su madre fuese una espía de los Vilain y él conozca toda la historia. Puede que él mismo sea también un espía como lo fue su madre. Sí, me estoy montando mil películas, pero aquí hay gato encerrado.

Me levanto de la cama y, sin dudar, voy hasta los aposentos del marqués. No puedo dormir, la duda me carcome. Tengo que enfrentarme a él, tengo que ser valiente y no dudar.

Abro la puerta y me deslizo entre la oscuridad hasta el extremo de la cama.

—¿Eduard? Soy Ana.

Se incorpora y hace que me meta dentro de la cama en cuanto escucha mi voz. Me da la sensación de que me estaba esperando.

—¿Te encuentras bien?

Es la hora, tengo que decírselo, tengo que enfrentarme a él. Y si tiene que pasar lo peor, que pase. Suspiro, intentando contener esas estúpidas lágrimas que quieren salir.

—No. Confié en ti, ¿sabes? Te dije que venía del futuro aun cuando no podía decírtelo — empiezo a decirle indignada—. Te lo conté todo sobre mí, me he enamorado como una tonta y ahora...

Tengo un nudo en el estómago y noto cómo las lágrimas luchan por brotar de nuevo.

—Ven aquí.

Hace ademán de abrazarme, pero lo rechazo.

—Oz. ¡No soy estúpida!

—¿Sabes dónde está Oz? —inquieta, y su cara se ilumina.

—Oz no existe, es un sitio inventado, solo que no se ha inventado aun. Podrías haberme dicho que tu madre también venía del futuro —le reprocho—. Dime la verdad, ¿estás con los Vilain?

Aguanto la respiración al hacerle esa pregunta.

—¿Qué? Por supuesto que no. No sabía de su existencia antes de que Lluís nos hablase de ellos. ¿Qué pensabas? ¿Que yo venía del futuro?

—Era una posibilidad. Eduard, no deberías existir.

Me enjugo las lágrimas con el puño del camisón.

—No lo entiendo.

—En el futuro, no existes. El marquesado en teoría terminó con tu padre, quien murió sin descendencia. Eso es lo que debería pasar.

—Pero existo.

—Existes porque tu madre viajó al pasado, se casó con tu padre y te tuvieron a ti. Tu sola existencia está cambiando la historia, ¿entiendes?

—Entiendo. ¿Sabes dónde puede haber ido mi madre? Tengo que confesarte algo y puede que no te guste.

—Dime.

—Mi madre apareció igual que tú, salió de la chimenea. Venía del futuro, ahora lo sé. Pero un día desapareció y me dejó una nota diciendo que debía volver al que era su hogar. Cuando tú apareciste, supe que provenías del mismo lugar que ella así que te ayudé pensando ...

—Que podrías venir conmigo para buscarla —deduzco.

—Enamorarme de ti no formaba parte del plan, en realidad quería evitarlo a toda costa porque sabía que volverías al igual que hizo mi madre.

Al oírle decir esto se me parte el corazón. Me acurruco a su lado, sintiendo su respiración acompasada a la mía. En este momento siento algo de rabia hacia esa mujer y al mismo tiempo, pena. No puedo evitar comparar su situación con la mía pero, ¿volver dejando a su hijo? ¿Quién en su sano juicio hace esto?

No es aun de día, pero está amaneciendo. No he podido pegar ojo en toda la noche dándole vueltas al hecho de que el marqués no debería ser el marqués. También me reprocho a mí misma ser demasiado confiada. Quiero decir, estoy en un siglo ajeno al mío, no conozco a nadie y me trago todo lo que un supuesto marqués me dice. Si voy a ser una guardiana del tiempo no puedo ser tan confiada, debo dudar de todo el mundo. ¿Cómo no se me ocurrió preguntar antes? Y más a Blanca, por favor, que me lo cuenta todo.

Deduzco que, al ser solo cuentos infantiles, no le daría importancia ni ella misma. Es aquí cuando me doy cuenta de que a veces poseemos verdaderas joyas de información sin darnos cuenta y Blanca es un ejemplo. Demonios, si le hubiese preguntado desde un principio podría haberme ahorrado todo este drama y este sin vivir, con lo fácil que era. Debo decirle a Blanca que mantenga en secreto todas esas historias, porque si por casualidades de la vida pasan de generación en generación, Frank Baum puede que sí la escriba, pero a lo mejor ya será un cuento popular en España para entonces y la habremos liado.

También llego a una apabullante conclusión y es que puede que mi relación con el marqués vaya demasiado deprisa. Es la única razón por la cual mi mente se imaginó a Charlie ayer en la fiesta. Creo que mi conciencia me está avisando de que estoy siendo muy desconsiderada con la memoria de Charlie. Al fin y al cabo, le quería lo suficiente como para casarme con él, estaba dispuesta a pasar el resto de mi vida a su lado -puede que exista el divorcio, pero esto no lo piensas cuando te casas-, no es justo que ahora me diga a mí misma que aquello no pasó por el mero hecho de estar en el pasado.

No pienso que rehacer mi vida sea traicionarle, no es eso. Pero sí el hecho de pensar que no le había querido tanto como a Eduard.

No es justo, él está muerto y merecía haber sido amado con la misma intensidad, con el mismo desasosiego y hasta perder la razón. ¿No me esforcé lo suficiente? No sé si dependía de mí o simplemente ... la vida así lo ha querido.

Siento sus brazos cálidos junto a mí mientras mi conciencia libra una batalla interna. La culpa está ganando, y esto hace que se forme un inmenso vacío en mi interior que no sé cómo tapiar. Necesito helado, montones de helado que no tengo en este siglo. Mierda.

Con cuidado de no despertarlo, me deshago de su abrazo y cuando estoy a punto de salir de la cama, noto cómo sus manos me agarran de los hombros deteniéndome.

—No te vayas —dice en voz baja a modo de súplica.

En el fondo de mi ser tampoco quiero irme, deseo tanto como él estar como antes, cuando mi única preocupación era no tener condones. Mierda pura, esto es lo que es tener conciencia.

Co el corazón en un puño, me tumbo otra vez a su lado, acercando mi rostro las suyo con la cabeza apoyada en la almohada.

—Siento no habértelo contado antes —se disculpa.

—Deberías haberlo hecho.

—¿Cómo lo has sabido?

—Blanca me dijo todo lo que sabía sobre tu madre. El cuento que tu madre te contó es famoso en el futuro.

—¿Sabes dónde puede haber ido?

—Tu madre volvió, es la única versión que tiene sentido, si no está muerta, claro.

—Mi madre apareció igual que tú, salió de la chimenea. Venía del futuro. No entiendo por qué volvió. Tenía a mi padre, me tenía a mí.

Por primera vez su voz es suave y sé que está abriendo su corazón al expresar eso en voz alta.

—Supongo que no pertenecía a ese siglo, es muy duro cuando no tienes tantas cosas en tu día a día porque no se han inventado. Me pregunto de qué año vendría tu madre.

—Mira.

Sale de la cama y de la cómoda de su habitación saca un anillo. Vuelve a sentarse a mi lado y me lo entrega.

—¿Pertenece a tu madre?

Es un anillo de oro, parece una alianza. Miro con detenimiento la inscripción que hay dentro.

—Sí. La fecha no tenía sentido, pero ahora...

—Antonia y Pol, 12-07-1935. Tu madre ya estaba casada antes de... casarse con tu padre. O después, depende de cómo lo mires.

Pienso en que si retrocedes en el tiempo...buf, mejor dejarlo.

—Es más de un siglo —dice preocupado.

—Sí. Verás, España ya nunca será un gran imperio. En Europa, antes de 1940, habrá dos

guerras mundiales muy crueles y sangrientas porque las armas habrán evolucionado y serán muy potentes. También existen aviones y coches, que son como carruajes que funcionan solos y que vuelan. Tengo fotos de mi tiempo en el móvil, para que te hagas una idea. —Lo saco del bolsillo del camión y lo enciendo. Aún tengo 51% de batería.

—¿Qué es eso? ¿De qué tiempo eres tú?

—De 2017, dos siglos de diferencia es mucho.

No para de tocar el teléfono, de mirar las imágenes que tengo en la memoria. De preguntarlo todo.

—Mi madre... podría hasta haber tenido otros hijos. No lo había pensado nunca.

—No lo creo probable, pero sería posible. Verás, se casó en 1935 y al año siguiente estalló la guerra civil en España, que duró hasta 1939. Fueron unos años muy duros, la gente se moría de hambre. Y justo después hubo la Segunda Guerra Mundial, en la que por suerte no entró España.

—El futuro no suena muy prometedor, al menos tal y como lo estás describiendo. Tantas guerras... ¿Ha merecido la pena?

—Las guerras nunca merecen la pena. Poco a poco, la calidad de vida ha ido mejorando, la ciencia ha avanzado y hay más cultura en general. Pero es muy tarde para filosofar y estarás cansado.

—No más que tú. ¿Sabes? Antes de tener esta conversación, tenía planeado ir contigo para buscarla. Estaba convencido de que tenía una muy buena razón para haberme dejado aquí. —Se levanta de la cama; nunca lo había visto tan vulnerable.

—No creo que hubiese sido una decisión fácil, quiero decir, eras su hijo. Hay cosas que se nos escapan de las manos, mírame a mí. Estoy aquí sin comerlo ni beberlo. Pero podría haberte llevado con ella.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé, pero será mejor que vuelva a mi habitación porque ya está amaneciendo. Mañana lo hablamos.

Asiente y después de besarle en la mejilla, a tientas y con cuidado de no hacer ruido, vuelvo a mi alcoba. En el momento en que me tumbo en la cama me quedo dormida.

Hilguero está bastante satisfecho con la información, o eso nos dice a la mañana siguiente cuando nos reunimos con él en el despacho.

—Partiré de inmediato, debo poner sobre aviso al príncipe —dice.

—Me alegro de haberos servido de ayuda —dice el marqués.

Después de esto por fin, se va. Espero de verdad no tenerlo que volver a ver, tengo Hilguero suficiente para esta vida y otra.

—¡Un problema menos! —exclamo cuando sale del despacho.

—Tenemos que hablar de lo de anoche.

Asiento, pero sin saber muy bien qué decirle.

—¿Por qué no me dijiste lo de tu madre? —le pregunto.

—No hay nada que hacer, ella volvió a su tiempo. No es un reino lejano o de fantasía, es el futuro —dice resignado.

—Aun así, deberías habérmelo comentado. Me estuve comiendo la cabeza sobre quién podías ser y de dónde habías salido —confieso.

—Podrías haber preguntado.

—Tenía miedo de lo que me ibas a responder —admito sincerándome—. De todas formas, creo que deberíamos tomarnos esto con calma.

—Es lo que estamos haciendo.

¿Pero qué dice?, si estamos haciendo lo opuesto. Si vivimos bajo el mismo techo y mudarse bajo mi perspectiva es un paso importante en una relación.

—No sé yo. Todo es muy incierto, ¿quién sabe qué pasará ahora? Tengo que avisar a Isabel. Tengo que ayudarles en una misión y....

Antes de continuar me planta un beso de los que te roban el aliento y te hacen olvidar lo que estabas diciendo.

—A veces deseo irme contigo, a cualquier otra parte, sin deberes ni protocolos ni nada que nos impida estar así.

¿Y qué hago yo? Besarlos, por supuesto. No es momento de pensar en el pasado, ni en el futuro. Quiero vivir sin ser atormentada por recuerdos o por la culpa.

—Yo también.

De veras, así no se puede una enfadar ni discutir si te besan de esta manera.

—¿Y qué hacías viviendo en Edimburgo? En tu siglo —pregunta después de que me quede medio lela.

—Trabajar en el consulado español de allí. En mi siglo hombres y mujeres trabajan por igual. —Se sorprende al oír esto.

—¿Y en qué consistía tu trabajo?

—Papeleo de españoles que vivían allí. Inscripciones en el registro, documentos de identidad, también negocios que se hacían... nada complicado. Cuando terminé la universidad encontré el trabajo y como me apetecía viajar, acepté.

—Tú... ¿fuiste a la universidad?

—Las mujeres desde 1889 aproximadamente podemos ir. Nos costó lo nuestro, pero lo logramos. Y sí, estudié económicas.

—Sabía que eras una chica lista. Cuéntame más cosas, quiero saberlo todo sobre tu vida.

Parece fascinado con cada cosa que le cuento, aunque me da la impresión de que no puede imaginarse ni la mitad de las cosas que le explico, sobre todo cuando llego a la parte de las nuevas tecnologías.

—Estaba en la boda de mi prima Patricia, tu castillo en mi siglo tiene esta función, en él se celebran bodas y otros eventos. De allí hasta Barcelona se tarda media hora a lo sumo.

—Me acuerdo de la cara que pusiste cuando me viste por primera vez. Tenías los ojos muy abiertos y estabas boquiabierto, no dabas crédito.

—Para no estarlo. Pensé que eras un hippie con esas melenas.

—¿Acaso en tu siglo los hombres no tienen cabello?

—Depende de cuáles, pero no lo llevan tan largo ni por asomo, solo los hippies y los imitadores de David Bisbal en su época.

—¿Hippies?

—Son... —¿Cómo leches le explico yo qué es un hippie?— gente que va a contracorriente, más o menos.

—¿Te casaste allí tú también?

La pregunta hace que se me remueva todo. No había hablado de Charlie con él, al menos no desde que empezó nuestra relación.

—No, no. Yo... en realidad no tuve una gran boda. ¿Sabes? Ni siquiera mi padre ni mi prima sabían que me había casado. Una mañana Charlie se puso insoportable con la idea de casarnos y accedí. Fue en el juzgado, sin celebraciones ni nada.

—Pero, ¿acaso no os casáis en la iglesia?

—Puedes casarte por la iglesia o por lo civil . Creer o no en Dios es opcional. Y la inquisición hace años que dejó de existir, por suerte.

—Tu siglo cada vez me parece más atractivo. Entonces, ¿por qué te casaste en secreto?

—No lo hice en secreto, solo que fue muy precipitado, pensé que era un capricho de Charlie y yo... sonará tonto y estúpido, pero siempre he querido casarme a lo grande, ¿sabes? Ir hasta el altar acompañada de mi padre, que me tiren pétalos al salir de la iglesia, el baile nupcial, cortar la tarta ... así que pensé, si yo cedo en esto, luego podré convencerlo de hacerlo bien.

—No suena tonto o estúpido, es normal que quieras una boda de verdad.

—Es igual, hay cosas más importantes que tener una gran boda.

Prefiero mil veces estar con él que casarme con cualquier otro.

—Aun estás a tiempo —dice el marqués acercándose a mi cuello.

—Estoy resignada, no habrá mas bodas para mí.

Sus besos empiezan a recorrer mi cuello haciendo que me estremezca.

—Cásate conmigo.

—Mmm. —Reacciono un poco tarde a sus palabras. Abro los ojos de golpe y frunzo el cejo —. ¿Perdona?

—Que te cases conmigo.

Me mira a los ojos y, cogiendo mi mano, desliza sobre el dedo del medio un anillo.

Ay madre mía. Esto no es real, no puede ser real. Creo que mi imaginación se ha vuelto loca, en serio, creo que el sueño se está haciendo ya demasiado largo. Primero el viaje en el tiempo y ahora esto. A menos que esté en coma, entonces puedo soñar de por vida hasta que me desconecten.

No me atrevo a pellizcarme.

¿Y si estoy sin querer en una escena tipo esa película de Leonardo DiCaprio que entran y salen de los sueños como si nada? *Origen* se llama.

Esto no es un anillo, es un pedrusco enorme, del tamaño de una almendra y con la misma forma. ¿De dónde habrá sacado este diamante?

—Yo... ¡esto es del tamaño de un meteorito! No puedo aceptar esto —digo sin parar de observarlo.

—Por supuesto que sí.

—Pero, ¿de donde lo has sacado?

—De entre las joyas de la familia. Creo que lo llevaba mi abuela.

—Es precioso.

Ay no, esto no puede estar pasando, me estoy enamorando del anillo. Pero demonios, nunca me habían dado ninguno. Es tan bonito y tan brillante...

Retiro lo dicho, ¿qué puede haber mas importante que te regalen un anillo y quieran casarse contigo con todas las de la ley?

—Entonces, ¿vas a casarte conmigo? —repite la pregunta por tercera vez.

Por fin lo miro a los ojos, estoy deseando gritar que sí, que es algo que me encantaría hacer, pero la maldita conciencia hace de las suyas.

—Te quiero. Nunca había querido a nadie como a ti, te quiero tanto que hasta me duele. Me encantaría casarme contigo y sé que podría pasarme en resto de mi vida junto a ti. Pero es algo que ahora no puedo prometerte.

—Lo sé. Pero si pudiéramos hacerlo, ¿lo harías?

—Claro que sí.

Después de decirme que me lleve el anillo puesto, salgo del despacho con la intención de

ponerme en contacto con Isabel. A esto se le llama chantaje emocional porque no paro de pensar que le sienta muy bien a mi dedo.

Estoy revoloteando por el pasillo, dándole vueltas el hecho de que me han propuesto matrimonio -sí, otra vez y esta con anillo incluido- y que hay una parte de mí que está saltando de la emoción y otra más amargada que me dice que esto no puede salir bien, cuando me encuentro a Lluís detrás de una puerta. ¿Qué está haciendo? ¿Está mirando algo? Sí, la puerta está entrecerrada y por el pequeño hueco observa algo. Camino silenciosamente hasta quedarme a una distancia prudencial.

—Lluís, ¿qué hacéis?

Al oírme se sobresalta y empieza a ponerse rojo y muy nervioso.

—Nada, nada.

Desconfiada, me asomo y veo que dentro está Blanca, debe ser su habitación.

—¿Estabais espionando a Blanca? —pregunto.

—¡No! Solo ... —Le cuesta hablar, pero al fin lo hace—. La observaba.

—A eso se le llama espiar ¿Por qué razón? Ah ya lo sé. Te gusta Blanca —le digo con una sonrisa pícaro.

—Soy un novicio, ¡por el amor de Dios! No debería gustarme —dice más para sí mismo.

—Pero te gusta. Creo que si no te rapases la calva y dejases el hábito, tu presencia ganaría mucho. Al fin y al cabo estás en una misión, ¿no deberías ir de incógnito? Si la gente de los Vilain te ve nos descubrirás enseguida con tu ropa.

Lo que estoy diciendo es una soberana tontería, pero tiene sentido y necesita una excusa para vestirse normal. Si por mi fuera lo vestiría con vaqueros y chaqueta de cuero, pero me conformo con que se saque el hábito.

—Podríais tener razón.

—*El hábito no hace al monje*, o eso dicen. En fin, venía para pedirte que te comuniques con Isabel.

—Ah, esta mañana me ha llegado una carta, es para vos.

Del bolsillo se saca un sobre y me lo entrega. Rápidamente lo abro, Isabel nos espera en el castillo del marqués.

Capítulo 10

En tierra hostil

Quizás si no fuera una inconsciente todo habría sido distinto, me hubiese quedado en el salón principal en la boda de mi prima, no hubiera viajado al pasado, no me habría enamorado locamente del marqués y no habría aceptado ser una agente de la orden de la Trapa.

Pero aquí estoy, de vuelta en el castillo, esperando a que Isabel llegue y empiece la instrucción.

Por fin las puertas de la biblioteca se abren y entra ataviada con un vestido azul marino y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ana! El pequeño novicio me ha contado que tienes novedades. —Se apresura a cerrar la puerta y se sienta en una de las butacas.

—La madre del marqués era una viajera en el tiempo. Mira su anillo.

Le alargo el que Eduard me dio y lo observa con detenimiento antes de hablar.

—Esto lo explica todo. ¿Qué pasó con ella? —pregunta.

—Desapareció. Puede que volviera, puede que realmente muriese... ¿quién sabe?

—Desde luego, la orden no tenía ni idea de su existencia.

—¿Qué pasará con el marqués?

Tengo el corazón en un puño al hacer esta pregunta. Por favor, por favor, yo nunca le he pedido nada a Dios, al menos nada importante, así que si pudiera ser algo bueno...

—Tendremos que traerlo al siglo XXI, por supuesto.

Una sonrisa se me ensancha de oreja a oreja. No puedo creerlo, tanta preocupación para que luego me digan eso.

¡Estoy pletórica!

—¿Y tendremos que simular su muerte o algo parecido?

—Ay no, nena. Es más sencillo que simulemos un viaje en algún navío que esté destinado a naufragar y ale, muerto para el mundo. Pero antes, debemos completar una misión en este año y con el marqués, tenemos la coartada perfecta.

—¿Qué misión?

Esto de ser un agente secreto me gusta y mucho. Capmany, Ana Capmany, ¿tendré licencia para matar?

—Los Vilain han logrado que Napoleón les tenga en una estima especial, debido a sus ansias de dominio y a que le han prometido el oro y el moro.

—Tengo una pregunta, ¿si fracasan en una misión, no podrían ir hacia atrás en el tiempo una y otra vez hasta lograrlo?

—No porque se encontrarían a ellos mismos y es peligroso coincidir en el mismo tiempo.

—Entonces, una vez apareces en el pasado, dejas huella para siempre aunque puedas volver otra vez en el mismo instante.

—Sí, pero vuelves con tu yo futuro, pues tu yo pasado está en el pasado, ¿entiendes?

—Eso creo.

—Hace siglos que la orden está luchando contra los Vilain para que el pasado no pueda cambiarse, es como un juego de damas eterno y ahora eres un nuevo jugador. Hay reglas en este tablero que debemos cumplir.

—Ahora soy una de las damas. Me gusta.

—Los Vilain planean que España pierda contra Napoleón, eso significaría que controlarían el territorio y que podrían cambiar no solo la historia de España sino también la de todo el mundo.

—La derrota en España dicen que fue una causa en la derrota contra los rusos.

—Eso dijo el mismo Napoleón. No podemos dejar que se apodere del mundo.

—¿Y qué hay que hacer?

—Los Vilain intentarán entregarle a José Bonaparte algunas de las estrategias que realizarán las ciudades de Cataluña para echar a los franceses. Hay que impedir que estos documentos lleguen a manos de los franceses.

—¿Sabes quiénes son los agentes de los Vilain?

—A algunos los tengo vistos, sí, pero hay otros que son nuevos y no los tengo localizados. Mañana habrá una recepción de José Bonaparte, que pasará por Barcelona antes de llegar a Madrid. Creemos que es allí donde le entregarán las estrategias.

—¿Hay una puerta cercana que no sea la del castillo?

—Hay varias en Barcelona, pero la recepción es en casa del marqués de Vilallonga.

—Yo he estado allí, seguro que estamos invitados. El marqués tiene amistad con ellos.

—Contaba con ello. ¿Crees que el marqués estaría interesado también en participar en esta misión?

—Sin duda alguna. Lo que no le va a gustar es que yo participe. Aunque diga que sí, eso de la igualdad aun no lo domina.

—Ya me imagino —dice comprensiva—. Me costó años hacerle entender eso mismo a Félix. Me suena su nombre, creo que ya lo había mencionado antes.

—¿Félix?

—Es otro agente y... mi novio ahora —dice tímidamente—. Lo salvaron sin querer en el año 1973 durante la explosión en que murió Carrero Blanco así que lo trajeron a este siglo y lo reclutaron como agente. Resultó ser un genio informático, gracias a él tengo conexión a internet en cualquier siglo. Me explicó que estos teléfonos son como satélites independientes en los que tiene clonada una gran cantidad de información que puedes encontrar en la red de nuestro siglo, aunque no toda, pues la memoria es limitada.

Lo cierto es que no me imagino al marqués navegando por la red frente a un ordenador. Madre mía, cuando lleguemos creo que tendré que enseñarle muchas cosas...

—Voy a tener que ir a hablar con el marqués para explicarle todo esto.

—Bien, estaré en la biblioteca ultimando los detalles del plan. ¿Dónde está la puerta?

—¿La puerta del tiempo?

—Sí.

—En la chimenea del comedor. Espera, ¿vas a volver al futuro ahora?

—Dentro de un par de horas, necesitamos material para la misión. Ana, sé que quieres volver y decirles a todos que estás viva y bien, pero mañana podremos hacerlo. Esta noche hay que terminar la misión —dice Isabel tan campante.

—Está bien. —Me resigno y salgo de la biblioteca en busca de Eduard.

Antes de entrar en su despacho me encuentro frente a frente con el bandolero, ya recuperado. Se me había olvidado totalmente que seguía en el castillo después de haber jugado a médicos con

él -en el buen sentido, no penséis mal que le salvé la vida, ¿eh?-. Al verme abre los ojos con sorpresa.

—¡Vaya! No pensé que hubiese vuelto, me dijeron que habíais partido hacia Barcelona.

—Partí, pero volví —respondo—. Veo que ya estáis mucho mejor, me alegro.

—Gracias a vos, os debo la vida. Creedme, cualquier cosa que necesitéis, allí estaré —dice seriamente.

Ahora un bandolero tiene una deuda conmigo, válgame Dios, solo me faltaba esto.

—Era lo que tenía que hacer.

No soy médico, pero si lo fuera podría haber mencionado el juramento hipocrático como en las películas cuando tienen que salvar al malo malísimo. También os digo que, si la bala hubiese tocado algún órgano u otra cosa mas difícil, ya estaría criando malas.

—Aun así.

—Blanca también me ayudó mucho, no se separó de vos.

A ver si el bandolero espabila un poco, porque si no el novicio Lluís va a pasarle por delante, que a aquel lo veo yo muy lanzado. Pero no voy a meterme en triángulos amorosos, no señor.

—Blanca es una gran amiga.

Uy, pobre Blanca. No tienen ninguna oportunidad con el bandolero cuyo nombre no recuerdo. Ah sí, Andreu.

—En fin, nos vemos por aquí, Andreu. Voy a hablar con el marqués.

—¿No tendréis problemas por mi culpa? —dice preocupado.

—¿Por vuestra culpa?

No entiendo.

—Por haberme quedado aquí recuperándome.

—No os preocupéis, el marqués... —Iba a decir que es un amor, pero rectifico—. Es muy buena persona.

—Cuando lo vea tendré que agradecerle.

—Buena idea.

Antes de que diga algo más, camino hasta las escaleras y las subo con apremio. Tengo que hablar con Eduard, estoy eufórica, quiero decirle que todo saldrá bien, que ya no tenemos que preocuparnos sobre si nos volveremos a ver. Abro la puerta de su despacho y cuando veo quién esta ahí parada, con un escote excesivo y un perfume que tumbaría hasta un elefante de lo potente que es, me pongo de mala leche.

—Buenas tardes —digo haciendo una de esas odiosas reverencias.

—Buenas tardes, querida. ¿Os encontráis mejor? La última vez que os vi estabais algo... indispuesta.

Pero qué zorra, la última vez estaba pegada como una lapa al marqués. A mí marqués. No puedo disimular mi cara de mala leche, pero eso es lo que su presencia me provoca.

—Estoy perfectamente recuperada. ¿Qué hacéis aquí?

Además de acercarse demasiado a Eduard, claro. Dios, me estoy volviendo una de esas celosas compulsivas, esto no puede ser.

—Pedirle consejo a vuestro primo, ahora que me he quedado viuda debo invertir el patrimonio y lo cierto es que no tengo idea de cómo hacerlo.

—Yo os aconsejaría que contrataseis a un administrador de confianza. Es extraño que vuestro marido no tuviese uno.

Por favor, por supuesto que tiene uno, solo necesitaba una excusa creíble para venir.

—También murió.

Ja, y yo soy la reina de Saba. ¿Se puede ser más mentirosa? Se puede, por supuesto, pero es una manera de hablar.

—Es exactamente lo que yo le he aconsejado. Mi querida prima es la mujer más lista que conozco. —dice el marqués sentado en su escritorio, y por primera vez alza la mirada dejando de escribir algo y guiñándome un ojo.

Ay que me derrito, en serio.

—Volveré en otro momento para que sigáis aconsejándome, marqués. Querida, nos vemos pronto.

Después de la reverencia de turno, sale del despacho.

Mejor que no vuelva, que capaz soy de hacerle alguna de las mías. Esa Dorotea es una mosquita muerta y quiere cazar al marqués ahora que se ha quedado viuda. No la culpo, está más bueno que la *Nutella*, pero es mío.

Justo cuando cierra la puerta, me acerco a Eduard y le plantifico un beso de tornillo. Me mira sorprendido.

—¿Ocurre algo? —pregunta poco acostumbrado a mis muestras de efusividad.

—Sí, ha venido Isabel, de la orden de la Trapa.

—Son buenas noticias, ¿cierto?

—Son las mejores. Pero antes voy a decirte lo que menos te va a gustar.

Sus ojos oscuros me atraviesan el alma y hacen que suspire más de lo normal.

—Empieza mujer, que no sé qué pensar.

—Ahora que voy, o mejor dicho, vamos a ser protectores del tiempo, tenemos una misión. Esta noche.

—¿Otra vez jugando a ser espías?

—Esta vez se trata de los Vilain, hay que impedir que les den unos documentos a José Bonaparte para que no ganen la guerra.

—Entiendo. Y será en la recepción de esta noche.

—Sí.

—Sabes que iré contigo, ¿verdad? Y no dejaré que corras ningún riesgo —dice convencido de ello.

—Lo sé, lo sé. ¿Vas a dejar que te diga la buena noticia?

—Estoy desenado oírla.

En realidad, no sé cómo se lo tomará.

—Dado que no tendrías que existir en este siglo, tendrás que desaparecer.

Pone mala cara. Mierda, puede que la noticia para mí sea genial, pero para él...

—¿Desaparecer?

—Desaparecer de este siglo. Así que tendrás que venir al mío.

Se queda pensativo durante unos minutos.

—¿Me estás diciendo que deberé viajar hasta el siglo XXI? ¿Que tendré que vivir en el siglo XXI?

—Sí. ¿No te parece bien? —indago ante su falta de expresión en el rostro.

Jodido marqués témpano de hielo, ¡siempre me hace lo mismo!

—Me parece algo extraordinario —dice riéndose—. ¿Estás hablando en serio?

—¡Por supuesto que sí! La orden lo aprueba y no es la primera vez que lo hacen.

Entonces es él quien accede a mis labios y me besa apasionadamente, agarrándome la nuca y apretándome contra su cuerpo.

Empiezo a sentir que mi interior de derrite cuando empieza a acariciarme la cintura, a desabrocharme la tira delantera del vestido hasta empezar una hilera de besos desde mis labios hasta el cuello, continuando por el escote. Acaba de desabrochar la cinta y saca de mi camisola uno de mis pechos, que acaricia para luego llevárselo a la boca.

—Amor, no puedo resistirme a ti.

—Yo tampoco. —Confieso cuando me muerde el pezón y suspiro de placer. Mi sexo palpitante reclama atención y sé que en cualquier momento la va a tener—. Dime si te parece bien.

Alza la vista hacia mi cara y sonrío.

—Sabes que con tal de estar contigo te seguiría hasta el fin del mundo, ¿verdad?

Aliviada, cierro los ojos y hago que continúe ese delicioso placer que me hace sentir. Estoy muy excitada, tanto que recorro mis manos hasta llegar a su pantalón e intento quitárselo sin mucho éxito.

—Espacio amor, quiero saborearte como te mereces.

Él mismo se baja los pantalones quedándose en calzoncillos. Esos calzoncillos largos que más bien parecen un bañador ancho.

Deja libre mi otro pecho y relame la aureola, lo chupa con intensidad mientras sus manos se meten por debajo de la falda del vestido.

Maldito vestido, ¿quién llevase minifalda ahora mismo? De un plumazo me quita las aspirantes a bragas y acaricia la entrepierna, recreándose en mi centro de placer.

—Me pones... quiero decir que me excitas. Mucho —recalco cuando uno de sus dedos entra en mí.

—Eres la tentación hecha carne.

Hace que me siente en su mesa, su aliento me embriaga y siento cómo su miembro se coloca en mi entrada.

—Hazlo —suplico.

Sin dudar, de una estocada, entra en mí, arrancándome un gemido de placer y haciendo que deba ponerme la mano en la boca. No es que antes no hubiese tenido sexo del *aquí te pillo aquí te mato*, pero nunca había sido tan fluido. Ahora entiendo eso que se dice de *duro contra el muro* y esas cosas.

—Si sigues gimiendo así no respondo de mis actos —susurra en mi oído.

—No respondas —lo aliento, forzándole a salir y a volver a entrar con la misma fuerza.

En un vaivén de sensaciones, pronto noto cómo mi orgasmo está a punto de explotar y se lo hago saber.

—Eres increíble.

Después de correrme me besa en la frente dulcemente.

¡Mierda, mierda pura!

Sabía que pasaría, sabía que en algún momento mi juicio se nublaría y me olvidaría del jodido condón. Entro en pánico y me quedo quieta, sin decir palabra.

—¿Ana? Dios, ¿te he hecho daño? Lo siento, amor.

Me abraza, haciendo que vuelva al presente.

—No, estoy bien. Es solo... nada.

Tengo que decirle a Isabel que me traiga la maldita pastilla del futuro, porque aun no estoy lista para tener mini marqueses, no señor.

—¡Blanca!

Llevo desde que he salido del despacho del marqués buscando a Isabel, pero no la encuentro.

Llamo a Blanca cuando la veo caminando por el pasillo.

—Oh, señorita. Estaba buscándola.

Tiene las mejillas sonrosadas, ¿qué estaría haciendo? No quiero ser malpensada.

—¿Has visto por aquí a Isabel? Mi amiga de Barcelona.

—Hace rato que no sé de ella.

Mierda, ha vuelto ya al futuro. ¿Y ahora qué leches hago?

—Menudo contratiempo.

Entonces se me ocurre una idea. En todas las novelas históricas que he leído las señoritas tienen un apoyo incondicional de su dama de compañía, en mi caso Blanca. ¿Que no saben si su amor es correspondido? Se lo preguntan. ¿Que quieren saber alguna información? También. ¿Que necesitan enviar una carta secreta? Ella la lleva. ¿Que no llegan virgenes al matrimonio? Le explica cómo tiene que simularlo. Y, por supuesto, consiguen esos potingues para no quedarse encinta.

—¿Le ocurre algo? —Me mira preocupada, pues me he quedado pensando sin decir nada.

—Vamos a mis aposentos.

No quiero que nadie me escuche, que en este palacio últimamente hay demasiada gente. Cierro la puerta pensando cómo encararlo. Lo haré con el método tradicional, será lo mejor.

—Verás, necesito que me traigas con urgencia algo para no quedarse embarazada. —Abre los ojos como platos al oír eso—. Es para una amiga, por supuesto. No voy a decir nombres porque las paredes tienen oídos.

—Por supuesto —dice con un hilo de voz.

—No es una fresca, eh. Está prometida, solo que han adelantado la noche de bodas, ya sabes, la pasión y todo eso —me justifico.

Entonces abre aun más los ojos, asombrada.

—¿Está prometida con el marqués?

Mierda, mierda. ¿Pero qué clase de doncella tengo?

—¿Blanca! Las paredes tienen oídos, ¿recuerdas? —la riño—. ¿Y desde cuándo lo sabes?

—Yo sospechaba algo, así que le pregunté a Lluís. No se enfade con él, no quería decirme nada, pero prácticamente le obligué.

Ese mequetrefe me va a oír. Sabía que traería problemas.

—De esto ni una palabra a nadie.

—Por supuesto —asegura.

—Con Lluís os habéis hecho muy amigos, ¿no?

—Es un buen amigo —dice solamente.

Ya, claro. Eso de la amistad en el pasado está muy de moda. Aunque claro, el chico no deja de ser un novicio. ¿Un novicio o un bandolero? ¡A cada cuál peor! Si alguna vez me he quejado sobre mi pésimo gusto para los hombres, lo retiro, Blanca me gana por goleada. Además, últimamente mi gusto ha mejorado mucho, no hay más que ver al marqués y suspirar por él.

—Me alegro. En fin, ¿podrías conseguirme lo que te he dicho antes?

Vuelvo al tema que me interesa.

—Hay una mujer en el pueblo, creo que podría preguntarle.

—Pues pregúntale, rápido —la apremio.

Ahora no tengo tiempo, pero en cuanto vea a Lluís voy a sermonearlo como se merece. ¿Quién se cree para ir chismorreando sobre mí? A nadie le interesa mi vida amorosa y mucho menos cuando está en juego la protección del pasado, en primer lugar porque yo no debería estar aquí y en segundo porque el propio marqués tampoco debería.

Ya es tarde, así que después de cenar con Eduard y estar explicándole ciertas cosas básicas del siglo XXI -el cambio de los estamentos en la sociedad, la existencia de la democracia y del mundo laboral, la economía en nuestro siglo y la importancia de la globalización- me voy directa a la cama.

Cuando estoy a punto de cerrar los ojos llaman a la puerta. A tientas llego a ella y la abro. Es Blanca.

—Señorita, tengo lo que me ha pedido.

—Oh, genial

Me entrega un pequeño potecito de cristal con un líquido verdoso. Tiene peor pinta que el jarabe de la tos de Mary Poppins.

—Dicen que es infalible.

—Eso espero. Gracias Blanca.

—De nada —contesta mientras se aleja.

Haciendo un esfuerzo titánico engullo el líquido de un trago. Cómo he predicho, no puede ser más asqueroso. Espero que funcione porque si encima no vale la pena... Quitándome un peso de encima, vuelvo a la cama.

El gallo me despierta, pero hoy me levanto enseguida, emocionada. Puede que esta sea la última misión como Ana Capmany, prima del marqués. No voy a mentir, tengo ganas de volver a mi siglo, de ver a mi padre y a mi prima Patricia. Creo que ya me deben haber dado por muerta, han pasado demasiados meses.

Bajo a desayunar, donde Isabel ya está esperándome junto con un hombre que no conozco.

—Buenos días Ana. Te presento a André Dijon, es una agente de la orden.

Me da la mano y se la encajo. Es alto, fornido, tiene pinta de guardaespaldas por el cabello corto y las facciones duras.

—Encantado —dice.

—Un placer.

La verdad es que me siento más segura si en las misiones me acompañan este tipo de agentes.

—La misión es clara; identificar al infiltrado de los Vilain y evitar a toda costa que le entregue la información al José Bonaparte.

—¿Sabremos quién es?

—Esa será la parte difícil, no creo que envíen a alguien a quien tengamos fichado por lo que podría ser cualquiera.

—Cualquiera no, conozco a muchos de los que acudirán a la recepción.

—Esa será una de nuestras ventajas. — El marqués se añade a la conversación al entrar en el comedor—. Debemos tener cuidado, los Vilain casi siempre trabajan por parejas, así que habrá un mínimo de dos agentes, y suelen ser peligrosos.

—¿Peligrosos de llevar armas?

—Sí. Iremos en parejas. Mantendremos contacto visual y si hay algo nos hacemos una señal y nos dirigimos hasta donde estén las escaleras para debatirlo. Cuando sepamos quienes son, actuaremos.

El plan parece sencillo, pero no lo es. Interceptar a dos hombres armados en medio de una recepción para mí no va a ser fácil. No tengo la fuerza suficiente y tampoco es plan de montar un escándalo en medio de la fiesta, ¿no?

—Eso de interceptarlos no lo veo yo muy claro —comento.

—Cada uno llevará una pequeña jeringuilla con un sedante. Van a desmayarse al instante. Sobre todo, no lo perdáis —dice Isabel muy seria.

Aquí estoy otra vez, en casa del marqués de Vilallonga, saludando a la pareja más cotilla de toda la provincia. También localizo a las chicas que conocí la vez pasada, están todas igual, esperando a que un caballero se acerque a ellas. Estoy tentada de decirles que si están todas juntas y en grupo es menos probable que algún chaval se arme de valor, que dar la *putivuelta* es efectivo, pero me contengo.

Esta noche llevo un vestido nada destacable, blanco y sencillo, no es plan de llamar la atención si no más bien pasar desapercibida. El marqués esta tan elegante como siempre, así que debo contenerme para no comérmelo con la mirada ni hacer ningún gesto cariñoso.

—De momento todos los que hay son conocidos —dice él inclinándose hacia mi oído. Un escalofrío me recorre al sentir su aliento en mi oreja.

Asiento y sigo observando el guateque. Estoy realmente intrigada y emocionada, y no es porque sea mi primera misión oficial sino porque, ¡voy a conocer a José Bonaparte! Es el primer personaje histórico que conozco y uno de los poco famosos que he visto, solo coincidí con la actriz que hacía de Jessica Fletcher^[15] en un restaurante y no firmaba autógrafos ya que la familia me dijo que tenía Alzheimer, la pobre.

Me pregunto cómo será, pero la duda se disipa cuando un hombre seguido de dos soldados hace acto de presencia saludando a todos. Pues no es gran cosa, si llama a la puerta y es el fontanero no sería de extrañar, tiene un aspecto muy normalito. Qué desilusión.

—A la derecha, Ana. Esos dos hombres no los conozco.

Desvío la mirada hacia donde indica Eduard. Veo a un hombre de cabello negro, bastante musculado, que observa a José. Su compañero está de espaldas hablando con él. Lleva el cabello rubio recogido en una pequeña coleta. Puedo observarlo durante un instante de perfil.

No puede ser, mi imaginación está haciendo otra vez de las suyas. Es imposible.

Camino hasta un ángulo desde el que pueda verlo de frente. Dios mío, es realmente imposible. Es igual que él, la misma nariz, los mismos ojos azules, la misma manía de levantar las cejas cuando habla...

¡Es Charlie!

Inspiro y espiro nerviosa. Debo de estar alucinando, seguro. Es una visión, como la vez pasada.

—¿Ana? —oigo que el marqués pronuncia mi nombre.

—El que tenemos de frente, el rubio, ¿lo ves?

—Sí, lo veo.

—¿Podrías pasar por delante y fijarte si tiene una fecha tatuada en la palma derecha? En números romanos. Es muy importante —le imploro con la mirada.

—Está bien. —Me mira preocupado.

Me sitúo de espaldas, esperando a que me diga que no, que no tienen ningún tatuaje, que no es Charlie, que mi imaginación está siendo una cabrona y que tengo un problema mental.

—Lo tiene. ¿Quién es? ¿Lo conoces?

Al oír esto un sudor frío recorre mi cuerpo y cojo una copa de champán cuando un camarero pasa con una bandeja.

La virgen. Es Charlie realmente, lo del tatuaje descarta la posibilidad de que sea algún antepasado muy parecido. Pero Charlie está muerto.

—Es... —empiezo a decir, cuando alguien nos interrumpe.

—¿Pasa algo?

De la nada aparece Isabel con su compañero.

Creo que ahora mismo estoy teniendo un ataque de ansiedad o algo parecido porque me cuesta respirar y realmente el corsé no ayuda, no señor.

—Es Charlie. Pero no puede ser él, está muerto. Pero lo es. ¡Lleva su tatuaje!

—¿Tu marido? —pregunta el marqués.

—Espera un segundo, ¿has visto a alguien del futuro?

—Es el rubio de la coleta. Es mi marido, pero murió hace casi dos años. ¡Está muerto!

No entiendo nada, estoy desconcertada y no puedo pensar con claridad. Lo único que quiero es caminar hasta él y mirarlo a los ojos, quiero ver si me reconoce. Quiero saber por qué está aquí y no bajo tierra.

—Vamos a actuar ya, esperad aquí.

Isabel y Dijon se alejan, pero no veo cómo los abaten con el sedante, tengo la mirada perdida en la nada, porque Charlie estaba muerto y ahora está aquí.

La mano de Eduard irrumpe en mis pensamientos y me reconforta. Es acogedora, como él. Entonces empieza el alboroto, oigo la gente murmurar y de golpe me encuentro caminando hasta la entrada de la casa donde Charlie y su acompañante se encuentran estirados en el césped mientras el marqués de Vilallonga frunce el ceño preocupado.

—Soy médico y le puedo asegurar que los viajeros tienden a desmayarse por falta de hidratación y el calor. Estos señores son del norte, no están acostumbrados a nuestras temperaturas. —Oigo cómo Dijon le explica y se queda más tranquilo.

No puedo dejar de observar a Charlie. ¿Qué demonios pasa? No entiendo nada y mi cabeza no deja de hacer teorías rocambolescas y sin sentido.

—Lo siento, Ana —dice Isabel situándose a mi vera. Me observa preocupada mientras se quita una horquilla de su peinado—. Parece que es un agente de los Vilain.

No puedo creer lo que oigo. ¿Charlie trabajando para los Vilain? Pero si es la persona menos atrevida que conozco.

—No lo entiendo. Murió en un accidente de coche, ¿cómo puede trabajar para los Vilain? ¿Podría ser que lo salvaran por accidente?

—Desgraciadamente los Vilain no reclutan de esta manera. Ellos buscan a agentes, los seleccionan por sus distintas habilidades. La condición que les ponen es que deben romper con todo y dedicarse en exclusiva a trabajar para ellos, así que es habitual que finjan su muerte.

Lo que oigo es inverosímil.

—¿Me estás diciendo que Charlie fingió su muerte para poder viajar al pasado?

—Eso parece, sí.

Charlie siempre fue un entusiasta de la historia. Le fascinaba el pasado, se podría decir que era su pasión y era algo que admiraba de él. Sus clases en la universidad eran de las más solicitadas porque le ponía ímpetu y pasión a lo que explicaba. Le chiflaba la historia, así que no veo raro que quisiera viajar al pasado. Pero, ¿hacerme creer que había muerto?

—Quiero hablar con él, Isabel. Tengo que hacerlo.

—Lo sé. De todas maneras, hay que interrogarles. Dijon les ha registrado y ha encontrado la información que querían entregarle a José. La misión ha terminado.

Con cierta dificultad, Dijon, el marqués y el cochero meten en el carruaje a Charlie y al otro hombre para llevarlos hasta el castillo, alegando que irán a la consulta del doctor. El marqués de Vilallonga nos ofrece su carruaje para que volvamos y el marqués acepta.

Nadie dice una palabra durante el trayecto de vuelta. Yo sigo desconcertada, ¿en qué momento mi vida se volvió una mentira?

Al llegar, Dijon les ha atado con una cuerda las manos y los pies; están arrinconados en el

despacho del marqués.

—¿Cuándo van a despertarse? —pregunto.

—No tardarán.

Tras cinco minutos empiezan a moverse. El primero en despertar es el compañero, que algo desorientado pregunta dónde están. Es español, no hay duda.

—Será mejor que vayamos a otra habitación para interrogarle, así podrás hablar con él —susurra Isabel—. Diga lo que diga, no lo sueltes.

—Por supuesto que no —respondo muy segura, aunque no lo esté.

Todos salen de la habitación y me quedo a solas con él.

Poco a poco, Charlie abre los ojos. Al verme mira a un lado y al otro esperando alguna respuesta de por qué estoy aquí con los brazos cruzados.

—¿Ana? —pronuncia mi nombre finalmente.

Parece confuso y está algo atontado. Sus ojos van abriéndose cada vez más, hasta estarlo completamente. Es Charlie, por supuesto que lo es. Claro que también debió serlo la primera vez que creí verlo. ¿Culpa y remordimientos? Y un cuerno.

—Estabas muerto, Charlie. Fui a tu funeral, no tienes ni idea de lo mal que lo pasé. ¡Estuve llorándote durante meses! —grito finalmente sin poder contenerme.

No hay ninguna expresión en su rostro, solo un semblante serio y ni pizca de culpa, ni tan siquiera pena. Ese no es el Charlie que conocí. La rabia se apodera de mi cuerpo, porque no puedo dejar de apretar los puños. Quiero zarandearlo, pegarle una bofetada por haberme hecho esto.

—Tuve que hacerlo. —Abre la boca finalmente.

—¿Para poder viajar al pasado?

—Si no fingía mi muerte no podía entrar. Sabes que esa siempre fue mi pasión, Ana, tienes que entenderlo.

Así que realmente fue así, fingió su muerte para poder ser parte de la gente de los Vilain. No puedo creerlo. Y encima dice que tengo que entenderlo. Estoy enfadada, tanto que me relinchan los dientes y se me nubla el juicio.

—¿Entenderlo? Estás loco, completamente loco. ¿Cómo pudiste engañarme de esa manera? ¡Me casé contigo! Yo te quería Charlie, no pensaste en cómo me sentiría, ni siquiera en... ¡Dios! ¡Y todo por tu obsesión con el pasado!

Camino de un lado al otro de la habitación sin lograr entender su razonamiento y siempre he sido una persona muy comprensiva.

—Precisamente por eso me casé contigo. Quería dejártelo todo a ti. Yo también te quería, y sigo haciéndolo.

—Oh, así que cuando te casaste conmigo ya sabías que ... ¡Dios! Ojalá hubieses cortado conmigo, habría sido mucho más fácil.

Lo observo, hacía mucho que no lo veía y estaba convencida de que ya no volvería a hacerlo. Fui una completa idiota al enamorarme de ese hombre, no vi que su amor hacia la historia era mucho más fuerte que hacia mí. En su momento dolió, no voy a negarlo, porque yo lo quise. Ahora, sin embargo, solo me produce rabia.

—No entiendo... ¿qué haces tú aquí? Oí sobre una tal Ana Capmany, prima del marqués de Vilalta pero no creí que fueras tú, por supuesto.

—Tus amigos los Vilain me trajeron a este siglo por error durante la boda de Patricia. La Orden me ha reclutado —resumo.

Entonces veo que los ojos se le iluminan. Veo que se le está pasando algo por la cabeza y no

puede ser bueno.

—Es lo mejor que podría habernos pasado. Ana, tienes que venir conmigo, lograré que te recluten y así...

—No iremos a ninguna parte. Si piensas que voy a confiar en ti estás muy equivocado. Jamás voy a hacerlo de nuevo, Charlie —le advierto levantando el dedo índice y señalándolo.

—Piénsalo Ana. No podía llevarte conmigo, estaba esperando el momento oportuno para poder contactar contigo y decirte que no estaba muerto —insiste.

—Me hiciste creer que estabas muerto, preferiste viajar al pasado a seguir a mi lado. Hiciste tu elección —le hago entender.

—Pero ahora ya no tengo por qué elegir. Ana, no he dejado de quererte, no he dejado de pensar en ti. ¿Te imaginas viajar a todas las épocas juntos?

Sólo de oír eso me dan náuseas.

—Estabas muerto, Charlie. Me costó, pero lo superé. Y ya no te quiero y, aunque ahora te odie por saber lo que hiciste, también lo superaré y entonces me serás completamente indiferente.

Creo que recibe mis palabras como un jarro de agua fría. Pero, ¿qué esperaba? ¿Que me lanzase a sus brazos después de todo? No lo habría hecho en ninguna circunstancia. Doy unos pasos hacia la puerta.

—Lo siento mucho, en aquel momento pensé que era lo mejor. Perdóname. Ana, no te vayas. ¿Me estás escuchando?

Me giro cuando llego a la puerta.

—Si es lo que quieres, te perdono. Pero no voy a ir contigo a ningún sitio. Adiós, Charlie.

Abro la puerta y salgo del despacho ignorando sus súplicas desesperadas. Me apoyo en la pared del pasillo, aunque esté completamente a oscuras y me dejo caer al suelo, demasiado cansada como para seguir pensando. Quiero dejar de hacerlo, apagarlo igual que con un interruptor. Y, sin embargo, al respirar hondo y cerrar los ojos, allí está, algo que no imaginaba sentir. Alivio.

Capítulo 11

Miedos nocturnos

No puedo parar de repetirme que Charlie está vivo, que acabo de hablar con él, que no tuvo ningún accidente. Charlie, el que se casó conmigo a sabiendas de que tendría que fingir su muerte para poder viajar al pasado, el que supuestamente quería que yo me quedase todo lo suyo. ¿Realmente pretendía volver a buscarme?

Recuerdo el día en que me llamaron comunicándome que su coche se había caído de un puente y había quedado calcinado. Mi mundo se paró, el tiempo se detuvo y durante unos minutos me quedé como una estatua, parada en medio de la calle, paralizada. No lloré, todo me parecía demasiado surrealista, como si no fuera real. Tampoco lloré cuando tuve que organizar el funeral ni durante su celebración. Hasta que no estuve en casa sentada en el sofá, completamente sola, no me di cuenta de que ya no vendría a cenar nunca más y entonces fue cuando lloré a mares.

Tardé unos cuantos meses en hacerme a la idea de que jamás volvería a verlo y tardé un poco más en superarlo, pero lo hice. Contrariamente a lo que la sabiduría popular dice, pensar en él ya no dolía. Lo recordaba con cariño, pero no lo anhelaba ni deseaba tenerlo conmigo. Sabía que no debería sentirme así. No por nada en el libro de *Posdata: Te quiero* lloras tantísimo, ¿no? Pues no fue mi caso.

Cuando vi a Charlie hoy volvieron muchos sentimientos. Algo que siempre notaba cuando estaba con él era una sensación de seguridad. Pero hoy no la he sentido. Aparte de rabia y enojo, no he sentido nada. Y esto está desapareciendo mientras que la incredulidad de verle vivo se apodera lentamente de mí.

Unos pasos hacen que me dé cuenta de que ha pasado un largo rato y sigo en medio del pasillo. No sé ni qué hora es ni tampoco qué ha pasado ni que va a pasar con Charlie y su compañero, pero ya no me importa.

—Estás aquí —dice Eduard sentándose a mi lado en el suelo.

—Estoy bien —contesto antes de que me lo pregunte.

Casi no puedo verle el rostro entre tanta oscuridad.

Busco su hombro y apoyo la cabeza en él. Su contacto me tranquiliza, pero puedo oír cómo su corazón late acelerado.

—Debe de ser difícil para ti.

—Estoy bien, en serio. Solo me falta asimilarlo y en un par de días ni me acordaré.

Necesito tiempo para procesarlo, hacerme a la idea y seguir con mi vida.

—¿Sigues ...? —Su pregunta se queda en el aire suspendida, sin terminarla.

Ya sé lo que me va a preguntar porque es lo mismo que me he estado preguntando yo desde que volví a verle. Lo he pensado muy bien, detenidamente y objetivamente, y tengo una respuesta.

—No, antes de venir aquí dejé de estarlo. Es extraño, siempre pensé y tenía asimilado que una parte de mí lo querría. Supongo que es lo que suele pasar cuando un ser querido muere, ¿no?

Es lo que dicen, que se queda en tu corazón. Pero no fue así. No era el amor que sentía hacia él, sino la culpa por olvidarlo lo que me impedía avanzar. Ahora la culpa ha desaparecido y es un alivio. Cuando lo he visto en la fiesta y mientras hablaba con él me he sentido muy furiosa por haberme hecho creer que había muerto, por haberme puesto expresamente en la tesitura de viuda cuando no lo era, por hacerme sentir dolor por su muerte. Pero le he perdonado. ¿Sabes por qué? Porque no siento afecto alguno por él. Quizás el recuerdo de momentos pasados sí, el recuerdo de lo que alguna vez fuimos, pero no él. Si le quisiera seguiría odiándole con todas mis fuerzas y no le perdonaría. Pero no puedo albergar sentimientos hacia alguien que no me importa.

Me sincero, le estoy abriendo mi corazón y se siente tremendamente bien.

—Mis sentimientos hacia ti siguen siendo los mismos. Quiero casarme contigo, quiero una vida junto a ti, ya sea aquí o en tu siglo o en donde tu quieras. Así que no te demores, dime si algo ha cambiado y no temas herirme porque tu silencio solo hace que angustiarme —confiesa finalmente el marqués en un susurro.

—¿Cambiar? Claro que no.

Oh, ahora entiendo por qué ha estado manteniendo las distancias, el por qué de su preocupación. Le cojo de la mano y lo guío hasta mi habitación, quedándonos a solas.

—Escucha, nunca en mi vida había estado tan enamorada de alguien como lo estoy de ti. Haces que sienta cosas que antes no había sentido y todo este tiempo me he sentido culpable por no haber querido a Charlie de la misma forma. Claro que le quería, pero no tan intensamente y ni mucho menos hasta el punto de que pensar siquiera en cambiar toda mi vida e incluso convencerme de quedarme en un siglo que no es el mío.

—Es tu marido, sería normal que siguieras sintiendo algo. No te culparía —dice comprensivo.

—Sería lo normal, ¿verdad? Pero no es así y lo único que deseo es olvidarme del hecho de que está vivo y volver a mi siglo contigo.

—No quiero que me mientas por complacerme —dice todo serio.

—Te aseguro que no lo hago. Jamás he fingido un orgasmo contigo.

Eso hace que le arranque una sonrisa.

El alivio se instala en sus ojos y puedo notar cómo su cuello va destensándose poco a poco. Se sienta en el borde de la cama y yo hago lo mismo a su lado.

—Solo pensar que podías amar a otro ha sido descorazonador. Y oír lo que te había hecho me ha encendido la sangre.

Todo sea dicho, Eduard es un pedazo de hombre y aunque Charlie tiene su atractivo, tirando a un prototipo nórdico y de estilo intelectual, no tendría nada que hacer si este está dispuesto a darle un par de mamporros.

Giro el cuello para ver su mirada perdida y siento el impulso de acercarme a él, así que acabo haciéndolo. Me rodea con sus brazos y terminamos estirados encima de la cama, con mi cabeza apoyada en su pecho.

Al despertarme me percaté de que estoy en la misma posición en la que me quedé dormida, y que el marqués sigue estando junto a mí. Fantaseo con la idea de que hoy es probable que vuelva al futuro y que podré despertarme todos los días con él en un sitio donde pueda tomarme un café matutino y un cruasán para desayunar. Me levanto de la cama y me saco el vestido de noche para ponerme algo más práctico.

—Despertarse con esta visión no tiene precio. —Oigo a Eduard cuando estoy completamente

desnuda.

—Espera que lleguemos a mi año —respondo poniéndome el vestido color crudo, cómodo y manejable.

—Isabel quería hablar contigo, deberías ir.

—Está bien. Te veo en el desayuno.

Antes de salir le doy un beso. Bajo las escaleras y Blanca me dice que Isabel se encuentra en la biblioteca, así que me dirijo hasta allí.

—Ana, ¡eres tú! —dice al verme, alzando la vista—. ¿Como estás?

—Bien. Supongo que la misión ha terminado.

Sonríe satisfecha.

—Así es. Y ha sido todo un éxito. Si ya lo digo yo que todo pasa por una razón.

—¿A qué te refieres?

—Me preguntaste cómo es que apareciste justo en este siglo y en este año, ¿no? Ahora ya sé porque.

—¿Por qué? —pregunto sin entender nada.

—Charlie. Supongo que tenías muchas cosas en tu cabeza, pero pensaste en él, ¿verdad?

—Ocupaba mis pensamientos sí, era o es un entusiasta de la historia y pensé... pero no lo entiendo, ¿si piensas en alguien no podrías aparecer en cualquier tiempo en que este existiera?

—Normalmente si piensas en alguien es en el presente y llegas hasta donde está él en tu presente. En aquel momento, Charlie ya debía de estar en 1807 y tú llegaste a donde estaba el Charlie de tu presente.

A todo esto tengo una duda muy grande.

—Ahora todo tiene mas sentido. Por cierto, ¿cómo vamos a traer a Eduard al futuro? Tú misma dijiste que no podías ir a donde no podías imaginarte. Para él el futuro no existe.

—Pero existes tú. Deberás ir primero al futuro y luego él deberá hacer lo propio, llegando hasta donde esté tu yo presente, es decir, en 2017.

—Funcionará, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Estás lista para volver a casa?

—Lo estoy.

Estoy dudando en preguntar, pero finalmente la curiosidad me puede.

—¿Qué pasará con Charlie?

—Siempre hablo con ellos y les digo quienes son realmente los Vilain y qué es lo que intentan lograr. Vaya, que les abro los ojos y les damos la oportunidad de que vuelvan a sus vidas con total normalidad, si no les hacemos prisioneros. No en una cárcel, pero hay un convento muy parecido a ella.

—¿Y qué han decidido?

—Aun no se han pronunciado.

—Si Charlie vuelve al futuro me gustaría saberlo. Más que nada porque me gustaría divorciarme.

La verdad es que sí, pues de un muerto uno no se divorcia desgraciadamente.

—Lo sabrás, no te preocupes. Por cierto, el jefe me ha dicho que aun no vais a morir supuestamente en esta época, los Vilain están muy interesados en este siglo y traman algo, así que seguiremos manteniendo la tapadera del marqués y ahora, su esposa.

Interiormente me estoy regodeando. Chúpate esta, Dorotea.

—¿Entonces tendremos que vivir aquí?

—No, claro que no. Vuestros negocios en América os reclamaran allí muy a menudo, así que

no te preocupes.

—Genial. Entonces, ¿ya podemos volver?

—Sí, Dijon se encargará de los prisioneros. Dile al marqués que anuncie el viaje y podremos irnos.

No espero ni un minuto más y corro hasta el salón, pero no está allí.

Salgo al jardín, donde le veo mirando al horizonte con una sensación de paz interior. Sin pensármelo dos veces, salto a sus brazos.

—¡Nos vamos! —exclamo entusiasmada.

—Entonces supuestamente, ¿voy a morir?

—Todavía no, así tendremos una coartada perfecta para cuando debamos actuar. Los Vilain están haciendo de las suyas otra vez. Viviremos en América oficialmente.

—Debo anunciar ahora nuestro viaje, ¿no es así?

—Tan perspicaz como siempre —asiento.

—Voy a hacerlo ahora mismo.

Me agarra por la cintura y me besa apasionadamente antes de dar dos pasos para volver a entrar en el comedor.

Es una sensación extraña, eso de tener la felicidad absoluta. En serio, creo que nunca me había sentido así. ¿Puede ser que ese sea mi destino? ¿Ser feliz de verdad? Pensaba que tendría que renunciar a todo lo del futuro (chocolate, series y epidural incluida) o renunciara Eduard, pero ahora que voy a tenerlo todo no termino de creérmelo.

—No puedo creerlo —la voz de Charlie desde abajo de la escalera me deja helada. Enseguida me asomo y allí está, con una pistola en la mano. No es posible, ¿se ha escapado! —. ¿Así te has pasado mi luto? Eres una puta.

Las palabras me golpean y la incredulidad se apodera de mi rostro. ¿Como se atreve siquiera a decirme esto? Me quedo paralizada y pese a la distancia que nos separa, quiero echar a correr hacia la puerta para desaparecer de su campo de visión.

—No tienes ningún derecho a reclamarme nada —respondo fríamente.

Tiene los ojos fuera de sí y está muy alterado. Creo que nunca lo había visto tan perturbado.

—Soy tu marido, tengo todo el derecho del mundo.

Ja, no puedo creer lo que está diciendo. Pero si fue él quien se hizo pasar por muerto.

—Parece que la mentalidad retrógrada de este siglo se te ha pegado. Hace dos años, ¿dos años!, que dejaste de serlo. ¿Qué pensabas, que me quedaría llorando por ti el resto de mi vida?

—¡Es lo que deberías haber hecho, joder!

El marqués de un salto se interpone entre Charlie y yo, pese a que haya una distancia considerable.

—Entra dentro —dice con voz autoritaria, tanto que se me eriza la piel.

—Ni hablar, este es mi problema.

—Haz lo que te digo, por favor —me ordena a regañadientes.

—¿Él es el problema? Sí, ya veo —escucho que dice Charlie.

Resignada, doy dos pasos hacia atrás hasta que veo la cara de Charlie. Sí, lo conozco y está empeñado en hacer desaparecer al marqués. Veo cómo apunta hacia él. No puedo permitirlo, esta vez Charlie no va a fastidiarme mi final feliz. Ya lo hizo una vez saboteándose a él mismo. Pero no hoy.

Corro hasta ponerme en medio y abro la boca para hablar, pero un dolor inmenso me atraviesa y me hace enmudecer. Noto cómo mis piernas flaquean, me cuesta mantenerme en pie hasta que me inclino hacia atrás. Solo oigo hablar a gente, pero no logro entender qué dicen.

También veo cómo Isabel y Dijon salen del castillo y cómo Dijon dispara su pistola, pero no veo a quién.

—No quería darte a ti, Ana, no puedes morir —escucho a Charlie que se dirige a mí.

—No te atrevas a dirigirle la palabra —le dice el marqués muy enfadado—. Juro que si muere iré a buscarte hasta los confines del mundo si es necesario y te mataré con mis propias manos.

Genial, Charlie me ha disparado y voy a morir. Al menos el marqués vengará mi muerte.

—Tenemos que llevarla al hospital ¡ya! Siglo XXI —dice Isabel—. Levantadla —ordena.

Unos brazos me alzan y siento el olor de Eduard que me embriaga.

—Ana, ¿me oyes? Ahora piensa en tu casa, será lo más sencillo. Dijon, a la chimenea vamos. Irás con ella. ¿Me oyes Ana?

—Sí —logro decir.

Pero estoy cansada, puedo notar cómo se me cierran los párpados y no puedo evitarlo.

—No te mueras, ¿me oyes? —dice el marqués con desespero.

—Ed... te quiero.

Creo que son unas últimas palabras bonitas para decir. Porque este dolor es insufrible y se me están cerrando los ojos.

—Aguanta Ana.

Me doy cuenta de que ahora me lleva Dijon. Casa, quiero irme a casa, ver a papá. Dios, duele demasiado.

Los párpados me pesan, nunca me había costado tanto abrir los ojos como ahora. Esto creo que quiere decir que no he muerto, ¿no? O puede que esté muerta y mi espíritu esté en el sitio donde van los espíritus al morir. Nunca había pensado en la muerte, era algo que me sonaba lejano y poco creíble. Pero cuando me siento que desfallecía, realmente creo que voy a morir. No estoy preparada, la verdad, me ha pillado totalmente desprevenida. ¿Y quien lo está cuando te disparan?

Pienso que hoy será mi último día y no puedo creer que sea en el siglo al que no pertenezco. Quiero decirle a Eduard muchas cosas, decirle que él ha sido y será el hombre de mi vida. También que no se asuste porque 2017 puede llegar a ser algo agobiante. Que debe rehacer su vida y que, aunque volviese a querer, que no se olvide de mí.

¿Le pasará cómo a mí con Charlie? Espero que no. Yo sé que si él hubiese muerto mi tristeza no tendría límites.

Por fin logro abrir los ojos y me encuentro estirada en una camilla de hospital. Creo que tengo algo en la nariz y también veo que realmente es un hospital moderno. No debo estar muerta.

—¿Estás despierta? —Desvío la mirada hacia donde proviene la voz. No puedo creerlo, es el marqués sentado en una silla a mi lado, cogiéndome de la mano—. Me has dado un susto de muerte, amor.

Besa mi frente y veo alivio en sus ojos.

Entonces una enfermera y un médico entran en la sala y le hacen salir. No quiero que se marche, pero lo hace. Empiezan a hacerme pruebas, a auscultarme y tomarme la temperatura.

—¡Estás viva! —oigo que grita mi prima Patricia.

Entra en la sala como en terremoto que es. La echaba de menos, mucho de menos.

—Señorita, no puede pasar —la riñe la enfermera al verla.

—Oiga, que yo también soy médico. ¿Cuándo ingresó?

—Hace tres semanas.

—¿Y hasta ahora no ha despertado?

—Entró en coma durante la operación.

Joder, llevo tres semanas aquí tumbada.

—Madre mía, ¿quien te disparó cariño? —pregunta confundida.

No respondo, pues los párpados vuelven a pesarme y estoy cansada, muy cansada.

—No sé si se acordará de todo. ¿Y dices que la encontraste en el palacio?

Es la voz de mi padre, puedo distinguirla, aunque haya pasado mucho tiempo desde la última vez que la escuché.

—Sí, estaba totalmente desorientada. La policía no supo decirme quién era, así que no se me ocurrió otra cosa que cuidar de ella.

Creo que han debido de montar una versión de los hechos creíbles para que mi desaparición durante meses tenga sentido.

—Aun no entiendo cómo un idiota coge un pistolón del castillo, dispara haciéndose el gracioso y le da a mi prima. Hay mucho gilipollas suelto.

Oh, esa versión es buena.

—Creo que está despertando.

Abro los ojos de nuevo y allí están mi padre, Patricia y Eduard. Se me hace muy extraño verlos a los tres juntos. Pero lo más raro de todo es que el marqués lleva vaqueros y una simple camiseta de algodón negra.

Madre mía, si con mallas ya era un dios, acaba de pasar a ser el dios de los dioses. El puto Adonis en carne y huesos.

—Cariño, soy papá. ¿Te acuerdas de mi?

—Claro que sí —logro decir.

Tengo una voz ronca extraña, pero hablo.

—¿Y te acuerdas de Eduard?

—También. Me acuerdo de todo.

—Nos tenías muy preocupados. ¡Meses sin saber de ti! Y de golpe nos enteramos de que te habías dado un golpe el día de mi boda, que habías perdido la memoria y que estabas en el hospital con una bala de pistolón en el abdomen —resume Patricia exaltada.

—Lo siento.

—No tienes la culpa, cielo. Eso sí, tienes que prometerme que estarás tranquila durante un tiempo. Y nada de volver a Edimburgo —insiste papá.

—No pensaba hacerlo.

Tanto mi padre como Patricia me abrazan y besan antes de salir de la habitación con la excusa de rellenar unos papeles. Tan pronto como salen, Eduard me toma de la mano.

—¿Te encuentras mejor?

—Podría estar mejor. ¿Isabel?

—Se pasa cada tres días, tiene alguna que otra misión. Ha sido ella la que me ha arreglado todo el asunto de vivir en este siglo.

Sonrí solo de imaginarlo caminar por el hospital. Es tan absurdo y tan bonito tenerlo aquí.

—Me alegro. Oye, tengo un piso en Barcelona. Puedes ir allí e instalarte.

—No es necesario, la orden me conseguirá un sitio.

—¿No quieres vivir conmigo? —digo algo decepcionada.

¿Estoy yendo rápido? No creo, llevo viviendo con él desde que lo conocí y además, ¿no

íbamos a casarnos? Puede que se haya echado atrás.

—No creo que tu padre nos lo permita hasta después de que te cases conmigo. Porque sigues queriéndote casar conmigo, ¿no?

—Sí. Más que antes —confieso.

Vale que antes la idea no me entusiasmaba en exceso, pero os lo aseguro, no hay nada como estar al borde de la muerte para apreciarlo absolutamente todo. Y también tendré que convencerle de que mi padre hace años que no se mete en mi vida privada.

—Prométeme una cosa, y tienes que cumplirla —ay, qué va a decir ahora—. Jamás vuelvas a hacer una tontería como la que hiciste —dice todo serio.

Oh, se refiere al episodio con Charlie.

—No podría haber soportado que murieras, y menos por el idiota de Charlie. Esto va a sonar muy cursi, pero no podía dejar que murieses, me importas demasiado.

Quita un mechón de cabello de mi frente mientras sonrío.

—No quiero una vida en este ni en ningún sitio si tu no estás en ella.

Asiento, ahora mismo solo necesito su presencia, que esté cerca. Y si me sigue diciendo estas cosas, un poco de azúcar porque la tensión me está bajando por momentos.

—No me mires así, seguro que llevo el pelo fatal y tengo unas ojeras de aquí a Pekín de tanto dormir —me quejo. No quiero ni mirarme al espejo.

—Siempre estás hermosa, ahora más que nunca.

—Mentiroso, pero no dejes de hacerlo. Por cierto, estás muy atractivo con esta ropa.

Una leve sonrisa consigue perfilarse, por fin.

—Necesito besarte —dice antes de que su boca empiece a devorar la mía con ahínco. Anhelaba su sabor, demasiado.

Rodeo su cuello con mis brazos y se acaba medio estirando a mi lado.

—Ana, tengo que contarte... ¡madre del amor hermoso! Sabía que había algo entre vosotros —dice Patricia pillándonos en medio del beso totalmente *in fraganti*—. Al menos puedo decir que tienes buen gusto, no como yo.

El marqués detiene el beso y se aparta.

—Por cierto, ¿y la tía?

—De crucero con papá y un grupo de amigos. Te manda muchos besos y abrazos.

—¿Y Carles?

—No lo sé ni me importa —dice totalmente indignada.

—¿Lleváis solo un par de meses casados y ya os habéis peleado? —pregunto incrédula.

—Me estoy divorciando, cariño. El muy hijo de puta se tiró a la instructora de buceo durante la luna de miel. Sabes que eso de bajar a las profundidades marinas no es lo mío.

Dios, esto no me lo esperaba. Si Carles estaba muy enamorado de Patricia, o eso me pareció.

—¿Los pillasteis?

—Me lo confesó el muy cabrón. Por supuesto, no le perdoné. Escúchame —le dice a Eduard — si le haces algo parecido a mi prima date por muerto.

—Si estás con quien amas, ¿para qué buscar a otra persona? —dice Eduard a modo de reflexión.

Patricia se queda en silencio durante un momento.

—Eso mismo me pregunto yo. Así que he llegado a la conclusión de que nunca me quiso. En fin, eso es agua pasada. ¿No tendrás algún hermano o primo que tenga tu fisonomía?

—Soy hijo único, creo. Y no tengo primos.

—Ya, supongo que esto nunca se sabe. En fin, os dejo tortolitos.

Y sale de allí tal y como ha llegado.

—¿Divorcio? ¿La iglesia lo acepta?

—Hoy en día hay pocas cosas que estén prohibidas. Excepto casarse con más de una persona, la poligamia no lo está por suerte.

Algo que tengo muy claro es que no soy buena compartiendo, y menos al marqués.

Por fin van a darme el alta, estoy harta de estar en esta habitación sin poder hacer prácticamente nada. Lo único bueno es que Patricia me ha traído el iPad y le he dado a Eduard unas clases avanzadas de historia, lo más importante que se ha perdido vaya. La democracia parece interesarle mucho y ahora sabe cómo funcionan las Cortes y el Senado mejor que yo. También ha aprendido a navegar por internet y Wikipedia es su página favorita.

Le ha costado asimilar que los títulos nobiliarios hoy en día no son importantes, que la mayoría de las personas viven en pisos o casas de tamaño reducido y que no hay sirvientes ni doncellas ni amas de llaves. A lo que sí se ha acostumbrado es a la ropa moderna y a mí se me cae la baba cada día que viene con una camiseta de un color distinto. Tiene a las enfermeras locas, vienen a todas horas y cualquier excusa es buena, desde mirarme el suero hasta tomarme la temperatura mientras se lo comen con la mirada. Y yo las fulmino con el subtítulo de *se mira, pero no se toca*.

¿Preocupada? Un pelín. Empezando porque las mujeres de mi siglo no son simples Doroteas. ¿Y si el marqués se da cuenta de que aquí yo soy la mar de normal y ya no le parezco tan fascinante? Al menos le he podido convencer de que se instale en mi piso con la excusa de enseñarle todo lo nuevo.

Patricia me ayuda a vestirme, me ha traído ropa del piso -ropa interior normal de algodón-comoda para salir del hospital. Cuando tengo puesta la camiseta amarilla de los *Lakers* de cuando fui a Estados Unidos y los vaqueros, me sientan en una silla de ruedas (no os asustéis, es temporal ya que no puedo hacer esfuerzos, aun tengo los puntos) y salgo de aquí.

—¿Seguro que no quieres venir a casa, cielo? —pregunta mi padre por enésima vez mientras conduce.

—Tío, no te preocupes, estará muy bien cuidada —suelta Patricia mientras la fulmino con la mirada por el retrovisor.

Desde la universidad que no vivo en Barcelona. Es el piso en que solía vivir mi padre antes de casarse con mamá y comprar una casa con jardín a las afueras. Me gusta porque, aunque es pequeño, tiene el techo alto y da a la Avenida Diagonal. Empujada por Eduard, entramos en él. Después de cerrar la puerta, me coge en volandas hasta sentarme en el sofá.

—Puedo caminar unos pasos, no estoy inválida —me quejo.

—Aunque aquí los marqueses ya casi no existan, sigo siendo un caballero —insiste él, poniéndome un cojín detrás de la espalda.

—Sí que existen, pero no tienen privilegios.

—El único privilegio que quiero es el de poder besarte siempre que me apetezca.

Y así lo hace, pillándome desprevenida. Pero reacciono con rapidez, no dejando que lo termine, sino que tiro de su camiseta para que se siente a mi vera y poder estar a mi altura. Oh Dios, esto es estar en la gloria.

No satisfecha, empiezo a subirle la camiseta para poder palpar primero su cintura hasta subir a sus pectorales y pronto me encuentro encima suyo besándolo como si no hubiese mañana. Cómo lo he echado de menos.

—Deberíamos parar —murmura con su voz oscura nublada por el deseo.

¿Parar? Y un cuerno, ahora que Patricia me había traído las anticonceptivas.

—Tendré cuidado —susurro pasando mis labios por sus comisuras y subiendo hasta mordisquear levemente su oreja.

Está dudando, pero lo estoy calentando demasiado y sé que va a ceder. Hace que me siente de nuevo y pierdo un poco la esperanza, pero su beso aún mas intenso hace que la recobre.

—Entonces no te muevas.

Me estiro en el sofá mientras se deshace de mi camiseta, desperdigando besos por el cuello, el mentón hasta la clavícula y llegando a mi escote.

—No pares ... —suplico notando ese devaneo que me produce su lengua en ciertas partes del cuerpo. En todas, ¿para qué mentir?

—La ropa interior de este siglo es demasiado sugerente.

No me he puesto nada del otro mundo, es blanca y de algodón. No me imagino cuando vea el encaje. Sólo de imaginármelo me estremezco.

—Aún no has visto lo mejor —respondo hiperventilando.

Sin miramientos, me desabrocho el sostén. Desliza los dedos recorriendo los extremos de la herida, donde aún llevo los puntos.

—¿Te duele? —pregunta.

—Ya no. Me va a quedar una cicatriz horrenda, eso sí.

Adiós bikinis, hola bañadores de cuerpo entero.

Sube hasta tenerme de frente otra vez y sujeta mi mentón, contrariado.

—No digas eso. ¿Sabes lo que veo yo? Lo más bello que puede existir, la prueba de amor más divina y perfecta que puede haber. Voy a pasarme el resto de la vida adorándola.

Siento que los ojos se me empañan y me cuesta hasta respirar. No sé si uno se puede enamorar más de alguien, pero en estos momentos juraría que sí. Sus ojos brillan cuando alcanzan mi boca, trémula ante tales emociones, que responde sin tapujos.

La poca ropa que nos quedaba acaba en el suelo y empieza a estimularme los pechos, primero con las manos, y luego con la lengua hasta chuparlos y finalmente mordisquearme los pezones haciendo que pierda la poca razón que me queda. Su atención se centra en mi punto de placer, acariciándomelo con la lengua.

Maldito marqués, es un Dios del sexo oral. Qué digo, es un Dios en todo. Creo que voy a desmayarme de placer cuando introduce un dedo en mi cavidad mientras que con la otra mano vuelve a centrarse en uno de mis pechos. Estoy a punto de correrme cuando quita el dedo y vuelve a atrapar mis labios.

—Joder esto es ...

No deja que termine, pues noto que su miembro se acerca a mi entrada. El solo roce me hace enloquecer.

—Estate quieta amor, no quiero hacerte daño.

Se refiere a los puntos, por supuesto. Ahora mismo me duelen más las ganas que la herida, y necesito saciarme de él.

Intenta hacerlo despacio, pero noto cómo se está conteniendo. Está tan o más excitado que yo. Como una dulce tortura acaba deslizando su miembro por mis paredes hasta llegar al final. Intento no moverme, que su vaivén sea suficiente, pero lo apremio con mis manos en su trasero firme. Me entrego al placer de sus ojos que no dejan de observarme lujuriosos.

—Más rápido —lo apremio al sentir de nuevo el orgasmo.

Exploto, perdiéndome en esas sensaciones de gozo supremo entre gemidos de ambos. Tal es el placer que mis lágrimas me surcan el rostro y él las besa antes de acurrucarse a mi lado.

- Estos sillones... ¿los hay más grandes?
- ¿Sofás? Sí, los hay.
- Creo que lo necesitaremos.

Capítulo 11

Vida moderna

El timbre de la puerta me despierta. No sé quien puede ser a estas horas de la mañana, un sábado en mi piso antes deshabitado. Hace dos días que sólo hago que comer pizza, pasear por la calle con la silla de ruedas mientras Eduard alucina con cada cosa que ve y parece un niño pequeño preguntando por qué la gente puede ir tan ligera de ropa, qué tiene que hacer para conducir una moto y, por encima de todo, la cantidad de comercios que existen.

Tiene especial predilección por las camisetas de colores oscuros y los vaqueros, cosa que a mí me encanta. En realidad, iría vestido con un saco y seguiría estando delicioso, ¿para qué mentir?

Hago el ademán de levantarme, pero el marqués se me adelanta. Lleva sólo los pantalones del pijama de cuadros y va sin camiseta. Por favor, que no sea una vecina que seguro no me la quito de encima si lo ve medio desnudo. Tiene ese efecto entre el género femenino.

—Buenos días, Clark Kent. ¿Está mi prima?

Oh, es Patricia, oigo su voz desde aquí. Resignada, me levanto de la cama y llego hasta el salón.

—Es Eduard —dice el marqués confuso.

—Lo sé, solo te llamo así por *Superman*, es su alter ego, ¿sabes? El superhéroe. ¿Es Ana tu kriptotina? —bromea, pero Eduard no lo pilla.

—Ah. —No tiene ni idea y veo cómo disimuladamente coge el iPad y lo busca.

—Patri, ¿por qué vienes con una maleta?

Y no es una maletita pequeña, no, es una maleta de esas que contienen exceso de equipaje.

—Verás, me he divorciado oficialmente, por fin. Así que he tenido que marcharme de casa porque era su piso y no quiero volver con mis padres. ¿Podrías acogerme unos días, porfi? Solo hasta que encuentre un lugar decente y dentro de mi presupuesto. Ah, y un trabajo.

—¿Pero tú no estabas en medicina general en el Hospital de Sant Pau?

—Lo estaba, sí. Pero él también trabaja allí y no soporto verle día tras día coqueteando con todas mientras el resto murmura. Así que he dimitido.

Adiós al sexo salvaje a todas horas con el marqués, cortesía de Patricia. Yo quería hacerlo en la encimera de la cocina.

—De acuerdo, puedes instalarte en la habitación de invitados.

Como si el espíritu de la alegría se hubiese apoderado de ella, me abraza -o más bien me estruja- y besa hasta empiezo a toser y va hasta la habitación para dejar la maleta.

—Oh, Edu, ¿podrías ayudarme con las demás cosas? Hay dos cajas en la entrada —pide.

—Por supuesto —dice él resignado.

—Lo siento —le susurro poniendo mi cara más adorable.

—No pasa nada, la pobre lo está pasando mal. ¿Quieres que repare su honor?

—Eso ya no se lleva. Pero podríamos pincharle las ruedas del coche a su ex —reflexiono en voz alta.

—¿Es como reparar su honor?

—Más bien es venganza pura y dura.

—Qué poco cristianos que sois hoy en día —exclama con ironía, cogiendo las dos cajas y llevándoselas a Patricia.

Justo entonces vuelven a llamar a la puerta y esta vez, abro yo.

—¡Ana! Dios, te veo mucho mejor. Menudo susto que me llevé, pensaba que no lo contabas. Me pasé por el hospital, pero aún no habías despertado, y luego me asignaron otra misión, 1711, ya te contaré. Por cierto, ¿está por aquí el marqués? Tendréis que volver a 1807 para arreglar la situación, lo dejasteis todo patas arriba.

Isabel no para de parlotear, la veo muy activa y feliz de que esté bien.

—Es verdad, Dios, ¿qué habrán pensado todos los que estaban en el castillo? Espero que nadie fuese testigo de lo que pasó. Por cierto ...

Por supuesto que quiero preguntarle qué pasó con Charlie.

—Se escapó, y nuestra prioridad era salvarte así que no tuvimos tiempo para cogerle. Ahora mismo debes de estar haciéndole vudú —dice comprensiva.

—Me ha dejado un agujero que tela. Ahora mismo no quiero ni oír hablar de Charlie porque juro que si lo veo es posible que no lo cuente.

Un leve carraspeo hace que me dé la vuelta del marco de la puerta y ahí están Patricia y el marqués. Por la cara de incredulidad que pone mi prima, ha escuchado lo que he dicho de Charlie.

—¿Podrías aclararme eso de que fue Charlie, tu marido muerto, quien te disparó?

Isabel me mira a mí, yo a Eduard, y él a Patricia con cara de póker.

—¿Quién es? —pregunta Isabel en voz baja.

—Mi prima, está viviendo aquí provisionalmente. Acaba de divorciarse y ha dejado su trabajo en el hospital porque su ex también es médico —explico a modo resumen.

—Cariño, ¿Podrías dejar de contar mi vida y darme una explicación coherente? —dice cruzándose de brazos.

Hago pasar a Isabel y cierro la puerta del piso.

—Verás, Charlie no está muerto —decido empezar por lo más sencillo—. Fingió su muerte.

La incredulidad cruza su rostro hasta que ve que ninguno de los tres dice nada para contrariarlo.

—Patricia, ¿verdad? —pregunta Isabel—. Soy Isabel, una compañera de tu prima. ¿Eres médico?

—Lo soy. ¿Por qué? No creo que venga a cuento.

Observo cómo una idea se le cruza por la mente.

—Esto es genial, tenía que reclutar a un médico para varias misiones que tenemos pendientes y creo que Patricia será perfecta.

—Espera, ¿quieres reclutar a mi prima para que trabaje para la Orden? No sabe casi nada de historia, suspendía esa materia en el colegio —le advierto.

—No suspendía —se queja ella indignada.

—Porque me copiabas y yo te dejaba.

—Es igual, le daremos clases sobre la época. Va a adaptarse bien, se la ve resuelta.

—Por supuesto que soy resuelta. Aunque no me estoy enterando de nada. ¿La orden? ¿Ahora eres de los masones?

—¿Aun existen los masones? —me pregunta el marqués mientras camina hacia mí y me

obliga a sentarme en el sofá.

—Creo que sí, pero no estoy segura.

—¿Y de dónde has sacado a este tío? Está demasiado mazado para no pisar un gimnasio y ser guía del castillo. De hecho, puede que tu padre se haya tragado eso de la pérdida de la memoria, pero yo no las tengo todas.

Patricia en este sentido es igual de desconfiada que yo, y se nota.

—Está bien, voy a contártelo todo. Es surrealista, pero verdad. ¿Puedo, Isabel?

—Adelante.

—El día de tu boda estuve pululando por el castillo y me metí en el comedor antiguo hasta que unos hombres encapuchados entraron y yo me asusté, así que me escondí dentro de la chimenea. Recitaron algo en latín y cuando me desperté estaba en otro siglo.

Patricia frunce el ceño y luego suelta una sonora carcajada.

—Me estás tomando el pelo, ¿no?

—Es lo que pasó, todo este tiempo he estado atrapada en el año 1807, en el mismo castillo. Y de hecho, el marqués del castillo es Eduard.

—¿El dios griego de tu novio es un marqués?

—Sí, todo es un poco nuevo para él.

—Algo raro hay en él, no lo voy a negar. Pero ¿de 1807?

—Sí. Los viajes en el tiempo existen, hay portales por todo el mundo y se abren con unas palabras en latín, que son la clave.

—¿Tipo ábrete sésamo?

—Pues sí. La Orden de la Trapa preserva los hechos históricos para que el futuro no cambie. Hay una familia que descubrió el secreto, los Vilain, y quieren cambiar la historia para su beneficio personal. Es como una partida de ajedrez, cada uno tiene distintas piezas en el tablero que son los agentes.

—Viajar en el tiempo, ¡hay que joderse! —Se deja caer en el sofá, a mi lado—. ¿Se cobra bien?

—La tapadera es que trabajáis en una fundación de la orden de la Trapa. Y sí, el sueldo no está mal. Cada año lo suben —me informa Isabel.

—Por ahora no tengo nada mejor, así que, ¿por qué no? Ya que tú te has agenciado a un marqués, puede que me traiga un príncipe. Mejor, un vikingo mazado. Oh, no, un indio del lejano oeste. Espera, ¿puedo ir a buscar al Cid Campeador? Ya sabéis lo que dicen...

—Patricia, no. —Mi prima tiene demasiado peligro y ahora que vuelve a estar libre, mucho más.

—No seas aguafiestas, tú te lo has traído.

—Fue algo excepcional, solo se trae a las personas que no deberían de existir en ese siglo. Normalmente cuando las salvamos por accidente o por culpa de los Vilain.

—Ya lo pillo. Entonces, ¿no sabes lo que es internet?

—Es una red informática de nivel mundial que utiliza la línea telefónica para transmitir la información —contesta el marqués—. Lo he dicho bien, ¿no?

—Chaval, cómo se nota que no eres de este siglo. Nadie se sabe la información, la respuesta común sería *pues claro que sí, internet*.

—Pero eso no es una respuesta —insiste él.

—Todo el mundo sabe cómo funciona, pero no sabe cómo, ahí está la clave.

—Interesante —se limita a decir él.

—Entonces voy a tramitar tu ingreso, Patricia, y a partir de mañana empezarás con las clases.

A mi prima se le cambia la cara.

—¿Clases?

—De historia, son muy dinámicas. Básicamente se trata de que conozcas las costumbres de la época y lo básico para poder convivir sin levantar sospechas, además de ciertas clases de defensa personal.

—Eso sí que me mola.

—Genial, te llamo mañana para concretarlo. Chicos, en cuanto Ana se encuentre mejor volved a 1807 y arregladlo todo. Eso sí, volved un día después de que te disparasen y así no habrá un vacío tan grande.

Isabel se despide mientras Patricia observa al marqués con otros ojos, como si fuese un alienígena.

—Cuando lo lleves de fiesta avísame, ese día moriré de la risa. —Maldita la hora en que Patricia se ha enterado de todo.

—¿También hay fiestas en este siglo?

—Hay muchos tipos de fiestas, unas te gustarán más que otras.

Definitivamente creo que no voy a llevarlo a una discoteca.

Nunca digas nunca.

Desde que oyó lo de la discoteca Eduard ha estado insistiendo en que quería ir.

—Estoy seguro de que es un rito social que debo experimentar —dice mientras estamos terminando de cenar una ensalada de pasta—. Por cierto, este plato me gusta.

—Si a ti te gusta todo. Probaste hasta los callos y te gustaron. —Que sí, que pasar de los estofados diarios a la variedad de mi siglo es estar en la gloria—. Ya sé qué tienes que probar, ¿cómo no lo he pensado antes?.

—¿Comida griega? He visto que hay un restaurante griego en la esquina.

—También. Pero antes voy a llevarte a un asiático.

—¿Comida asiática?

—Hay restaurantes chinos, japoneses, tailandeses, coreanos... de todo. Hasta podemos pedir que nos traigan sushi, como pedimos la pizza.

—¿Sushi? —repite él riéndose.

—Básicamente es pescado crudo con arroz y salsa de soja.

La descripción no le ha gustado porque su cara no es agradable.

—Llévame a la discoteca y me comeré el pescado crudo.

Jodido marqués, es un chantajista de cuidado.

Resignada, acabo cediendo. Ya me han quitado los puntos así que mi libertad de movimientos es mayor.

—Está bien, pero entonces tenemos que cambiarnos.

Después de escoger un pantalón negro para él, una camisa blanca por debajo y unos mocasines -que nos conocemos con los porteros y algunos son unos tiquismiquis- rebusco en mi armario aquello que no me ponía desde la universidad y rezo mentalmente para que siga cabiéndome y no me vea cual foca metida en él.

Para mi sorpresa, me sigue quedando como un guante. Esto de estar en coma y vivir en el pasado ayuda, todo sea dicho. ¿Quiere ir a la discoteca? Pues guerra tendrá, y de las que se ganan en la pista de baile.

Cuando me ve aparecer por el salón no articula palabra y yo no le digo nada.

—¿Nos vamos?

Asiente y ya en la calle cogemos un taxi.

Sus manos se deslizan por encima de mi vestido rojo, totalmente elástico y ceñido a mi cuerpo. Me sujeta por el culo y no se despegas de mí. Sí, el marqués y yo estamos en una discoteca de la calle Aribau de Barcelona, bajo los focos de neón y rodeados de gente bailando.

—¿Estás bien? —le grito para que pueda escucharme.

—No lo sé, es demasiado abrumador —confiesa.

—Te lo dije. ¿Nos vamos?

Asiente con la cabeza y nos dirigimos a la salida, donde tres chicas muy delgadas, muy pintadas y con mucho escote le echan una de esas miradas a mi marqués. Parece que él no se ha dado cuenta.

Yo no soy celosa, nunca lo he sido. Pero hay ciertas actitudes que rozan la indecencia y si me doy cuenta me cabreo.

—¿He hecho algo mal? —dice cuando nos bajamos del taxi y abrimos la puerta de casa—. Has estado callada durante todo el trayecto.

—Claro que no. Es sólo ... —¿Cómo se lo digo?—. Da igual, olvídale.

Voy hasta la habitación con la intención de ponerme el pijama, pero me bloquea el paso.

—¿Puedes decirme qué es lo que te ocurre? Si es por mi comportamiento, en serio intento comportarme como la gente de este siglo, me estoy esforzando y... ¿por qué no llevas el anillo?

—No es por ti, te lo aseguro. Y no llevo el anillo porque tengo miedo de que se me pierda. Por si no lo has notado, es grande y pesa.

Y encima es una reliquia familiar que vete tú a saber donde debería estar ahora mismo. Que no, el iceberg se queda guardado por si acaso.

—¿Entonces?

Está bien, es inevitable ocultar mi comida de cabeza. Es probable que se ría de mí, pero allá vamos, sinceridad.

—En este siglo, no sé si lo has notado, pero eres muy atractivo.

Unas arrugas de preocupación aparecen en su frente.

—Puede que no te hubieses dado cuenta, pero tu también eras objeto de deseo entre las damas en mi siglo.

—Vale, pero aquí las damas son mucho más lanzadas. ¿No te has fijado en las miradas que te echan?

Es imposible no fijarse, en serio.

—¿Y? No me digas que estás celosa.

¿Yo celosa? No, claro que no. Nunca he sido celosa, jamás de los jamases. Vale, estoy súper ultra mega celosa.

—Puede que un poco. Pero esta no es la cuestión.

—¿Entonces?

—La cuestión es que yo sí soy muy normal. ¿Y si te levantas un día y te das cuenta de que te mereces a una modelo de revista, o peor, a alguien mucho más inteligente que yo?

Después de decir esto, respiro. ¿Y qué hace el marqués? Reírse en mi cara, esto es indignante.

—¡Oye! Estoy hablando en serio —digo algo apenada.

—Estoy enamorado de ti y no creo que eso vaya a cambiar. Sigues siendo la chica más guapa y más inteligente para mí, pero no te quiero por eso, sino por la forma que tienes de contarme las cosas o por el sonido de tu risa, tu manía de perfumarte a todas horas o cómo me haces sentir al rozarme.

—¿De verdad? —pregunto con un hilo de voz.

—Por supuesto. Y, amor, soy un hombre de 1807, esas modelos de revistas no las encuentro demasiado atractivas.

Vaya, esto es nuevo.

—¿No?

—Demasiados huesos. ¿Te he dicho que estás demasiado delgada? Aun así no puedo dejar de mirarte o de tocarte. Y este vestido es... abrumador.

Me desnuda con la mirada e instintivamente acaricia mis muslos hasta colarse por debajo de la ropa.

—Es bueno saberlo.

O no, porque no hay tantas mujeres con un cuerpo de diez. Mierda, ahora la competencia se ha multiplicado. Definitivamente era más feliz viviendo en la ignorancia.

—Ahora, con tu permiso, voy a sacarte ese magnífico vestido.

Por favor, hazlo ya.

—Tienes mi permiso.

Me lo quita por encima de la cabeza, llevándose una grata sorpresa. Esta vez llevo lencería moderna, sí, con liga incluida y atada a las medias sujetas a los muslos.

—Diantres, esto es terriblemente tentador —murmura observándome de arriba abajo con la mirada más pecaminosa que le he visto hasta ahora.

Creo que hasta ha dejado de respirar.

—Ajá.

Lo siguiente que hacemos es perdernos el uno con el otro con mil caricias y mil besos. Creo que no me bastará una vida para poder saciarme de él. Tampoco entiendo cómo tanto amor puede caber en mi pecho, cómo es que no ha explotado ya. A veces me levanto y creo estar viviendo un sueño, que en cualquier momento despertaré dentro de la chimenea y todo habrá sido irreal.

Pero el marqués está entre mis brazos y eso ahora es lo único que importa.

Epílogo

Por fin me han dado el alta definitiva y puedo volver al *trabajo* así que, tan pronto como salimos del hospital, Eduard conduce directamente hasta el castillo de Sant Marçal. Sí, conduce, lo habéis oído bien, porque lo primer que hizo fue apuntarse para sacarse el carné de conducir. Si ya lo dicen, todos los hombres son iguales. Otra cosa que le chifla son los partidos de fútbol, enseguida pilló las reglas -yo llevo viéndolo toda la vida y aun no sé exactamente cuando es fuera de juego-.

—¿Estás lista?

Se asegura al bajarnos del coche y entrar al castillo por detrás para no ser vistos.

—Claro que sí. Aunque tendremos que subir corriendo a cambiarnos de ropa.

—¿No podríamos poner de moda los vaqueros? —dice bromeando.

—Sería interesante.

Ambos nos metemos en la chimenea y después de recitar las palabras que Isabel nos ha hecho aprender en latín y pensar el día exacto y el año, aparecemos en 1807 de nuevo.

Rápidamente subimos las escaleras hacia nuestras habitaciones y nos cambiamos de ropa. Todo sigue exactamente igual a cómo lo había dejado. Al salir al pasillo me cruzo con Blanca. La había echado de menos.

—¿Señora! ¿Dónde se habían metido? Estábamos preocupados —pregunta seriamente.

—Es una larga historia. ¿Sabes qué? Voy a casarme.

También forma parte del plan, para mantener la tapadera es mejor ser la marquesa. Suena bien, ¿eh?

—¿De veras? ¿Con quién?

—Con el marqués, por supuesto. ¿Y a ti cómo te va con el bandolero?

Su cara cambia radicalmente a modo funesto total.

—Mal, solo le obsesiona ir a luchar contra los franceses.

—Puede que no esté hecho para ti. Seguro que hay otra persona que te adora y que estaría dispuesta a pasar el resto de tu vida contigo sin dudarlo.

—¿Señorita Ana! —Desde la escalera oigo mi nombre en boca de Lluís. Hablando del rey de Roma... —. ¿Está bien?

Viene corriendo hasta donde estamos y entonces veo que me ha hecho caso.

Ya no lleva la cabeza rapada cual fraile, sino una cabellera uniforme. Y viste con unos pantalones negros, camisa blanca y chaqueta parecida al uniforme. Ha mejorado mucho, sí señor.

—Lo estoy. En fin, os dejo, tengo una boda que preparar y un viaje que realizar al otro continente.

Esa era la idea, ¿no?

—¿Se va? —pregunta Blanca confundida

—Vas a estar bien, Lluís se encargará de manejar todo esto —digo mientras veo que el marqués se acerca por detrás—. ¿Verdad?

—Por supuesto —responde él.

Esa es la idea, Lluís ha sido ascendido a protector de la puerta así que va a quedarse en el castillo manejando el marquesado y los otros negocios de Eduard.

—Pero volverán pronto, ¿no?

Ay, ¿en serio no puedo llevarme a Blanca al siglo XXI? Vale, ya sé la respuesta.

—Tan pronto como podamos, por supuesto —la animo.

De reojo veo cómo Lluís no puede apartar sus ojos de ella. Esos dos se casan antes de que llegue la primavera siguiente.

—Voy a prepararlo todo, está en el despacho.

—Ahora vengo.

Antes tengo que hacer una cosa. Voy hasta mi habitación y busco entre las cosas del futuro los pendientes largos que llevaba en la boda de mi prima. Serán perfectos.

—¿Blanca? —asomo la cabeza al pasillo donde veo que sigue hablando con Lluís.

Cuando me oye camina hasta mí.

—Sí, señora.

—Quiero regalarte esto en señal de agradecimiento. También te he apuntado las recetas de las cremas y los exfoliantes, como ves son mano de santo.

Sujeta los pendientes largos de fantasía plateados observándolos detenidamente.

—Soy muy bonitos. Jamás había visto un diseño parecido. No puedo aceptarlos.

—Tonterías, tienes que ponértelos y lucirlos.

—¿De verdad va a tener que irse? —dice con voz apenada.

—Debo hacerlo.

Me da un abrazo antes de salir para que no la vea llorar mientras yo intento hacer lo mismo. Voy a echar de menos muchas cosas, demasiadas.

Abro la puerta y veo cómo Eduard está revisando algunos papeles.

—Voy a tener que llevarme las cosas que traje del futuro como el bolso, los tacones y el vestido. ¿Te imaginas que aparezca en algún museo mi pintalabios?

—Con tanta gente yendo y viniendo, no me extrañaría.

Sí, a veces el marqués no puede evitar decir algo que sólo un octogenario diría. No es extraño que la gente lo mire raro si lo suelta en medio de la calle, pero no le pidas peras al olmo, mucho ha hecho en acostumbrarse al 2017 con tanta rapidez. Pero qué queréis que os diga, a mí me pone mucho que me hable de esa forma anticuada y me diga galanterías.

—No te he preguntado, pero ¿quieres buscar a tu madre?

—No, prefiero dejar las cosas tal y como están. No deseo pensar en el pasado, ahora sólo me importa el futuro.

Hacia dos días que habíamos buscado de la única pista que el marqués tenía de su madre: los nombres y la fecha de su matrimonio. Milagrosamente, gracias a la información del Registro Civil encontramos su dirección en uno de los pueblos cercanos al castillo de Sant Marçal. No, no la hallamos, pero una vecina del pueblo nos dijo que desapareció durante la guerra civil y que todos la creyeron muerta. Por sorpresa nos dijo que apareció años después, algo trastornada y murmurando cosas sobre viajes en el tiempo y la existencia de un hijo. Su marido se había vuelto a casar y ni siquiera vivía ya en el pueblo. Lo último que sabía de ella era que un día, cuando era ya mayor, desapareció igual que la primera vez.

—Como quieras.

—¿Sabes qué podemos hacer antes de volver? —susurra el marqués en mi oído.

—¿Me estás haciendo una proposición indecente?

—Sólo si llevas esas bragas diminutas rojas que tanto me gustan. —Mis ojos ruedan, aunque mi libido está subiendo como la espuma—. Subirte a mi mesa del despacho me trae viejos recuerdos.

Ya mí. Como ya estoy hiperventilando, asiento.

Total, mucha prisa no tenemos.

FIN



©Eneida Wolf

Red Apple Ediciones 2019
www.redappleediciones.com

[1] Margaretha Geertruida Zelle fue una bailarina, cortesana y espía holandesa

[2] El tratado fue firmado el 27 de octubre de 1807 en la ciudad de Fontainebleau entre los respectivos representantes plenipotenciarios de Manuel Godoy, valido del rey de España Carlos IV de Borbón, y Napoleón I Bonaparte, emperador de los franceses.

[3] Personaje de la novela de Margaret Mitchell y película con posterioridad.

[4] *Buenos días señorita*, en francés.

[5] *¿Sois la mujer del Marqués de Vilalta?* En francés.

[6] *No, soy su prima, Ana Cpmany Beauchamp*, en francés.

[7] *Oh, sois medio francesa*, en francés.

[8] *Sí, por parte de madre*, en francés.

[9] *¿Vos sois el marqués?* en francés

[10] *Hemos venido para presentar...* en francés.

[11] *¿Disculpe?* En francés.

[12] *Es muy protector conmigo. Os pido perdón*, en francés.

[13] *No se preocupe, señorita, lo comprendo. Un placer, señorita, marqués*, en francés.

[14] Partidarios de los franceses durante la guerra de la Independencia.

[15] El personaje protagonista de la serie de televisión *Se ha escrito un crimen*, interpretado por la actriz Angela Lansbury.

Table of Contents

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[\[1\]](#)

[\[2\]](#)

[\[3\]](#)

[\[4\]](#)

[\[5\]](#)

[\[6\]](#)

[\[7\]](#)

[\[8\]](#)

[\[9\]](#)

[\[10\]](#)

[\[11\]](#)

[\[12\]](#)

[\[13\]](#)

[\[14\]](#)

[\[15\]](#)

[\[1\]](#)

[\[2\]](#)

[\[3\]](#)

[\[4\]](#)

[\[5\]](#)

[\[6\]](#)

[\[7\]](#)

[\[8\]](#)

[\[9\]](#)

[\[10\]](#)

[\[11\]](#)

[\[12\]](#)

[\[13\]](#)

[\[14\]](#)

